

Selecta



*Un romance
Real*

Laura A. López

Un romance real

Laura A. Lopez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

El periódico *The West*, anunciaba el matrimonio del afamado príncipe Robert Wilburg-Bergen, con una tal lady Coraline Hans, venida desde el Reino Unido para convertirse en la futura reina de Westland.

Westland, un país independiente de la mancomunidad de la reina Elizabeth II. Quienes lograron la independencia en 1900 fueron proclamados, como la nobleza de ese pequeño país de tamaño de Uruguay. Con cuatro millones de habitantes, habían logrado vivir de la agricultura y ganadería, convirtiéndose en un país rico y próspero.

Susan Culligan cerró el diario y lo arrojó al cajón. Adiós a sus sueños de ser cenicienta y casarse con un príncipe.

Los Culligan no eran una familia pobre, pero pertenecían a la clase media-baja. A sus padres les alcanzaba el dinero para enviarla a una de las mejores universidades del país, Saint Mary University.

Desde aquel periódico de octubre del 2010, habían pasado cinco meses y, como todo lo que pertenecía a la monarquía de Westland, ella lo coleccionaba.

Tenían las mismas costumbres de Inglaterra, suvenires por doquier del matrimonio real. Sería el primero que presenciaría desde su nacimiento.

—¡Ya tengo el vestido! —Sonrió sacándolo de un perchero para extenderlo en su cama—. ¡El tocado!

Se rebuscó el tocado en una caja redonda.

Su atuendo sería azul con un tocado y zapatos negros; pediría prestadas las

perlas de su madre, y asunto arreglado.

El único inconveniente era cómo entrar. Le restaba importancia; iría en taxi hasta la capilla de Saint Gregory o al menos que la dejara cerca o mejor...

—¡Tengo la mejor idea de todas! —Mañana sería la boda real, y ella asistiría fuera como fuera.

Susan era entusiasta e inteligente, graciosa y revoltosa, nada de lo que la realeza era, pero a ella le interesaba. Sabía que para ella sería imposible llegar a conocer a los integrantes de la nobleza. La familia Wilburg-Berger, pertenecía a la estirpe más alta de Westland: eran los reyes.

—¡Susan, se te hará tarde para la universidad! —anunció su madre creyéndola dormida—. Oh, estás despierta.

—Es la víspera del casamiento del príncipe Robert; es emocionante.

—Susan, ¿tienes este vestido, los zapatos y el tocado para ver todo por televisión? Me parece innecesario.

—Si no te agrada que asista, aunque sea sentada frente al televisor, entonces déjame ver la boda real en la casa de Cynthia.

—Está bien, vete. Mañana es feriado.

—Ya iré a quedarme con ella esta noche...

—De acuerdo. Ahora vístete. —Su madre cerró la puerta y se retiró.

Ella tomó un bolsón y colocó todas sus ropas y también su elegante atuendo para la ceremonia a la que su mente le decía que debía asistir.

¿Quién no ha soñado con la elegancia de la realeza, con las fiestas de jardín, aquellas sábanas blancas y perfumadas cambiadas diariamente si fuera una de las princesas? Estaba segura de que cualquier dama estaría feliz de ser una princesa glamorosa.

Con aquel bolso con unas cuantas pertenencias, esperó el autobús que la llevaría hasta la universidad.

Su bulto era una verdadera molestia en hora pico, pero valía su sueño. Después de veinte minutos, bajó frente a la universidad y caminó hasta el pasillo de economía.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Cynthia señalando el bolsón.

—¿Te echaron de tu casa? —cuestionó Vanessa, su otra amiga.

—No mis queridas amigas... Alguien va a quedarse esta noche en la casa de Cynthia —informó pícara, alzando una ceja.

—¿En mi casa?! No me habías dicho nada de que tuvieras esa intención.

—En realidad no iré a tu casa... Iré a otro lugar.

—Supongo que traes el vestido que compraste y el tocado —opinó Vanessa.

—Olvidas los zapatos, Vanessa.

—Es ridículo. Los guardias reales no te dejarán parar; te considerarán una amenaza para la familia real, aunque en realidad, ya pienso que eres una amenaza.

—¿Cynthia, necesito tu apoyo!

—Susan, las calles ya se han cerrado antes, nadie puede entrar o salir, salvo que sea para confesarse en Saint Gregory —explicó su amiga muy pasiva.

—Es descabellado que pienses en asistir. Te gastaste tus ahorros en esos accesorios para ir.

—Lo sé, Vanessa, solo estoy esperando cumplir mi sueño de ser estrella por un día; quiero estar ahí. ¿Qué simple mortal ha logrado ir a una boda real?

—Pues más bien pareces estrellada —se burló Cynthia con pequeñas risotadas.

Vieron al profesor acercarse y entraron al aula para iniciar las clases.

Estaba demasiado excitada como para concentrarse en la ley de la oferta y la demanda. Miraba por la ventana, imaginando cómo sería la boda.

Ella esperaba la sobriedad y elegancia a la que estaban acostumbrados con sus reyes, y ella adoraba cada gesto de austeridad que colocaban aquellos.

Si bien, como toda monarquía, eran mantenidos con los impuestos, los habitantes adoraban a la familia real; eran sencillos y también amables. No creían ser de otro mundo por ser nobles.

—Susan, debemos movernos a otro salón —avisó Vanessa a una viajante Susan, que estaba desarrollando una película en su mente.

El día completo lo pasó distraída, pensando en su plan para asistir.

Tenía todo fríamente calculado. Iría a casa de Cynthia, de ahí tomaría un taxi que la acercaría a Saint Gregory y luego caminaría con una mochila; pasaría desapercibida por los guardias y dormiría dentro de la iglesia, específicamente en un confesionario, donde nadie la vería.

Se cambiaría de ropa ahí y se arreglaría el pelo. Saldría como si nada hubiera pasado, sería una invitada más. Luego de participar en la boda, buscaría sus ropas y regresaría a su casa, fin de la historia.

Alrededor de las cuatro de la tarde, salió de la casa de Cynthia, donde almorzó; cargó su celular y mp4 para sobrevivir a la larga noche que la esperaba.

Tomó el taxi que la dejó casi a cinco largas cuadras de Saint Gregory. Tuvo la infinita paciencia, y las agallas para pasar por aquel lugar.

Cuando se dirigía a entrar en la iglesia, uno de los guardias uniformados con grandes sombreros en la cabeza, la frenó.

—No puede pasar, señorita.

—Pero, tengo una crisis de consciencia, necesito hablar con alguien.

—Lo lamento señorita, pero está prohibido el paso a la iglesia.

—Solo serán unos minutos y luego me iré. ¿Qué daño puedo hacerle al príncipe si él no está aquí? —indagó inocente.

El guardia la miró fijo.

—Que sean solo unos minutos...

Capítulo 2

Ella pasó a su lado, bajó una rodilla en la entrada e hizo la señal de la cruz para que su pedido pareciera fidedigno.

Se metió a la capilla que estaban limpiando. Solo tenían permitido pasar, los limpiadores, decoradores, y los que habitaban la capilla.

Miraba curiosa cada detalle que se podía. Limpiaban las bancas como ella nunca había limpiado en su vida, con mucho puntillismo.

Se sentó e hizo que rezaba para que no la sacaran de ahí por ningún motivo; aquella espera sería tan aburrida que no podría siquiera sacar el mp4.

Dormitaba mientras cantaba una canción sentada en la banca, parecía rezar, pero en realidad cantaba casi dormida.

Su cabeza subía y bajaba, sus ojos se abrían y cerraban, bostezaba hasta casi meter la capilla en su boca.

Estuvo así por aproximadamente dos horas, hasta que lentamente empezaban a retirarse, y ella lentamente debía ir a esconderse en el confesionario para dormir ahí.

Disimuladamente, caminó hacia la salida, al lado de esa puerta estaba el confesionario donde debía meterse y volver a ser paciente.

Se fijó en que nadie la veía y se metió rápidamente. Lo había logrado; estaba dentro y participaría de la boda real para la que se había estado preparando desde hacía meses. Gastó sus ahorros en toda la vestimenta elegante para ese día.

Sentía que se convertía en princesa con solo pensar en la inglesa que entraría por esa puerta y se convertiría en princesa de Westland.

Una hora más estuvo en silencio, esperando que se fueran todos para quedarse completamente sola.

Aliviada por la retirada de todas aquellas almas trabajadoras, encendió su mp4 para distraerse un poco. Había llevado agua, un sándwich de jamón y su cepillo de dientes, nada más le podía hacer falta.

Tomó su celular y le escribió a Cynthia:

SUSAN:

Seré la primera plebeya en asistir a una boda real

Sus esfuerzos habían dado frutos. Podían llamarla loca y obsesiva, pero ella no criticaba a los verdaderos fanáticos de jugadores de fútbol, estrellas de la música, etcétera; eran la misma cosa, solo que ella apoyaba a los dirigentes de su país. Llevaban en alto el nombre de Westland y lo habían hecho progresar. Era una razón suficiente.

La boda se realizaría a las diez de la mañana, por lo que debía levantarse temprano e higienizarse los dientes, preparar su peinado con el tocado o solo dejarse el pelo como estaba.

Su cabello era marrón, lacio, y largo hasta el pecho, sus cejas eran gruesas y hacían resaltar sus ojos verdes. Había tenido en cuenta cada detalle para escoger su vestimenta: todo debía quedar finamente complementado.

Fácilmente podrían confundirla con alguien de los invitados de clase alta. Tenía una estatura de 1,70 metros, aceptable para una mujer.

Después de su cena, se recostó y durmió incómoda.

A unas calles de Saint Gregory estaban apostadas carpas para obtener los mejores lugares para ver a su futuro soberano casarse. No era la única loca, al menos.

Para las siete de la mañana, ella ya estaba en pie, cepillándose los dientes, aunque tragándose el agua del cepillado, no había siquiera una maceta para

escupir y no podía ser descubierta hasta que fuera la hora.

Se quitó la ropa y se colocó el vestido azul que le había costado el alma.

Peinó su cabello y se colocó el tocado. Quedó perfecto, bella, natural y... Pirata.

Sonrió con picardía al recordar todo lo que había hecho para llegar hasta ahí.

Acondicionó sus cosas y las dejó en aquel confesionario. Guardó el celular en el bolso de mano a juego con sus zapatos y tocado.

Eran las nueve y media, hora de salir de su guarida secreta y buscar un lugar en una de las bancas.

Con toda naturalidad salió del confesionario. Miró una banca que se estaba llenando de elegantes invitados. Respiró profundo y fue a sentarse un poco aislada para no ser molestada.

Su sonrisa no se borraba con nada. Estaba en las nubes; nadie se había dado cuenta de que ella no pertenecía ahí.

Miró la llegada del príncipe Robert, su hermana la princesa Charlotte, estaba junto a la reina y el rey en los primeros lugares.

El príncipe se veía verdaderamente nervioso, quizás aquel fuera un hermoso matrimonio por amor.

Una intérprete lírica entonaba una canción que parecía llamar a los ángeles; aquel momento era idílico.

—Disculpe... —pidió una voz masculina haciendo que ella se volteara.

Un hombre rubio, de ojos azules y bien vestido estaba parado frente a ella, y no podía decir nada.

—¿Puedo sentarme aquí? Llego tarde y no puedo ir hasta donde debo —se excusó.

—Oh, sí, disculpe...

Ella dejó de mirar hacia él; quería observar a la futura princesa.

El hombre sentado al lado, la miraba fijo de perfil. Era una joven atractiva y que no recordaba haber visto antes. Aquella era la boda de su primo, y

estaba seguro de que conocía a todos los asistentes, salvo a esa mujer.

Sonreía como no lo hacía ninguno de los asistentes, ni siquiera la familia de la novia, así no exigía el protocolo.

—¿La conozco? —preguntó molestando a Susan, que giró los ojos.

«Qué hombre tan molesto», pensó al verse interrumpida.

—No. —Lo miró y luego se volvió hacia la entrada de la capilla.

—Conozco a todos, menos a usted...

—Oiga, quiero ver este matrimonio, y también oírlo, y usted me está molestando. ¿Comprende?

—Es la boda de mi primo, claro que estoy seguro de que comprendo su entusiasmo...

—¿El primo?

—Soy Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast. No soy ningún desconocido, pero usted sí.

Susan quería que se la tragara la tierra; había sido grosera con un familiar directo del rey. Estaba segura de que si él supiera quién era, la mandaría expulsar del país por desacato.

—Disculpe, soy invitada de la futura princesa, es por eso por lo que no me conoce... —mintió.

—Eso explica todo. Ahora la dejaré ver, que no se pierda ningún momento de la boda de su amiga.

Ella sonrió nerviosa y se sonrojó por la insoportable vergüenza que sentía frente al hombre. Al terminar esa ceremonia debía recoger sus cosas e irse, hasta ahí había llegado su peligrosa aventura. Ofender a un miembro de la familia real era casi un crimen.

Capítulo 3

El señor a su lado se había quedado callado y ella pudo continuar viendo la impoluta entrada de la futura princesa de Westland.

Disfrutaría de los probables últimos días en su precioso país, cuando se enteraran de que había entrado sin ser invitada y solo como agravante de su situación, había ofendido a uno de los que estaba en línea de sucesión a la corona. «¡Cómo es que no sabía de su existencia!», se presionó mentalmente al desconocer a un miembro de la realeza. No podía definirse como una verdadera aficionada de esa forma.

Arlan miró fijamente a la mujer de rasgos comunes en su país. Era bonita y, por sobre todo, no había tenido tacto para tratar a un presunto heredero en caso de que a su primo Robert le sucediera algo. Le resultaba fascinante su frescura, su cabello no estaba completamente alineado como el resto que habían ido a los salones de belleza para el evento. Su maquillaje era casi inexistente, muy natural y su vestido era sobrio, pero no resaltaría en una multitud.

Susan casi dejó escapar una emocionada lágrima a medida que iba llegando la novia al altar; ella era de las que lloraban en las bodas.

—Es un bello vestido... —comentó Arlan.

—¿Quién lo diseñó? —replicó sin perder de vista a la mujer.

—Eso debería decirlo usted. —Le sonrió.

—Puesto que es el primo del príncipe, creo que debería saberlo. Al público

en general no nos fue revelada esa información.

—¿Va a decirme que no sabe de dónde sacó usted este vestido azul? — complementó para que lo comprendiera.

Al instante Susan se sonrojó. No hablaba del vestido de la novia, sino de su vestido.

—Pensé que me hablaba del traje de novia —musitó avergonzada—. Este vestido lo adquirí de una tienda.

—Le sienta muy bien el color... —dijo para luego desviar la mirada hacia el altar donde ya estaba por empezar la ceremonia.

Ella no quiso pensar que un hombre de la realeza le estuviera haciendo piropos extraños, o que tal vez le estaba haciendo llegar el paupérrimo mensaje de que no iba correctamente vestida para la ocasión.

Evitó mirar a su acompañante durante el resto de la ceremonia para impedir que siguiera hablándole y por sobre todo que no la delatara; estaría perdida si le pedía su nombre.

Estuvo sentada incomoda durante la celebración de una hora. Él la escrutaba sin disimulo y ella esperaba no reaccionar echándose más tierra encima siendo bocona.

Después de que los declararan esposos, los asistentes comenzaron a salir de las bancas de la iglesia siguiendo a los cortejos. Susan creyó que era el momento volver a su casa y a su vida normal. Presenció la bella ceremonia que se vio uno poco opacada por su compañero de banca.

Salió en dirección contraria a la que iban los invitados. Tenía que buscar sus cosas y encontrar un taxi a unas cuadras para volver a casa. Al menos ese era su plan hasta que de nuevo Arlan se colocó frente a ella cerrándole el paso hacia el confesonario.

—Parece que faltó a los ensayos —le mostró el brazo para que lo tomara—; no es momento de confesarse.

Su mente estaba en blanco; solo quería irse y acabar con su martirio hecho carne. Ese duque la estaba comenzando a molestar.

—Es que debo hacer algo.

—¿Algo mejor que asistir al palacio para la fiesta? Es un poco extraño. Acompañeme, no puedo salir solo, debo estar acompañado de alguien.

—Me supongo que en las prácticas acompañaba a alguien, busque a ese alguien; yo debo irme.

Arlan la tomó del brazo y cruzó el de ella con el suyo.

El corazón de Susan latió desbocado. Estaba segura de que la llevaría frente a los guardias.

—Dígame su nombre. Debo parecer maleducado hablándole sin saber al menos quién es.

«Miente Susan», exigió su mente.

—Soy Esther Culligan —respondió dándole su segundo nombre. Al parecer carecía de mejores ideas para mentir.

—Es agradable conocerla...

Arlan la llevaba detrás de todos, saliendo frente a la multitud de fotógrafos y también de los asistentes plebeyos.

En casa de su familia, estaban viendo la boda en directo por televisión. Incrédulos de que alguna cosa rara ocurriera.

—No creo que exista un mejor lugar para ver la boda que por la televisión —aseguró la madre de Susan, comiéndose un sándwich con su esposo y la hermana menor de Susan—. Susan se lo está perdiendo.

El señor Culligan miró fijamente a todos los que salían de la capilla. Movié un poco sus anteojos y distinguió algo muy extraño.

—¿Papi, esa no es Susan? —preguntó su hermana de doce años señalando la televisión.

—Qué cosas dices, cariño —rió su madre—. Susan debe estar en...

La señora Culligan quedó en silencio, entonces su esposo acomodó sus lentes otra vez y asintió.

—Querida, esa es Susan...

—¡Susan! —bramó su madre cayendo al sofá desmayada al ver a su hija del

brazo de uno de los Wilburg-Berger.

Susan intentó tapar su rostro de las cámaras, pero al duque parecía gustarle ser fotografiado.

Él la guió ante la mirada de todos hacia uno de los vehículos que estaba en fila frente a la capilla.

Los recién casados iban a dar una vuelta por la ciudad para exhibirse y que conocieran a la futura reina de Westland. Era un ritual que siempre se hacía en una carroza tirada de caballos, seguida por la guardia real.

Arlan le abrió la puerta de automóvil para que lo acompañara.

—Yo...

—Te llevaré al festejo; pareces solitaria —la tuteó.

—Se agradece el gesto, pero...

—Suba rápido si le molestan los fotógrafos; les está dando buenas fotos — indicó sugerente para que entrara al automóvil y fuera con él.

Ella miró por última vez y sintió el flash directamente en su retina.

Se metió y él se sentó a su lado como si nada mientras saludaba a todos y eran guiados por un chofer a través de caminos alternativos para llegar hasta el palacio.

—¿Sería muy... maleducado de mi parte pedirle que me deje por aquí?

—No la dejaría por aquí. ¿Cómo llegó a la ceremonia? —curioseó.

—Sola, solo yo fui invitada.

—Necesitará la invitación para pasar al palacio —indicó y el rostro de Susan palideció.

¡No tenía invitación! Pensó que tenía que escapar lo más rápido posible de aquel hombre antes que la descubrieran y se avergonzara públicamente.

La chica a su lado parecía muy nerviosa, se estrujaba las manos sin parar. Podía confirmar con eso que aquella no era ninguna invitada; era una simple ciudadana que había logrado infiltrarse.

Desde pequeños, se les había enseñado todos los reglamentos de la realeza, en particular a él. Era solo un año menor que su primo y en caso de que a él le

ocurriera algo, estaba presto su padre, pero después que falleció se convirtió en su próxima responsabilidad conservar la vida de Robert para que no le tocara por ningún motivo ser príncipe de Westland. Su prima Charlotte no podía heredar: era mujer.

Juntarse con los plebeyos era algo que él hacía con frecuencia. Le gustaba salirse de su círculo de buenas costumbres y reglas para comer.

Un ciudadano común podía ser libre, mientras él debía ser lo que quería a escondidas. Como figura pública de la corona, debía tener cuidado con cada paso que daba, con quién se juntaba, qué comía, qué bebía.

Se especulaba constantemente sobre las mujeres que lo acompañaban. Todas habían firmado contratos de confidencialidad cuando eran novias. Tenían prohibido divulgar información sobre él y el tiempo que habían estado juntos.

Los medios intentaban buscar algo para vender. En el instante que se supo que su primo se casaría, ya estaban buscando con quién emparejarlo, y aquella nerviosa joven a su lado sería la próxima víctima de los medios.

Capítulo 4

Trataba de no dar sus mejores poses a las cámaras, agachaba la cabeza y colocaba su mano tapando un poco su rostro.

Imaginaba el periódico del día siguiente: «Vergüenza Nacional, entró de pirata a una boda real»

Estaba con el duque de —no recordaba el nombre— sentado tranquilo a su lado, no parecía ser estirado, pero era mejor confesarse y que todo quedara en el más absoluto de los secretos, o al menos eso creía.

—Disculpe, creo que debo decirle, Excelencia. Nunca he estado acompañada de nadie que fuera de la realeza; por eso quizás le haya parecido tosca.

Arlan le dirigió una mirada divertida.

—Cuando dice: «Excelencia», me siento un poco viejo y solo tengo veintiocho años. El protocolo exige que usted me llame así, me haga una reverencia y que no ose mirarme fijamente, pero ya que ninguno de nosotros sigue el protocolo, soy solo Arlan —se presentó esperando congeniar con ella.

—No lo llamaría por su nombre; no es correcto y yo respeto a la realeza.

—Presumiendo que usted realmente respeta a la realeza... ¿por qué se coló entre los invitados? —indagó para conocer los motivos que la llevaron a ser un polizone.

Palideció al momento que él la descubrió y quedó muda.

—No se preocupe. ¿Qué piensa que haría yo? ¿Delatarla? Es ridículo, pero

fue bastante arriesgada al hacerlo. Quisiera saber cómo hizo para pasar la seguridad.

—No me metí sin ser invitada —mintió para intentar salvarse de nuevo. Olvidó que las mentiras tienen patas cortas.

—No mienta. ¿Sabe cómo descubrí que usted no era una invitada?

—Está bien, soy pirata. ¿Cómo me descubrió? —preguntó sonrojada mirando la calle.

—Por su frescura, inocencia, ansiedad de ver. ¿Piensa que alguna de esas personas sentía eso? Ningún invitado puede demostrar sus sentimientos tal y como lo hizo usted tan entusiasta.

—Lo siento si me propasé. Si no va a delatarme, le pido que me baje aquí.

—Asistirá al festejo de mi mano. No pueden pensar que la dama que me acompañaba me ha abandonado.

—¡Por favor, quiero bajarme, no podría estar cerca, no sé nada de etiqueta ni reglas!

—Solo tendrá que seguir mis instrucciones. Conocerá más de lo que cualquiera ha conseguido conocer del palacio. No es lo mismo tener un álbum lleno de fotos del palacio desde afuera que estar adentro.

La oferta del vándalo duque era muy seductora para sus ansiosos ojos, quería ver lo que los impuestos podían hacer, pero debía resistir.

—Es mejor que vuelva a mi casa, y...

Había quedado sin habla al ver que entraban al palacio. Los portones se abrían, dejando ver el decorado jardín donde se extendían varias carpas cargadas de elegancia, llenas de botanas, bebidas, postres y una excéntrica cascada de chocolate, y todo eso pudo verlo pegada al vidrio del automóvil como una lagartija.

Arlan se divertía viéndola con la mandíbula en el suelo. Era natural. No necesitaba fingir que estaba impresionada. Su rostro era un libro abierto.

—¿Cree que podrá escapar de aquí?

—Yo...

El automóvil se paró y los dejó frente a la entrada del palacio. De nuevo era atacada por los flashes de los fotógrafos; estaba segura de que no se vería bien en esas fotos.

—¡Excelencia! ¡Excelencia! —llamó un fotógrafo a Arlan—. ¡El nombre de la dama para colocarlo en la revista!

Él solo le mostró la palma abierta y pasó al lado, colocando su otra mano en la espalda de la asustada Susan.

—Vayamos adentro; si nos quedamos aquí, solo nos acosaran. Creo que en todas las fotos se la verá con los ojos brillantes —provocó haciendo que se viera más asustada y nerviosa.

Se sentía descolocada. Estaba nerviosa: no sabía cómo actuar, ni cómo librarse del duque que se le había pegado como un chicle.

Mientras caminaba se dobló el pie y casi cayó por distraída, pero él la sostuvo de la cintura.

—Cuidado... —murmuró con una sonrisa ladina, ayudándola a incorporarse.

Su mirada no se desprendía ni un segundo de ella. Sentía que tenía calcomanías pegadas a la frente con la palabra: «Tonta».

—Gracias...

Siguieron caminando juntos mientras ella miraba la lujosa recepción que los aguardaba. Todo estaba colocado con absoluto cuidado, elegancia y fineza. Lo que alcanzaba a ver brillaba hasta casi dejarla ciega, incluso caminar por esos pisos debía ser un pecado para una simple joven como ella.

—Pensé que era más habladora —reclamó Arlan—. Vayamos afuera; deseo tener su atención —indicó colocando su brazo entrelazando el de ella.

—Soy de hablar demasiado, pero... Ahora no puedo hacerlo; no estoy en mi ambiente.

—Por eso la invito afuera. Hay varios lugares donde podría llevarla en el jardín.

Con su mano libre, tomó dos copas que estaban en una mesa, y una de ellas se la pasó a Susan. Se acercó hasta uno de los mozos y le susurró cosas en el

oído, a lo que el hombre asintió.

Se alejaron del ajetreo de lo que sería el festejo.

Caminó por el césped, pero sus tacones se hundían entorpeciendo su caminata y arrojando algunas gotas de la copa.

Él ya no podía soportar la risa que le provocaba. Miró a todos lados, asegurándose de que nadie los viera.

—Sostenga con fuerza la copa —ordenó.

—¿Para qué...? ¡Suélteme! —voceó al verse en los brazos del noble.

—Es una doncella en apuros, ya no podía verla sufrir con esos tacones; le ruego que me perdone —se burló riendo.

—¡No estoy en apuros! —se quejó—. ¡Estos zapatos se hicieron para el piso y no para acuchillar el césped del palacio del rey!

—Usted me agrada.

—Pobre de mí.

La llevó hasta el corredor de un pequeño chalé y la depositó de vuelta en el suelo, no sin darse ciertas libertades con sus manos en el cuarto de Susan.

«Solo es un roce, Susan, no hay que alterarse», ordenó a su cerebro, que sintió aquella caricia con demasiadas ganas de continuar.

El hombre que la había cargado era alto y muy atractivo. En otra situación podía describirse como una zorra, pero no podía darse el lujo con un hombre así. Además, hacía una semana había puesto fin a una relación que la estaba matando. Charles era posesivo; le había levantado la mano en la última pelea. Aquella había sido la alarma para terminar esa relación enfermiza que los ataba.

—Su naturalidad es envidiable. Muchas de las damas que frecuentan este palacio, morirían por tener lo que a usted le sobra: carisma. Brindemos... — Arlan levantó su copa.

—¿Cuál sería el motivo?

—La compañía. Iba a estar con mi adorable madre si no hubiera llegado tarde y me hubiera sentado con usted. Me salvó del aburrimiento.

Susan levantó una ceja y chocó su copa la de él.

—Suenan a que es un sinvergüenza, Excelencia —acusó probando aquella bebida que le picaba en la lengua.

—Arlan, por favor. Soy un sinvergüenza, pero uno adorable, ¿o no lo cree?

Ella se echó una carcajada musical que lo dejó aún más sorprendido. Lentamente la soltura de la dama se dejaba ver. Su dentadura no tan alineada, su hoyuelo en el lado izquierdo de su rostro y las patas de gallo eran especiales.

La miraba perdido en su divertida compañía; era una mujer hermosa y graciosa.

—¿Qué me ve? —preguntó Susan sin rodeos al ver que no le quitaba la mirada de encima.

—A usted.

—Le juro que solo me he tomado un trago de esto que está en la copa y no estoy mareada, y usted tampoco, deje de mirarme como si estuviera viendo un mono con una navaja. Me está incomodando.

—¿Qué acaso está prohibido admirar la belleza de una mujer? —indagó con diversión en sus palabras.

Capítulo 5

«Susan, solo debes seguirle la corriente al loquito real».

Después de escuchar a su mente alcahueta, le sonrió.

—Admire entonces.

—Esther, debo decirle que lo que ocurra aquí debe guardarse con absoluto cuidado —musitó tomándose un poco de la copa.

Ella hizo desaparecer su sonrisa; eso se oía delicado. Se bebió su copa a sorbos más rápidos. Y pensar que aquella era su primera comida del día, o mejor dicho, su primera bebida.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Su secreto, por mí secreto.

Un mozo llevó una pequeña bandeja de masas y se las dejó en una mesa de vidrio.

—Siéntese —pidió Arlan separando una silla para Susan, que se sentó y lo miró como si estuviera loco—. No se preocupe, no es nada malo. Solo que nosotros cuidamos nuestra figura pública a un límite muy extremo, diría yo.

—Lo sé... —murmuró.

—Traerla al jardín es un secreto que no podrá divulgar.

—Ya me han visto con usted, hay fotos.

—Nadie sabe qué hacemos después; una foto solo dice que estuvo acompañándome al entrar, pero quién sabe si estuvo conmigo todo el tiempo. Habrá especulaciones y le pido que sea lo más razonable posible cuando le

pregunten sobre nosotros.

—Pues cuente con mi silencio —concedió sonriente.

—Puede decirse que es fiel a la corona.

—¡Apoyo a la monarquía! —exclamó dejando su copa—, estuve persiguiendo este acontecimiento durante meses... —contó con un brillo especial en los ojos y con una lengua que al parecer era devastadora.

Él la escuchaba en su relato. Parecía una ametralladora de palabras.

Arlan, al verla, repasó que había cruzado palabras con muchas mujeres, y con algunas ni siquiera una sola. Era directo a la cama, pero esa mujer que tenía enfrente era un desbarajuste. Sonreía mientras hablaba con tanta confianza que incluso podía pensar que la conocía de toda la vida. En tres ocasiones le había tocado el brazo con complicidad, cruzado las piernas más de cinco veces, enseñándole lo hermosa que era. Sabía que no era con el propósito de seducirlo, sino que la confianza que se había tomado era bastante.

—¡En fin...!

—¿Y cómo llegó hasta la capilla? —inquirió curioso.

—Eso no se lo puedo decir; pensaría que estoy loca.

—Si no lo pensé con todo lo que me dijo, ¿qué le hace pensar que aquello que dirá me hará cambiar mi opinión?

—Es un secreto —murmuró colocando la palma junto a su boca, como para que nadie viera lo que decía. Luego miró el plato y levantó uno de los finos tubos—. ¿Qué son estas cosas?

—Cannolis... —respondió mordiendo el que ella tenía en la mano.

Su mandíbula casi tocó la mesa en la que estaba la pequeña bandeja. Tragó saliva e intentó no sentirse acosada, pero falló.

Dejó la mitad del cannoli en la bandeja y cruzó los brazos bajo el pecho.

—Quiero creer que no quiere seducirme, y estoy segura de que es así, o al menos eso supongo...

—Pues está equivocada. Con usted haré una excepción. Me siento identificado con su causa.

—¿Identificado con mi causa? —curioseó incrédula.

—Usted deseaba conocer a la nobleza, y yo a los plebeyos. Esther, es una oportunidad única de una aventura real.

Se levantó de donde estaba sentada y caminó hacia otro sitio lejos de él. Lo miró, se tomó el mentón y siguió paseando casi en círculos frente a Arlan.

—¿Es esa la impresión que le di? ¿Ser una desesperada?

—De ninguna manera... —se defendió sosegado.

—¡Escuche una cosa: solo quise participar! —se justificó airoso—. Quería ver de cerca. Amo a mi país y a nuestra monarquía; quería cumplir una expectativa y ahora que soy joven lo pude hacer. Imagine que lo haga a los sesenta años, no sería tan ágil como hoy.

—Me pareció una mujer hermosa y natural, es solo eso. No veo el inconveniente por el cual deba guardarme esas galanterías hacia una dama; no son con el afán de insultarla.

—¿Qué no tiene vergüenza al decirlo?!

—Se nos ha enseñado que nosotros no cometemos errores, sino los demás, y el error suyo es creer que usted no puede ser hermosa.

Iba a reclamar, pero terminó muerta de la vergüenza con un duque de Coast cercado a su presa para que no escapara.

Se había acercado tanto a ella que no pudo evitar sentir su caro perfume que inundaba sus fosas nasales. Podía sentir su aliento con alcohol cerca de sus labios.

—Es...

Él solo le dio un corto beso y luego la miró; ella iba a reclamar y volvió a besarla.

«Oye Susan, no seas tonta, ¿cuándo te volverá a besar un intento de príncipe? ¡Gózalo!», le ordenó su mente.

Se mordió los labios y respondió al beso de Arlan.

Podía sentir su lengua invadiendo su boca, las manos de él recorriendo su cintura, de arriba abajo, sin faltarle al respeto.

Tenían una fuerte atracción, aunque la de él era mayor.

Ella se separó y respiró mirando los labios rojos de Arlan.

—No está permitido besar a un miembro de la familia real, pero creo que van a llevarme presa. —Sonrió colgándose del cuello de su acompañante.

Aquello no podía ser más perfecto, besada por un noble, en el palacio de su país, en un bello jardín con la mejor comida y bebida del mundo.

El duque se separó bruscamente y escuchó el sonido de una cámara.

—¿Qué sucede? —cuestionó ella tomando su brazo.

—Alguien está espiándonos.

—¡Por Dios! —se tapó la boca y miró a su alrededor.

Arlan no podía ver al paparazi buscando su historia.

Susan intentó no perder la calma para evitar salir corriendo y abandonar al galante Wilburg-Berger.

Iba a fijar sus ojos hacia el cielo, pero en el ínterin vio al fotógrafo sobre una rama.

—¡Allá! —lo delató rápidamente.

El fotógrafo, al verse descubierto, intentó huir. Arlan corrió tras él, al igual que ella.

Los caros zapatos le molestaban, entonces se los quitó para correr con mayor agilidad.

El fotógrafo corría de Arlan, y ella iba tras el duque casi alcanzándolo. Sin pensarlo dos veces, le arrojó el par de zapatos al hombre, haciéndolo caer y dar vueltas por el perfecto césped que rodeaba el castillo.

El duque tomó la cámara y comenzó a mirar las fotos.

Sonrió al ver alguna de ellas, mientras Susan lo observaba curiosa queriendo saber lo que le producía risa.

—Mire...

Susan tomó la cámara y vio una foto de ella acariciando la cabeza de Arlan mientras lo besaba, al parecer, muy apasionadamente.

—¡Esto...!

—No es un montaje —le quitó la cámara borrando una por una las fotos que los incriminaban.

El fotógrafo quedó en el césped golpeándolo; el duque de Coast borró todas sus fotografías. Sabía que no podía requisarle la cámara y por ello solo eliminó la evidencia de su vínculo apasionado con aquella dama.

—Tome y lárguese —exigió Arlan.

—¡Por qué no le quitó la cámara! —increpó Susan nerviosa.

—Porque tenemos prohibido hacerlo. Esta vez tuvimos suerte, la próxima quizás...

—¿Cuál próxima?! ¡Ninguna próxima! —aclaró ella sacando el aire contenido en sus pulmones.

—Es soltera, supongo.

—No es asunto suyo.

—Entonces es soltera...

—Oiga, ya debo irme, la experiencia fue maravillosa y bla, bla, bla...

—¿No piensa darme su número?

—¡Claro que no! —Miró de vuelta a su alrededor para encontrar una salida.

—Quisiera volver a verla.

—No.

—Muy tajante. ¿Acaso no le gustó?

—Prefiero la paz, a un fogoso beso de un casi príncipe.

—Sonó bastante mal, pero se lo dejaré pasar porque fue un día ajetreado.

—¿Por dónde salgo sin que me vean?

—Está empeñada en irse.

Ella tomó sus zapatos y se los llevó en la mano.

—Y me voy; fue muy agradable conocerlo, pero nuestra aventura real llegó a su fin...

Capítulo 6

—¿Al menos me dirá dónde puedo encontrarla, Esther?

—Quizás si pongo mi número en un billete, como aquella película señales de amor —se burló continuando su caminata con él detrás.

—Eso sería difícil, solo deme su número —insistió ajetreado.

Susan se volteó a verlo y enseguida buscó algo en el pequeño bolso. Arlan pensó que sería su celular para anotar su número, pero no, era un *post it*.

—Jugaremos un juego —propuso quitando un bolígrafo también del diminuto bolso.

—¿Cuál? —indagó con un poco de curiosidad.

—Anotaré mi número aquí y pegaré este papel en algún rincón del jardín. No debe ver ni seguirme. Una vez que lo deje, me iré.

—Me parece un trato justo.

Ella completó el *post it* rosado.

—Ahora, váyase a esperar que yo desaparezca —mandó señalando hacia otro rumbo al que ella tomaría.

Arlan la volvió a besar, aunque no con intensidad, sino con ternura.

—Esto es para que deje su número y no un número cualquiera...

Susan suspiró y miró al suelo para rápidamente alzar la vista hacia él.

—No lo haría, en verdad...

—Confiaré en usted —mencionó viéndola asentir e irse.

«Vamos Susan, ya le escribiste un número falso, no te retractes», ordenó su

consciencia, mientras ella ya estaba arrugando el pegajoso papelito para poner su número real. No perdía nada. El hombre besaba bien y era agradable, aunque no se la dejaría fácil; lo colocaría en un lugar donde solo un verdadero interesado iría a buscar el número.

Ella misma no creía que fueran reales sus intenciones de pedir su número. A veces la gente hacía eso por cortesía, pero nunca sucedía nada.

Anotó su número verdadero y miró alrededor de todos los árboles, ¿dónde dejaría aquello? No se decidía; todos eran lugares fáciles.

«¡Ya basta, solo déjalo!», se reprendió dejando la nota pegada en la hoja de un croto.

Era el arbusto más triste y pequeño de todo el inmenso jardín real.

Expulsó el aire de sus pulmones y miró por dónde escapar, y no encontraba una salida. Quizás algún empleado la ayudara, con aquel vestido no treparía, por lo que debía salir por una puerta o ventana o lo que fuere que la llevara al otro lado del castillo.

Arlan volvió al castillo y fue hacia donde los guardias estaban.

—Deseo ver las cámaras de seguridad —pidió a los hombres del palacio.

—Pase Excelencia... —dijo uno de ellos.

—Quiero ver las cámaras del jardín, una mujer de vestido azul estaba ahí; necesito localizarla.

Uno de ellos iba viendo la gran cantidad de cámaras en aquella zona. Recorrían con la vista cada pantalla.

—¡Esa es! —exclamó Arlan viéndola colocar la hoja por aquel pequeño arbolito—. Que alguien vaya ahora mismo a traer lo que ella dejó entre aquellas plantas.

Por radio se comunicaron con dos guardias de los alrededores que fueron hacia ahí.

Susan guardó sus cosas y miró su celular. Habían pasado horas desde la ceremonia, el tiempo junto al desvergonzado duque no había pasado, al menos no se dio cuenta.

—Charles... —dijo al ver sus llamadas junto a las de su madre, padre y amigos. Tenía más de treinta llamadas.

Lo más preocupante del caso era que conocía el número de Charles, y ella no sabía cómo había adquirido su número nuevo. Lo había cambiado para que la dejara en paz.

Escuchó unos pasos casi alcanzándola cerca de aquel arbusto donde había colocado el papel.

Se dio vuelta y ahí estaban dos hombres trajeados, acercándose rápidamente a ella.

—¡Maldito mentiroso! —espetó enojada, pensando que Arlan sí la había delatado por entrar de pirata al matrimonio del futuro rey.

Tomó de vuelta el papel, y corrió.

—¡Señorita, suelte eso! —voceó uno de ellos mientras ella corría con su zapato en la mano, la bolsa abierta y su número arrugado.

No dejaría que la alcancen; sería más rápida que Bolt. La corbata de los guardias se les iba casi hasta la espalda por correr tras ella.

Encontró un portón bajo, que intentó abrir, ínterin en que cayeron sus zapatos, su bolso y el número.

—¡Carajo, Carajo, Carajo! —gruñó tomando lo que pudo y abriendo el portón para salir.

Dio vuelta un poco la cabeza a ver si continuaban corriendo tras ella, pero ya no estaban. Lo bueno era que no la habían capturado y seguía con el papel en la mano.

Tomó aire, y trató de recuperar su compostura de dama de la alta sociedad, pero con esa ropa sudada, el tocado sobre su frente y sus pies sucios por la corrida, más parecía una mendiga.

Caminó hacia lo que parecía ser un gran garaje.

—¿Está perdida? —preguntó la voz de una niña.

—Sí, quisiera ir a la calle.

—La acompañaré hasta el portón. Mi padre dice que no debo salir a la calle

sola.

—Es un buen consejo; no desobedezcas a tus padres.

—Solo tengo papá.

—Lo siento. ¿Y qué hace tu papá?

—Es el jardinero del palacio. Él no está porque fue a colocar bien un arbusto.

—¿Puedo saber a dónde me llevas? —cuestionó Susan a la niña que iba hacia un lugar desconocido.

—Al área de la servidumbre, solo por ahí podemos salir de aquí; no está permitido salir por la entrada principal. Eso es solo para los reyes, príncipes, otros nobles y visitas.

—Espera, ¿crees que tengan ropa para prestarme?

—Su ropa es muy bonita.

—Sí, pero mira como estoy, soy un desastre.

—Veremos adentro...

La servidumbre iba y venía de un lado al otro, uniformados impecablemente.

—No creo que nos hagan caso.

—Mariam, ¿qué haces aquí? Deberías estar en tu casa haciendo la tarea —dijo una mujer del servicio.

—Papá no está y hay cosas que no entiendo.

—¿Y la señorita que viene contigo?

—Quiere irse, y pregunta si no tenemos ropa que le quede.

La mucama la miró de pies a cabeza. Aquella joven estaba despeinada, se veían las manchas de sudor bajo las axilas del vestido y estaba agitada.

—Solo deseo unos zapatos bajos y una goma para el cabello —pidió llena de vergüenza—. ¡Prometo devolverlo!

—Se lo prestaré, sígame rápido porque tenemos demasiado trabajo.

Susan le entregó una sonrisa y fue caminando por unos largos pasillos que conectaban con el palacio.

Entraron a una habitación que tenía una cama perfectamente tendida, un televisor pequeño, un armario y una mesita de noche. La mujer quitó unas alpargatas de debajo de la cama y del cajón de la mesita sacó una goma para el cabello.

—Tome, es todo lo que creo que le quedará, al menos en el pie coincidimos con calce —expresó la mujer rellena, pues Susan era joven y delgada.

—Se lo agradezco —se colocó las alpargatas y la goma—. ¿No tiene una bolsa que me preste para llevar?

—Aquí tengo una —la mujer sacó del armario, una bolsa de ropas interiores que había comprado, la vació y la entregó para que metiera los zapatos y el tocado.

—Muchas gracias, le prometo enviárselo de vuelta.

—Ya váyanse; debo volver al trabajo —avisó la mujer esperando que salieran de su habitación.

Mientras tanto, Arlan se tocaba la frente, no podía creer que existieran hombres tan ineptos. Habían corrido detrás de una mujer.

—¡La asustaron, en qué cabeza cabe eso! —espetó enojado.

—Lo sentimos, Excelencia —se disculpó el encargado.

—*La mujer huyó con el papel, pero dejó un mp4* —avisó por la radio uno de los guardias que la correteó.

—¿Un mp4? Quiero verlo.

—El duque de Coast quiere verlo, vengan.

Capítulo 7

Un mp4 negro con los auriculares liados a los costados fue lo que le entregaron los guardias. Lo encendió para ver si encontraba algo.

—*Playlist* de Susan... —mencionó mirando la cantidad de canciones que tenía—. Es una mentirosa; no me dijo siquiera su nombre real —bramó apagando el aparato para guardarlo en el bolsillo.

—Podemos conseguirle la identidad de la joven, Excelencia, ese aparato debe tener sus huellas dactilares —indicó el encargado de la guardia.

—Me sorprendería si llegaran ustedes a ser tan eficientes.

—Somos mejores que la guardia suiza del papa, Excelencia.

—Entonces tomen y consigan su identidad. Espero que guarden la discreción del caso.

—No debe siquiera mencionarlo.

Susan estaba a un paso de la salida. De bella princesa a mendiga en cuestión de minutos. Un zapato bajo y una goma para el cabello hicieron desaparecer su magia de la calabaza de cenicienta.

—Gracias Mariam —se despidió de la niña en una de las salidas laterales.

—Adiós, que tenga un buen regreso...

Las calles en los alrededores estaban llenas de personas esperando ver al príncipe y su esposa, mientras ella escapaba de las garras de la cárcel y la vergüenza por sobre todas las cosas.

No existía una sola alma conduciendo siquiera un taxi por esa zona, tendría

que ir mucho más a pie o tal vez debería volver por sus cosas hasta la capilla. Sí, iría hasta la capilla, pero al menos iría acompañada de buena música.

Buscó dentro de su pequeño bolso su mp4, pero no estaba; había desaparecido.

—¡Tus canciones, Susan! ¡Burra, burra, burra! —se reprochó al saberlo perdido.

De cuento a pesadilla iba su pequeña experiencia con la realeza. Primero creyó que el duque sinvergüenza, que al parecer a toda costa quería involucrarse con ella, era coqueto, pero buena persona. Sin embargo, al verse corriendo de los guardias, solo unos minutos después de despedirse, le decían que no era muy bueno.

Si bien era galante, guapo y besaba bien, no compensaba con sus pequeñas maldades.

Sentía sus pies cansados y estaba sumamente aburrida; lo único que la contentaba era saber que había sido parte de un evento que quedaría en la historia; podría decirle a sus hijos y nietos; «Asistí a una boda real», pero obviamente callaría la forma en cómo había entrado.

Un vehículo se acercó a ella frenando repentinamente.

Asustada, ella se volteó e iba a correr, pero el otro había sido más rápido y la tomó del cabello con fuerza.

—Susi, ¿crees que puedes esconderte de mí? —espetó una voz horrendamente conocida para ella.

—¡Suéltame, Charles! —pidió tomando su cola de caballo para que dejara de torturarla.

—Sube, voy a llevarte a tu casa.

—¡Contigo no voy a ningún lugar!

—Hazlo, Susan, si no quieres que me enoje, y ya sabes cómo me pongo cuando me molesto contigo. También sé que cambiaste tu número, pero yo puedo saber todo de ti cuando quiera, ¿entiendes?

—¡Déjame, me duele! —se quejó mientras la metía en el asiento del

acompañante y bloqueaba las puertas para que no saliera.

Charles subió al vehículo y se sentó junto a Susan, que tenía la respiración agitada y la mirada asustada.

—Mira lo que me obligas a hacerte, Susi —acarició su rostro con un dedo—; sentí tantos celos al verte cerca de otro hombre. Tú me perteneces.

—Lo nuestro acabó para siempre, Charles. Nunca permitiría que alguien abusara de mí y me golpeará, y tú lo hiciste; primero mi amor propio.

—¡Eres egoísta, Susan! —reclamó enojado—; fueron dos años que no se esfuman simplemente.

—Lo siento, pero para mí se acabó —repitió, y Charles molesto la tomó del rostro y la besó bruscamente, mientras recorría con sus manos la pierna de Susan.

—Nunca me diste la oportunidad de que tengamos intimidad, siempre te he deseado, Susan...

—¡No me toques, no voy a estar nunca contigo! —lo empujó—. Eres un hombre violento, nunca pensé que lo fueras.

—Es solo cuando me enojo. Vuelve conmigo Susan; sé que puedo cambiar.

—¡¿No entiendes que no?! Estoy bien sola.

—Qué conveniente para ti que hayas terminado conmigo hace una semana, y ahora, te vean del brazo de uno de los miembros de la familia real. ¿Eres una zorra muy cara, Susan? —acusó furibundo, golpeando el volante como loco.

—No tengo que darte explicaciones de mis actos, no te lo debo.

Susan veía con ansiedad llegar a su casa, pero Charles dilataba su llegada demasiado.

—Regresarás conmigo, Susan, y me darás lo que te he pedido por mucho tiempo —mencionó mientras la llevaba.

Ella no volteó a verlo; temía por su seguridad. Ni bien la bajara se cambiaría y lo denunciaría.

—¿Me vas a ignorar, Susi? ¿No comprendes cuanto te amo y la impotencia de que no estés cerca de mí?

—Necesitas tratamiento médico para tus locuras y también dejarme en paz —dijo entre dientes.

—Tienes veintitrés años; eres una mujer que se ha negado a estar con su novio durante dos años. Tengo veintisiete años, un buen trabajo y puedo mantenerte; puedes dejar la universidad y casarte conmigo.

—Ni loca pienso dejar de estudiar para casarme, jamás... Escucha esto... Jamás un hombre me mantendrá. Seré independiente. No soy posesión de nadie. ¿Qué quieres? ¿Tenerme de prisionera en una casa llena de hijos y un montón de golpes en mi cara? He hecho trabajo social en Westland y fue con mujeres víctimas de violencia intrafamiliar; los hombres como tú no cambian. Bájame ya; no puedes privarme de mi libertad y lo sabes.

Él paró el automóvil a unas cuadras de la casa de Susan y bajó para abrirle la puerta.

—Vete, pero regresarás conmigo...

No lo dudó ni un segundo. Corrió hacia su casa, presa del susto por enfrentarlo. Se había vuelto más loca que él. Se había expuesto a que la matara o violara; era más fuerte que ella y no podría hacer nada si realmente él se propusiera llevar a cabo sus maldades.

Recordó la vez que había detonado la locura de Charles. Salían de una discoteca para que él la llevara a su casa, había parado el automóvil en una esquina oscura en un barrio desconocido.

—No estoy tan ebria, Charles, este no es mi barrio —aclaró ella mirando la zona.

—Quería estar a solas contigo, Susi... —se acercó y tocó uno de sus senos.

Estaba segura de que tenía deseos sexuales, pero por razones desconocidas ella no quería apurarse y terminar cometiendo una locura. Su familia era muy conservadora con respecto al sexo, y ella no se quedaba atrás, seguía el supuesto de «Virgen hasta el matrimonio». Sin embargo, ya no estaba segura de que lo fuera.

Charles introdujo sus manos bajo sus faldas y sin previo aviso la mancilló.

—¡Charles, me duele! —gritó.

—¡Shuuuu... quédate quieta!

Susan no había obedecido sus órdenes e intentó sacar la mano que la lastimaba, pero Charles se arrojó sobre ella.

Le mostró su mano con sangre y eso la asustó.

—¡Es suficiente! —pidió con su peso sobre el de ella, recostando el asiento. Se bajó el pantalón y quiso introducirse en ella.

Sacó fuerzas de donde no tenía y lo empujó. Intentó escapar, y él, recuperado, la tomó del cabello y la golpeó en el rostro.

—¡Susi, lo siento! —La tocó con su mano sucia por su propia sangre.

—¡Quiero irme a casa! —reclamó llorando después de ser abusada y golpeada.

—Yo te llevaré mi amor, lo siento...

Lloró y luego lo miró con desprecio. Sacó su celular y llamó a un taxi. Después de colgar, con los ojos rojos, el maquillaje corrido y la dignidad en el suelo, dijo:

—Se acabó...

—Susi, sé que me porté mal y...

—No. Se terminó y es la última palabra que te dirijo.

—¡Estoy desesperado por ti, demasiados años esperando un poco de tu atención!

—¡Pero no a la fuerza! ¡Nunca te lo voy a perdonar, aléjate de mí!

Aquel solo había sido el principio de su calvario. No terminó su trabajo, y continuó acosándola en la universidad. Temía salir por la noche; solo lo hacía con su mamá y su papá, nada sola.

Cambió su número para que dejara de llamarla, pero la familia de Charles era influyente y él trabajaba en una de las empresas de su padre. Lo conseguían todo con sobornos, y conseguir un número era algo tan fácil como dar vuelta una hoja.

Esta vez la había atacado a plena luz del día; todo estaba saliéndose de

control, lo denunciaría por abuso y pediría una orden de restricción en su contra. Era lo que debía haber hecho desde un primer momento, pero se había creído autosuficiente.

Capítulo 8

Con el corazón aún acelerado por lograr una pequeña victoria, apresuró el paso hasta ver su casa.

Cuando vio aquella casa de ladrillos rojos, tembló. La magnitud de enfrentar a un hombre violento era algo que la llenó de adrenalina.

Giró el picaporte de la puerta, y todos estaban sentados en la sala, prendidos al televisor.

—Hola, familia... —saludó a los presentes.

—¡Qué demonios hacías del brazo del duque de Coast! —reclamó su madre al verla entrar.

—¡Jamás lo he visto en persona! —se defendió.

—¿Y entonces quién es esa mujer idéntica a ti con vestido azul? —señaló su hermana menor a la televisión.

Susan se giró y observó. Era ella saliendo de la capilla del brazo de aquel mentiroso y desfachatado del duque. ¿Cómo podría seguir negándolo? Era una caradura.

—Niégalo... —exigió su padre.

—¡Está bien, soy yo en esa repetición! —respiró cansina luego de su confesión.

—¿Cómo hiciste para llegar con el duque?! —interrogó su madre ansiosa por saber.

—Un desafortunado hecho que ya quedó en el pasado...

—¡Por favor, Susi, cuéntanos! —rogó su hermana agrandando sus ojos para verla.

—¡No es nada! —exclamó sonrojada—, solo se sentó a mi lado en la ceremonia.

—¿Y cómo entraste a la ceremonia? —curioseó su padre uniéndose al interrogatorio.

—No querrás saberlo, papá. —Se rascó el cuello nerviosa.

Su familia no tuvo compasión por ella para sacarle la información. Contó una historia un poco distinta a lo que había sucedido. Su madre y su hermana morirían de excitación si sabían que había besado a un Wilburg-Berger.

Luego de librarse de «sus captores» fue a tomar un baño. Corrió una maratón para escapar de la guardia real. Se sentía como una terrorista. Se infiltró en un evento real, y huyó como 007 de aquel lugar antes de que supieran quién era ella. Estaba segura de que su aventura real no tendría consecuencias catastróficas; la verían un día y eso sería todo.

Los mensajes no paraban de llegar a su celular. Sus amigas la habían visto por televisión y su hazaña la elogiaban con muchos signos de admiración en la escritura.

Tardó tanto en la ducha que su piel quedó como una ciruela pasa. Su mamá le dejó en la cama un pantalón vaquero, una remera y campera ligera.

—Mamá... —la llamó antes que de fuera de la habitación para dejarla sola. Se sentía avergonzada por lo que le pediría.

—Dime, Susan.

—Quiero pedirte un favor...

—El que quieras, siempre y cuando no sea solaparte cosas.

—En realidad se trata un poco de eso. Como te darás cuenta, Charles y yo ya no somos novios.

—¿Ya no son novios? ¿Se han peleado?

—Sí, y quiero que me acompañes a la estación de policía para colocar una denuncia en su contra...

—¿No estás exagerando?

—No. Él es violento y obsesivo. Tú me dijiste que jamás estuviera con un hombre que me dé menos de lo que merezco. Charles no es como mi papá, mamá.

—¿Se atrevió a agredirte?! —se exaltó su madre.

—Sí, pero no quiero que se lo cuentes a papá. No deseo que lo busque y quiera hacer justicia por mano propia. La familia de Charles es millonaria, y nosotros, no. Papá podría verse perjudicado si intenta algo.

—¡Vístete ahora, saldremos a presentar esa denuncia! ¡Desgraciado animal!
—habló gruñendo improperios para salir de la habitación de su hija.

Su madre fue a cambiarse de ropa, y anunció a su esposo que saldría solo con Susan, pese a los reclamos de la más pequeña, que pensó irían a comprar ropa y no querían llevarla.

Subieron al automóvil y partieron por las desiertas calles rumbo a la estación de policía.

Al llegar, eran las únicas personas en aquel lugar. Fueron invitadas a sentarse.

—¿En qué las podemos ayudar? —preguntó uno de los oficiales, sentado frente a la computadora.

—Vengo a presentar una denuncia... —dijo Susan avergonzada.

—Sí, señorita, ¿de qué tipo?

Susan se giró hacia su madre y luego se volvió al policía.

—Por acoso, violencia verbal, física y abuso contra mi exnovio —habló sofocada.

Su mamá estaba blanca del susto al escuchar la palabra abuso. No pudo evitar que las lágrimas salieran de sus ojos.

—No quería contártelo, porque sé que se lo dirías a papá. No quiero un padre preso o muerto, mamá. —Acarició el brazo de su madre con mucha madurez.

—Los cargos que piensa presentar son muy delicados, señorita. Es mejor

que primero la revisen, antes de esa acusación. Con un informe médico, se podrá actuar sin lugar a dudas.

—Iremos a emergencias ahora, Susan —se levantó su madre de la silla.

—Fue hace una semana, ¿cómo lo comprobaríamos?

—Los médicos pueden hacerlo. Mi sugerencia es que vaya y vuelva con un parte médico —recomendó el oficial.

Ella asintió y salió con su mamá hecha un mar de lágrimas y lamentaciones. Se culpó por no haber sido una buena madre y permitir que aquello le ocurriera.

—Mamá, estoy bien. No puede ser que sea más fuerte que tú; no me estoy desmoronando... —comentó Susan mientras llegaban a emergencias.

—Si me hubiera dedicado más a mi familia y no al trabajo...

—¡Mamá! —gruñó exasperada, eso no ayudaba. Su madre debía consolarla a ella y no al revés.

Después de entrar a la sala de emergencias, sentó; a quien debía ser su pilar en una silla para buscar un número para que la atendieran.

Comentó su caso y la enviaron unos pisos más arriba para consultar en emergencias de ginecología. Se sentía extraña mirando a las parturientas, ir y venir de un lado al otro. Comparado con aquello, ella no parecía necesitar ser atendida de emergencia.

—¡Susan Culligan! —la llamó el doctor.

Su madre se levantó para ir con ella.

—Iré sola, mamá —mencionó dejando a su madre en el pasillo.

Pasó la puerta, y esperó a que el doctor se sentara.

—Siéntese, señorita...

—Gracias. En la estación de policía me dijeron que aquí me podrían dar el informe médico para mi denuncia de abuso.

—Aquí la revisaremos y pasaremos el informe. En el caso que llegue a comprobarse el hecho, tenemos quien se encargue de darle curso legal. En aquel cubículo está una bata, pase y póngasela.

—Sí —obedeció enterando al lugar, donde se bajó el pantalón y quitó la ropa interior.

Moría de vergüenza, pero debía hacerlo. Estaba en deuda con su consciencia por querer saber si seguía al menos siendo virgen.

Salió con la bata puesta y vio la camilla con los brazos para colocar las piernas abiertas.

—Suba y abra las piernas, por favor —pidió el doctor buscando sus implementos para poder revisarla.

Ella lo hizo. Tenía las manos encima del vientre sosteniendo la bata. Miró al techo nerviosa y llena de vergüenza.

—Relájese... —ordenó el doctor colocando algo frío en su interior.

Con aquello era imposible relajarse, si antes no la ultrajaron, lo acabaron de hacer.

El doctor terminó su inspección colocando los guantes en el basurero y sus implementos en un recipiente.

—Vaya y vístase, señorita —pidió sonriendo.

—Sí, doctor.

Respiró y fue a cambiarse. La situación embarazosa había terminado.

—¿Y bien, doctor? —preguntó tomando asiento.

Después de hablar un buen rato, el doctor salió con una carpeta para entregársela a una de las enfermeras.

—Lleve esto a la trabajadora social, es positivo para intento de abuso — comunicó el doctor.

Capítulo 9

Sola en el consultorio, y con las noticias que se temía sobre su virginidad perdida en garras de su exnovio, aparte de causarle algunas infecciones no severas —solo debía colocarse óvulos—, aun así no podía evitar sentirse extraña y sucia.

Quería encontrar la diferencia entre haber sido abusada o ultrajada. Creía que estaba entre ambos mundos. Lo que ella tenía de ventaja sobre otras mujeres en una situación similar era que tuvo y tiene tantos roces con mujeres que realmente han pasado cosas difíciles.

Lo de ella, pese a ser algo delicado, no era nada comparado con los golpes, los maltratos y abusos a los que eran sometidas otras mujeres. Ella era fuerte gracias a todo lo que había aprendido de otras personas y gracias a la familia que tenía.

Estaba segura de que no se sentiría menos por lo que le sucedió con Charles, pero estaba decidida a que se hiciera justicia, tal como pidió justicia para otras, necesitaba la suya.

El doctor volvió después de varios minutos junto a ella.

—Señorita Culligan, sus papeles están listos; puede pasar junto a nuestra asistente social que estará encargada de darle curso a su denuncia.

—Gracias doctor, es muy amable...

Ella salió del consultorio y su madre la miraba preguntándole cómo le había ido.

—Ya no ser virgen no es malo, supongo ¿o sí?

—¡Oh, Susan! —rompió en llanto su madre, completamente desconsolada.

Susan abrazó a su madre para darle valor, en lugar de que se lo diera a ella.

—Mamá, tengo una audiencia ahora con la trabajadora social. ¿Puedes aguardar? No creo que estés en condiciones de nada...

Dejó a su madre hecha un mar de lágrimas otra vez. Al menos alguien se atrevía a llorar por la situación; ella aún se encontraba en una nube de sin sabores, pero estaba bien.

Tocó la puerta, esperó escuchar aquel «Adelante» y luego empujó la puerta. Una mujer de facciones amables. Tenía un pequeño televisor en su escritorio.

—La boda real fue hermosa... —comentó la mujer invitándola a sentarse.

—En realidad maravillosa. —Le sonrió recordando aquel momento que ella llevaría en su memoria por siempre.

—¿Cómo se encuentra? Soy Anya Thompson, abogada y psicóloga de profesión.

—Estoy bien. Quien creo que necesita ayuda es mi mamá.

—Todos necesitamos descargar nuestros miedos y sentimientos. Puede decirme y contarme lo que desea; estoy aquí para ayudarla.

—Estoy agradecida. ¿Sería mucho pedir que quede tras las rejas? Ningún hombre de esa calaña debería estar libre. Pensé que me di cuenta a tiempo y que estaba salvándome de algo, y era cierto, me salvé de algo peor...

Con tranquilidad, Susan contó el comienzo de su relación con Charles, y cómo había cambiado en esos dos años.

Tardó horas haciendo el papeleo; estaba tan exhausta junto a su madre que tenía el rostro hinchado, o mejor dicho, todo hinchado.

Al llegar a su habitación, arrojó su pesado cuerpo a la cama, sintiendo como unos calambres se extendían por su espalda. Estaba al fin reposando.

No podía decir que no se sentía afectada por todo, pero si ya había pasado una semana de lo que había ocurrido, ¿por qué seguir torturándose? La policía y los abogados se encargarían de su caso. Debía cuidarse las espaldas, porque

tenía la seguridad de que a Charles no le agradaría ser denunciado, movería toda la parentela para que todo quedara en la nada. Dependía de ella ser más fuerte y defender sus derechos.

Por la noche, había terminado todo el festejo del enlace real, y Arlan era sometido al escarnio del rey Octavio. Estaban acompañados de la reina, y la madre de Arlan.

—¡No soy el rey por nada! —gruñó mirando a su sobrino.

—Creo que este título es amarillista, Su Majestad —explicó Arlan bajando uno de los periódicos.

—¿Qué olvidó esta cenicienta?! Es un título extraño, después de ver a la mujer de tu brazo.

—Era una mujer que se había colado entre los invitados, claramente desconozco la forma en que lo hizo.

—¿Entonces este título le queda mejor? «Cenicienta pirata...»

—Es el que se ajusta mejor a lo que en verdad ocurrió —alegó riendo.

—Arlan, no me digas que es una de tus indecentes «amiguitas» a la que metiste aquí —habló severa su madre—. Traspasó la alta seguridad del rey. Imagina lo que eso acarreará. El príncipe, tú primo y su esposa estaban en peligro.

—Mamá, no es mi amiga...

—¿Y esta foto, qué? —El rey le arrojó el periódico.

—Puedo explicar ese beso... —rio nervioso ante tantos ojos reprobatorios.

—Dinos su identidad; debemos investigarla —justificó la reina.

—Los medios les proporcionarán esa información con el tiempo. Lo único que yo puedo asegurarles es que no hay criatura más inofensiva que ella; solo deseaba ser testigo de un evento que cree único e irrepetible. Es alguien que apoya a la monarquía y no como el parlamento que desea derrocar nuestra

forma de gobierno.

—¡Quieren derrocaros por causa de tus excesos, Arlan! —alzó la voz su tío.

—Ya me reformé, lo juro. Llevo años sin parrandas, sin vivir sobre la ley. Es un hecho que he vuelto hace unos días y nadie lo supo. Puedo suponer hasta que se han olvidado de mi existencia.

—Fue bueno que te hayas ido para limpiar tu nombre un poco; eras una catástrofe para la corona —dijo su madre.

—Mi primo se ha casado por presión de ustedes, porque no hay miembros jóvenes en nuestra pequeña monarquía, no hay un bendito heredero. No seré el rey de Westland nunca y eso me alegra, no tiene precio. Ya él se encargará de todos. No tienen que seguir molestándome —se quejó resentido.

—Hasta que nazca alguien que diga que tú no sucederás a tu primo, seguirás las normas, Arlan. De lo contrario, deberás abandonar el título de duque y tus posesiones, solo te quedará lo que corresponde al dinero de tu madre.

—Menos mal que mi madre tiene la naviera, y gracias al poco buen juicio que tengo, fui a estudiar a Estados Unidos mientras duraba mi expulsión por mal comportamiento. Ahora soy uno de los nobles mejor preparados con título y maestría —declaró fastidiado por su familia.

—Cuando quieras puedes renunciar a todo, Arlan —ofreció el rey abandonando la estancia con la reina detrás.

—¡Ves lo que causas, Arlan! Llevas menos de 72 horas aquí y ya eres tapa de los periódicos.

—Mamá...

—Besaste a una desconocida.

—Era hermosa y elegante —sonrió pícaro—, irresistiblemente valiente para haberse hecho pasar por una mujer noble.

—Debe ser una cazadora de las que abundan. ¿Sabes cuántos escándalos y falsos embarazos tuvimos que limpiar por ti?

—Imagino que fueron unos cuantos... Es mi vida privada.

—¡Tu vida pública, Arlan! ¡No tienes vida privada porque tú la hiciste pública! —voceó su madre haciendo que su estridente voz casi reventara sus tímpanos.

—¡Fueron cinco malditos años que me desterraron por mala conducta, ahora soy un buen samaritano e incluso así me condenan!

—Pues buen samaritano, ve que hacer para salir de este aprieto y sacar a esa mujer del foco en el que la pusiste... —Lo dejó solo su madre.

Algo que había aprendido desterrado era que su familia no servía para nada, y él podía sobrevivir sin problemas administrando la naviera. Esperaría a que su primo volviera de su luna de miel y renunciaría a su posición dentro de la realeza de Westland.

Capítulo 10

El rey de Westland tenía todos los periódicos que saldrían al día siguiente en sus manos. Intentó censurar todo lo que no correspondía, pero se habían filtrado informaciones en la prensa digital y también en la televisión abierta.

No podía por la fuerza sacar todo de circulación, sino que debía amortiguar el daño a la reputación de la corona en lo mayor posible.

Susan, como todas las mañanas, estaba lista para la universidad. Bajó a desayunar, mientras su padre llevaba el periódico enrollado bajo el brazo.

—Hola, papá, ¿no se te hace tarde para ir al trabajo? —preguntó Susan al verlo aún en casa.

—Pedí permiso para acompañarte a la universidad...

Ella dirigió sus ojos a su madre, que estaba trayendo el desayuno.

—No hace falta, papá —expresó tomando un sorbo de café para despabilarse.

—¿Me vas a decir que no hace falta? Tu madre me contó lo que sucedió ayer.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó su hermana menor.

—Dalma, no pasó nada.

—¿Tienes miedo de que los guardias del rey se lleven presa a Susan, papá?

—No, Dalma, solo quiero acompañar a Susan a la universidad; la calle se ha vuelto peligrosa.

La niña miró el periódico que bajó su padre sobre la mesa y se lo estiró

rápidamente.

—¡Cenicienta Pirata! —leyó en voz alta—. ¡Eres tú, Susan, mira, papá, es Susan besando al duque de Coast!

Susan escupió su café y le arrebató el periódico a su hermana.

—¡Dios bendito! —su corazón parecía que iba a explotar. Su experiencia «sin consecuencias» estaba en la primera plana.

Dejó caer el periódico sobre los cubiertos y se sentó a esperar lo desconocido.

Su papá se apoderó del periódico. Su esposa se colocó tras él y comenzó a leer.

La cenicienta pirata

Según nuestras fuentes cercanas al palacio, la mujer desconocida de la foto con el duque de Coast no estaba en la lista de invitados. Nadie aún comprende cómo pudo introducirse con tanta facilidad a través de la seguridad del rey, y lo más desconcertante fue que salió del brazo de él —en su tiempo, el escandaloso Arlan Wilburg-Berger—.

Recordaremos que el duque siempre se ha destacado por su coquetería y falta de recato ante las cámaras, viviendo años mezclado con los escándalos. A su vuelta de unas largas vacaciones, vuelve a ser polémico, y esta vez del brazo de una «cenicienta pirata».

Quizás por los antecedentes del duque seamos desconfiados pero, quién quita que esa dama sea su prometida, y nos demuestra que al fin se ha convertido en un miembro decente de la familia real...

—¡Susan! —gruñó su madre al ver la escandalosa foto de Susan colgada del cuello de Arlan Wilburg-Berger—. ¡Dijiste que solo fuiste a ver!

—También fue a besarse con el duque... —echó combustible Dalma, a lo que ya estaba ardiendo.

—¡Dalma, vete a la escuela! —espetó su madre entregándole su mochila.

—¡Pero quiero ver como regañan a Susan! ¡Siempre me regañan a mí! —se

retiró enfurruñada la niña.

—Mira dónde estás, Susan, del brazo de un sinvergüenza... —murmuró su padre negando con la cabeza.

—Pensé que introducirme en la ceremonia no traería problemas. ¡No fue mi culpa que ese hombre se sentara a mi lado; yo no lo busqué! ¡Él se me ofreció!

—Susan, te estás complicando sola... —advirtió su madre.

—¡Puedo jurar que ese es un montaje!

Su padre abrió el periódico para leer la nota completa, y las imágenes eran peores a la que se encontraba en la portada.

—¿Eres tú, verdad? —consultó su padre—. ¿Todas esas fotos son un montaje?

—¡Le arrojé mi zapato a ese paparazi para que no sacara nada, y el duque borró...! ¡Desgraciado, no borró todas las fotos!

—¡¿Le arrojaste un zapato a un paparazi?! —se exaltó la señora, dejando caer el peso de su cuerpo en la silla. Adiós orgullo hacia su hija.

—Aquí dice... —citó su padre— «El zapato volador de la cenicienta fue a parar a la humanidad de nuestro compañero, y el duque borró la mayoría de las pruebas».

—¡Qué vergüenza! —Susan tapó su rostro.

—Vámonos, Susan, charlaremos largo y tendido en el automóvil —la llamó su progenitor.

Se enfrentaría a un padre completamente enloquecido, peor que una gallina clueca cuidando de su pequeña pollita.

—Desafortunado escándalo —sonrió el príncipe Robert sentándose junto a su primo Arlan—. ¿Desayunaste las noticias?

—No, cené las noticias —replicó mirándolo.

—Te robaste la atención en la boda. Estoy agradecido; estuvieron más

detrás de ti que de nosotros.

—No es chistoso, Robert. He lanzado por la borda muchos años de buen comportamiento por ayudar a una desconocida que se metió a tu boda.

—¿Por qué no los convences de que estabas intentando salvar al heredero de la corona? —siguió el príncipe chasqueándose.

—Besé a la amenaza en el jardín del palacio; pensé que había borrado las fotos, pero veo que tenían un respaldo —lamentó.

—¿Sabes cómo se llama?

—Susan Esther Culligan... O al menos creo que ese debe ser su segundo nombre. Esther es el que me dio primero, pero su mp4 dice Susan Culligan.

—Estoy seguro de que, para hoy, la prensa sabrá quién es ella.

Uno de los mozos entró con bandeja, y en ella, estaba una impoluta carta bien sellada.

—Disculpen, Su Alteza, Excelencia. Excelencia, los guardias le envían la información que pidió ayer.

—Gracias —tomó el sobre frente a su primo.

—¿Te interesa en verdad investigar a esa desconocida?

—Le pedí su número, pero creo que no quiso saber de mí. Me besó y se hizo la desentendida.

—¿Orgullo herido?

—No. En realidad, me agradó y quisiera seguir viéndola.

—Disfruta de la información completa que tienes ahí. Estoy seguro de que son demasiadas hojas muy detalladas las que tienes por delante.

—Iré a mi habitación para que nadie me moleste.

Arlan fue con el sobre, caminando tranquilamente por los pasillos del palacio. Se quedó a dormir ahí, pero más tarde volvería a su departamento. Odiaba tanto revoloteo a su alrededor.

Cerró la puerta y se quitó los zapatos, arrojándose a la cama. Abrió el sello y, sin mucho preámbulo, tomó las siete hojas de informes.

Una fotografía de Susan desde una cámara de seguridad estaba en la

portada.

El informe contenía los datos completos de Susan, sus notas desde la escuela, la secundaria y la universidad. También estaba su partida de nacimiento, un carné de conducción, biblioteca, y sin antecedentes penales o judiciales, un historial sin ninguna mancha.

—Susan Esther Culligan Fairchild, nacimiento 25 de mayo de 1988, celular...

Arlan quitó su teléfono celular, y comenzó a marcar el número que tenía en el informe.

Susan bajó del automóvil de su padre con un montón de culpas en su espalda. Había quedado como una chica fácil frente a su padre.

—¡Es Susan! —la vio una de sus amigas corriendo hacia ella.

Todos los que estaban alrededor la miraban y eso hizo más que alertarla. No existían secretos cuando se trataban de fotos suyas corriendo por su pequeño país como pan caliente.

—¡Soy tu fan! ¡Eres la primera mujer común en besar a un Wilburg-Berger! —la abrazó Vanessa.

—¡Te lo tenías tan callado! ¿Cómo lo conociste? —indagó Cynthia.

—Yo...

—¡Aquí dicen que desean saber tu identidad! —Le mostró Vanessa otro periódico sensacionalista.

—¡Dios esto es lo peor que me ha pasado en la vida! —gruñó avergonzada por el exceso de atención hasta que su celular sonó.

No era un número conocido, ni tampoco el de Charles.

—¿Hola? —contestó un tanto nerviosa.

—*Susan Esther Culligan Fairchild... ¿Por qué no dejaste tu número ayer? Me dejaste esperando. Soy Arlan, mi bella cenicienta pirata...*

Cuando pensaba que nada podía ser peor, el duque había dado con ella, qué desgracia.

Capítulo 11

—*Creo que el apodo que le han puesto los medios es perfecto* —opinó Arlan del otro lado.

—*¡Cómo...! ¡Cómo diablos consiguió mi número!* —exclamó llamando la atención del pasillo de la universidad.

Avergonzada, se alejó de todos para hablar un poco en privado.

—*No se exalte, Susan* —pidió—. *¿Puedo llamarte Susan? Me molesta tanta... ¿Cómo decirlo? Frialdad con otra persona...*

—*¡Pues si voy a llamarte por tu nombre, Arlan, déjame decirte que desgraciaste mis sueños!*

—*¿No te agradó nuestra fotografía en primera plana? Tu intentando alcanzarme para besarnos mejor...*

—*¡En esa fotografía no parecía estar coaccionada, pero lo estaba! No puedo creer que no hayas borrado todas las fotos de ese fotógrafo. Se supone que tú deberías cuidar tu reputación como miembro de la familia real. Ahora por tu culpa, estoy hasta el cuello en los periódicos.*

—*No descansarán hasta saber quién eres y dónde vives. Es un extra de información que te doy para que sobrevivas a la prensa.*

—*¿Qué clase de desvergonzado eres?*

—*Según la familia real, el peor...* —Rio cantarín.

—*Me dejé besar por un mujeriego. Tengo la peor reputación y... Soy acosada por mis propias compañeras de universidad, pobres inocentes que*

piensan que eres un príncipe, pero más resulta que eres un sapo, y muy verde.

—*No merezco que me insultes. He vuelto hace muy poco a Westland. Eres la única persona que me ha caído bien. Con todas esas palabras rompes mi corazón* —se burló, sabiendo que molestaría a Susan por lo nerviosa que estaba.

—¡Y ahora resulta que debo sentir lástima por un casi príncipe! ¡Válgame el cielo! —bufó irónica—. ¡Estoy metida en un lío!

—*¿Acaso tengo la culpa de que fueras pirata? Solo me pareciste hermosa y agradable. Por eso me acerqué a ti. Soy coqueto pero, oye, tampoco pienses que soy una lacra.*

—¡Es tu culpa porque te sentaste a mi lado, me hablaste, no dejaste que prestara atención a la ceremonia, me invitaste al palacio... —respiró tomando más aire para continuar reclamando lo que creía — ...tomaste ventaja de mi desconocimiento hacia la oveja negra de la familia, y por último, no borraste las fotos del hombre que casi estaba haciendo un trío con nosotros!

—*¡Tenía un respaldo, no es mi culpa!*

—Oye... Es mejor que no discuta con un miembro de la familia real, ya tengo muchos problemas para echarme uno más al hombro... Voy a colgar.

—*¡Espera!* —pidió rápido, levantando el torso de la cama—. *Tengo tu mp4.*

—Puedo comprar otro... —Hizo gestos con el rostro; quería su reproductor de vuelta, pero primero muerta a que viera su debilidad.

—*Tienes una playlist genial. Eso me dice que eres divertida. Además, el informe aquí dice que tienes una costumbre muy deliciosa, helado de chocolate, religiosamente todos los días, frente a la heladería de la universidad... Aquí también dice que vas con frecuencia a las tiendas Midway y compras cosas con tu madre y una hermana menor* —dio vuelta la hoja—. *Hay una foto tuya abrazando una bolsa de almendras ¿en serio te gustan? Yo soy alérgico a ellas...*

Susan tenía su mandíbula en el piso, ¿Cómo sabía todo eso?

—¡Cómo sabes eso!

—*¡Juro que solo quería tu número para localizarte!* —se justificó con premura—, *pero resultó que eran más eficientes de lo que pensaba. En menos de doce horas, resumieron tu vida en siete hojas...*

Cerró los ojos y solo sabía que estaba metida en el lío más grande de su vida. Amaba la realeza, pero empezaba a odiar a un miembro en particular: Arlan Wilburg-Berger.

Intentó calmarse y no explotar, pero le fue imposible.

—¡Primero tienes secuestrado mi mp4, luego mi vida en siete páginas ¿Qué viene ahora?! —masculló molesta.

—*¿Qué te parece si viene una cita? Te devolveré a mi rehén y, como ya te expliqué, solo quería tu número. El resto es información complementaria. Hubiera sido más fácil que me dieras tu número, pero preferiste jugar sucio y llevártelo.*

—¡Qué yo jugué sucio! ¡Tú enviaste a los guardias para seguirme y seguro escoltarme hacia algún calabozo del palacio!

—*Demasiada ciencia ficción en tu mente. Te prohibiré los playlist de videojuegos, no son buenos para tu salud mental.* —Rio graciosamente.

—¡Faltaba nada más que fuera tu bufón!

—*¡Es que sacas lo peor de mí!* —Seguía riendo enloquecido en la oreja de Susan—. *Oye... Lo siento... No quise asustarte; solo envié a los guardias para que trajeran tu número antes de que el viento se lo llevara, pero te asustaron.*

—¿Qué? ¡Toda esa persecución fue producto de mi imaginación! ¡No puedo creerlo...! —Colocó su mano en la frente y luego tapó sus ojos avergonzada.

—*Siento decirte que fue así. Te debo una cita... ¿Cuándo tienes tiempo? Aquí dice que estás terminando la carrera de Administración y... tienes un excelente promedio...*

—¿Qué cuándo estoy disponible? No estoy disponible para ti. Ya fue un error haberte dado la oportunidad de acompañarme... ¡Craso error! Ahora

tienes mi historial en tus manos, quiero que lo quemes. ¡Lo exijo!

—*Claro que lo quemaré. ¿Sabés que hago ahora mismo? Traigo un basurero, tus papeles y un encendedor...* —Sacó el encendedor del bolsillo e hizo ruidos con este.

—¿Por qué será que no te creo? —musitó cantando con ironía.

—*Si puedes mira hacia el palacio, de una ventana saldrá humo* —colocó su mano sobre el micrófono del celular y se desarmó de la risa.

—Vaya payaso...

—¡Susan, tenemos clase ahora! —avisó Cynthia acercándose.

—¡Voy, cuelgo y estoy lista!

—Ven que hasta el profesor de proyectos quiere saber sobre tu escapada de cenicienta —se burló su amiga.

—¡Es tu culpa, es tu culpa! —acusó a Arlan.

—*Calma, esto es reciente. Una vez que descubran que no hay nada entre nosotros, todo se calmará y no pasará de una tontera. Hoy seguro el vocero del palacio aclarará de la mejor manera esto. Hay asesores aquí; tu solo cálmate y evita salir a dar noticias.*

—¡Ah! Ahora me sugieres lo que tengo que hacer. Me dices: «Oye Susan, deja de vivir tu vida porque a un duque se le antojó tenerte de víctima de sus vicios».

—*¿Tenemos una cita entonces? No me has respondido, y yo tengo una agenda apretada...*

—¿Agenda apretada? Lo único que debes tener es apretado el pantalón —cortó molesta.

—*¿Susan? Creí escuchar un sí...* —comentó después que ella le cortara el celular.

Susan miró a su alrededor y decidió salir de la universidad e ir a consolarse con un helado frente a la universidad. No podría soportar la vergüenza y menos contar lo que sucedía.

Cruzó la calle, y formó fila para el helado. Las miradas no paraban y, para

colmo, estaban pasando en las noticias de la mañana, sobre el matrimonio real.

El tono de un mensaje hizo que tomara el celular.

Al abrir el mensaje quedó helada, su foto de la portada besándose con Arlan con un texto del número de Charles, que decía:

Charles:

Hermosa foto, Susan...

Capítulo 12

Su sangre estaba helada. Miró a todo su alrededor para saber dónde se encontraba Charles.

—¿Le tomo su pedido, señorita? —preguntó la joven del mostrador con un gorro naranjado en la cabeza.

—Deme... un... helado de chocolate con cobertura doble, y un vaso de agua.

—¿Desea un cono o copa de helado?

—Una copa...

La dependiente le sonrió y cobró lo que debía, mientras ella no podía evitar sentirse observada. Sentía que Charles sabía que ella lo había denunciado, o a lo mejor no lo sabía y quería tomar venganza.

Tomar el autobús todos los días iba a ser un riesgo. Conocía toda su rutina incluso un hombre que había conocido hace menos de 48 horas sabía su rutina.

Se sentó a esperar su copa con doble cobertura para ver si podía calmarse. Vio lo movida que estaba la calle frente a la universidad a través del vidrio del local. También podía ver su propio reflejo.

Sintió que alguien la apretujó contra el vidrio. Su corazón parecía estallar de los nervios. Podía ser Charles.

—¡Susan, qué haces así, deberías estar en clase! —habló Cynthia.

Ella volvió a respirar en ese instante, pero el susto quedó haciendo palpar con fuerza su corazón.

—Cynthia... No voy a entrar hoy en clases. Estoy un poco avergonzada

¿podrías pasarme los apuntes?

—¿Cómo te los pasaría si he pedido malteada para acompañarte? Quiero escucharlo todo... ¡absolutamente todo! Dime cómo besa Arlan Wilburg-Berger...

—¡Qué! ¡De ninguna manera voy a contestar esa ridiculez! —Se sonrojó hasta las medias.

—¡No digas que fue un montaje, tiendes a explicarlo todo! ¡Nadie jamás creerá que fue un montaje; besaste a uno de los solteros más codiciados y mujeriegos de Westland!

—¡Y no es motivo de orgullo! —espetó tomándose el rostro.

—Cuando sepan quién eres, ¡serás famosa! ¡Tengo una amiga famosa! —exclamó llamando la atención de todos en el local.

—¡Cállate, Cynthia! —observó su alrededor muerta de vergüenza.

—¿Quién te llamó hace rato? —indagó—. ¿Fue Charles? Debe estar hecho un demonio por las fotos, es malo ser un novio engañado.

—Él y yo terminamos hace una semana...

—¡Ups, no lo sabía! Pero ustedes estaban muy bien en la fiesta.

—Pero todo acabó mal, abusó de mí y ayer me maltrató...

—¿Qué?! ¡Cómo es posible eso!

—Enloqueció. Sabía que era posesivo, pero no sabía que estaba trastornado. Lo denuncié. Tiene una orden de restricción para acercarse a mí.

—¿Cambiaste tu número por eso, verdad?

Susan asintió y le entregó su celular.

—Esta foto me la acaba de enviar. Está viendo el periódico.

—¡Es un enfermo, Susan, se me han erizado los pelos al leer esto!

—Te pediré que no lo comentes con nadie. Es nuestro último año de universidad y no quiero que sea horrible. Estoy asumiendo esto lo mejor posible.

—¿Y si vamos a la fundación? Quizás...

—He pensado en ir, pero siento pena. Lo que me sucedió no es tan grave

como lo que otras mujeres han vivido. Siento que robaría tiempo valioso para alguien que lo necesita realmente.

—Eres muy noble, pero también requieres ayuda. Sé que eres fuerte y con tal de ayudar a tus padres, harás cualquier cosa.

—Se han esforzado por mí y acabaré con una beca la universidad. No quiero ser una carga para ellos, pero terminé siéndolo. Mi mamá me acompañó ayer y mi papá se enteró de lo que sucedió con Charles. Le rogué que no hiciera estupideces y que continuáramos nuestra vida... Pero sé que mi papá no se quedará cruzado de brazos. Solo que no quiero que Charles use toda la influencia de su familia en contra de papá y que termine mal... Estoy preocupada...

—Tienes muchas cosas en la cabeza, vamos a la fundación, yo te acompañaré, con tal, ya me perdí la clase...

La dependiente dejó la malteada y la copa de helado sobre la mesa. Mientras charlaban y consumían los productos, los celulares se ponían a quitar fotos de Susan. Todos querían saber más sobre la cenicienta pirata.

Arlan hojeó todo el historial de Susan. Su vida era una larga y aburrida rutina. De su casa a la universidad, y de la universidad a la casa. Decía que tenía una relación, pero según ella le había dicho que acabó.

Si ella era un ser de rutina, podía visitarla en algún lugar para devolveré el mp4. ¡Mala excusa para volver a verla!, aunque era muy válida.

—Excelencia, esta es la explicación que preparó el secretario de Su Majestad para justificar su exposición pública. —Le pasó el mayordomo una corta escritura.

No sabía de qué ridiculez podría tratarse, pero todo lo que decían ellos era ley y la verdad, no se aceptaban negativas.

Detenidamente miró cada palabra que componía aquella declaración sobre

él. La palabra «fervoroso» casi lo hace atascarse con su propia saliva y lo que seguía casi le hizo parar el corazón: «El duque de Coast se encuentra en una relación con la joven, cuya identidad mantendremos en reserva».

Intentó que sus ojos no lo engañaran; se los frotó hasta hacerse lagrimear, pero la información era veraz. Se encontraba en una relación ficticia con Susan Culligan.

—¡Es... ridículo! —Rompió el discurso en muchos pedazos—. Esto no va a salir en ningún medio; no lo puede ver el público general. ¡La conocí ayer!

—Lo siento, Excelencia, ya se ha distribuido a los diferentes medios.

—¡Qué demonios pretende mi tío! —masculló levantándose para ir junto al rey.

Caminó a través de un pasillo alargado, lleno de guardia parados. Podía hacerle caras a cada uno y ninguno debía reaccionar. Estaban tan bien adiestrados que admiraba su entereza para permanecer casi doce horas parados.

Llegó hasta el despacho del rey, y se dispuso a pasar, pero un guardia se lo impidió.

—Quiero una audiencia con el rey.

—No fue previamente anunciado.

—¡Pues me voy a anunciar! —exclamó escandalosamente.

—¿Qué es ese escándalo frente a mi despacho? —Levantó la cabeza mirando hacia la puerta.

—Debe ser su sobrino, Su Majestad —respondió el secretario—. No debe estar contento con su castigo.

—Pide que lo hagan pasar; no soporto los escándalos...

El secretario se acercó a la puerta y abrió.

—El rey lo espera, Excelencia —comunicó el hombre, viendo a Arlan sujetado por uno de los guardias.

—¡Ya no hay respeto al duque maldición! —se acomodó las prendas para entrar frente al rey.

—No perdonaré un escándalo más de tu parte, Arlan —la voz del rey sonó áspera.

—Solo vengo a objetar la publicación de semejante mentira.

—Es un castigo para ti, Arlan. No pensaste que íbamos a seguir consintiendo tus locuras. Haces todo esto porque no tienes un padre que te guíe. Murió cuando eras muy pequeño; solo conoces los derechos de lo que te concedieron, pero no las obligaciones.

—¿Castigo? ¿Se puso a pensar en el futuro de la señorita Culligan? Ella solo quería formar parte de un matrimonio; es inocente...

—No es inocente, también es un castigo para esa jovencita. No debe meterse donde no la invitan... —explicó con simpleza.

—¿No se puso a pensar que esa mujer puede estar enamorada de alguien? Prácticamente tengo un compromiso público con ella y solo la conocí ayer —siguió quejándose.

—Si se estaba besando contigo, dudo que estuviera enamorada de alguien. Tienes tiempo de conocer a la chica y, si no te agrada, diremos que fue una desafortunada ruptura —justificó sin tartamudear.

Arlan negó con la cabeza incrédulo por tanta simplicidad de ese plan.

—¿Es una plebeya! ¿Lo permitirán si me enamoro de ella y deseo casarme?

—Estoy seguro de que no lo harás. Tu castigo es temporal, no permanente, no te lamentes, Arlan.

—Está bien, acepto gozoso este castigo, que si sale como yo deseo, será un calvario para ustedes... —Dejó eso en el aire y abrió las puertas dejándolas abiertas de par en par. Ese mismo día se iría al departamento que tenía cerca de la naviera.

Capítulo 13

Arlan pasó como una bala rozando a su primo. Llevaba contenida demasiada ira como para ver por dónde iba.

—¡Oye, oye Arlan! —lo llamó Robert corriendo tras él—. ¿Qué te sucede? Estabas bien esta mañana y ahora...

—¡El rey ha hecho de las tuyas! —lanzó sin dar detalles.

—¿No quedaste convencido con la explicación que daría nuestro vocero?

—¡Cuál explicación, más bien es una complicación en la que estoy metido, y es mi culpa!

—¿Qué dirán en ese papel?

Negó con la cabeza; no había caso de contarlo.

—¡Dímelo, soy el futuro rey, puedo hacer algo por...!

—Ya no puedes hacer nada, Robert, ya se envió a los medios. Era una explicación de mi fogosa actuación con la mujer con la que tengo «una relación» —manifestó respirando—, estoy metido en un problema y de paso involucré a otra persona.

—Tú siempre puedes ingeniártelas para salir triunfante; esto pasará...

—Antes podía porque estaba solo, ahora Susan Esther Culligan, una plebeya, común y corriente está involucrada por mi culpa en «una relación» con un mujeriego regenerado, aunque no tanto. En fin, tantos años para limpiar mi reputación se han esfumado por unas horas de compañía común —lamentó colocando sus manos en la cintura de su pantalón beige.

—Ya habrá forma de solucionar este inconveniente, Arlan. No pierdas el temple; ser miembro de la familia real es difícil.

—Quiero renunciar a esto, Robert. En América y en Londres casi me sentí como un hombre libre; luego volví a esta jaula de oro y no quiero estar aquí — se sinceró con su primo.

—No, no, no. Olvida esos estúpidos pensamientos. Debes permanecer aquí y muy firme, aún mi vida no está asegurada, ni la de un futuro heredero para el trono —dijo Robert para que Arlan olvidara esa ridícula idea.

—¡Es nefasto! —escupió más molesto—. Esas épocas ya pasaron; no podemos quedar en el pasado. Es ridículo.

—Por eso me vi obligado a casarme con la ahora princesa de Westland, por un estúpido acuerdo y elección de pureza en la sangre, bla, bla, bla... Porque ella es pariente directa de la reina de Inglaterra, bazofias... —suspiró Robert, contando más de lo que debía.

—¿Por qué no me dijiste que te casaste por conveniencia? —objetó Arlan, intrigado por la confesión sin querer de su querido primo.

—Porque no quería que se te escapara en alguna ronda de tragos. Le di al pueblo lo que deseaba: una boda real, un cuento de hadas, y también a mis padres, pero dejé a quien realmente amaba: una plebeya inglesa.

—Lamento oír que serás infeliz toda tu vida, pero más lamenté escuchar que no confías en mí, Robert. No divulgaría nada que te hiciera daño. Todo lo malo que he hecho hasta hoy solo ha afectado mi reputación.

—Y también la de esa chica. Todo lo que hace un miembro de la familia real afecta a los demás; he aquí mi matrimonio como consecuencia de tu último acallado escándalo que te exilió de Westland.

—¡Ahora resulta que yo te obligué a contraer matrimonio con alguien que no deseabas! ¡Es burlesco! Debiste tener el pantalón puesto para negarte, así como yo lo tengo para seguir el juego del rey. No me culpes por tus desgracias, Robert. Si no tienes un poco de carácter no es mi culpa ni la de nadie, solo tuya.

—No he dicho eso... ¡Arlan! —Vio que su primo levantó la mano y emprendió la huida.

Decidió que ya no escucharía tantas porquerías. Esperaron para que regresara y le contaran las mil y una desgracias que causó antes de irse a la familia real.

Estaban tomando una cobarde venganza. Jamás su libertinaje fue para dañarlos; era algo que le causaba bienestar. Sus días y noches en una playa privada, en el yate y otros lujos, que por supuesto cubrían algunos impuestos de Westland, era lo que probablemente había molestado a su familia. Una temporada lejos de ellos, y con aires diferentes, lo llevaron a encontrar un mejor camino, estudiar y conocer otros hábitos. Lo que él tenía era un aburrimiento, lo tenía todo, todo y más, hasta el hartazgo.

Recordó que había visto en Susan Culligan una persona común, con sueños e ilusiones. Se había colado para vivir una experiencia única. Un gran despliegue de personas y derroche de muchos euros para solventar lo que se había enterado de que era una farsa. Lo que Susan presenció fue una ilusión, esperaba que nunca se enterara, pero conociéndose, en el momento en que la viera, se le iría la lengua.

No llevó mucho consigo en el palacio. La mayoría de sus cosas fueron del aeropuerto directamente al apartamento.

Tomó su coche, que no había cambiado en unos años, y salió veloz de ese lugar.

Con Cynthia, había ido a la fundación, pero prefirió no comentar nada. El apoyo que ella tenía era suficiente, y la experiencia de todas las mujeres que iban y también de las que trabajaban ahí le sirvió como una cuerda para sujetarse, le dio la fuerza para cortar algo enfermo que, si bien no estaba aún empezando, empeoraría con el tiempo.

Pensó ¿qué hubiera sucedido si dejaba que Charles la dominara? ¿Si dejaba pasar esa oportunidad y lo perdonaba? Él lo tomaría como «me perdonará todo lo que hago» y luego sucedería el infierno. Se casarían y él la mataría. Si bien en Westland no eran hombres tan salvajes, de diez mujeres, dos eran maltratadas por sus parejas.

Si ella no hubiera sabido tantos números que se manejaban en la fundación, ella tomaría parte de esas estadísticas como presa de violencia.

Al salir con Cynthia, se despidieron en la parada del autobús.

Esperando el autobús, estaba borrando sus mensajes de texto, y las cosas que no le servían del teléfono. Entró en su navegador y buscó: Arlan Wilburg-Berger.

Las fotos que Google le mostraban eran increíbles. Estaba más joven; estaba en la playa con una bermuda azul y muchos amigos suyos, mucha cerveza y mujeres. En otra se lo veía salir de una discoteca, subir al automóvil y acto seguido, mejor ni verlo.

También había fotos de él practicando golf, en acontecimientos sociales, con mujeres, con muchas mujeres y también se había sumado ella. Estaba en Google.

En ese ínterin de tiempo, no se había dado cuenta de que su autobús la había pasado, salvo al ver ese trasero que se iba.

—¡Maldición y más maldición...! —bramó improprios al no querer pagar un taxi para ir hasta su casa. Su autobús tardaría más de veinte minutos en pasar, y todo era culpa de que no se había fijado en el camino; tenía la atención puesta en otra cosa.

Guardó su celular y caminó hacia la parada de taxis. Encontró uno vacío y subió.

—A Hudson y Berkshire... —pidió al taxista.

Los taxis no eran muy económicos como el autobús, pero la dejaba enfrente de su casa.

Al llegar, vio un vehículo extraño estacionado frente a su casa. Le pagó al

taxista, y bajó sin dejar de ver el Opel Vectra, sedan, color plata.

Pasó la puerta y vio a su padre en casa, y también a su madre.

—¡Susan tienes un automóvil nuevo! —anunció su hermana Dalma—. Dame una vuelta, ¡por favor, por favor!

—¿Qué? Vi un automóvil afuera, pero...

—Es para ti —dijo su padre entregándole las llaves—, no quiero que andes sola con ese loco suelto.

—¡Pero papá, de dónde sacaste el dinero!

—Un préstamo y unos ahorros que tenía...

—Por Dios, papá, no debiste hacerlo, estoy bien, puedo cuidarme sola...

—No seré tacaño con la seguridad de mi hija. Si hace falta hipotecar mi alma para mandar a ese desgraciado a la cárcel, lo haré.

—Papá... —lo abrazó contenta. Debía pagarle algún día a su padre por todo lo que hacía por ella. No era suficiente con haber adquirido una beca y que no tuvieran que cubrir toda su educación.

Capítulo 14

Salió con las llaves del automóvil para conducirlo.

—Es de segunda mano, pero te llevará y traerá segura —manifestó sonriente su padre.

—¡No importa, papá, es mi primer automóvil y es simplemente una belleza!

Abrió la puerta y se metió dentro. Giró la llave escuchando el caso ronroneo de ese motor. Estaba en excelente estado para ser de segunda mano.

—¡Dalma, ven que te daré una vuelta! —llamó a su atolondrada hermana, que se metió como una bala dentro de automóvil.

—¡Vamos rápido, no como maneja papá!

Susan le sonrió a la aventurera Dalma. Ambas eran tan diferentes; ella siempre había sido tranquila, y normal, mientras que Dalma ya casi había nacido corriendo. Era inteligente, avivada, replicona y casi desobediente.

Ambas se despidieron de sus padres y fueron a dar aquella ansiada vuelta por unas cuantas cuadras lejos de su casa.

—¡A la autopista, a la autopista! —la animó Dalma.

—Ya estamos lejos de casa. Volveremos sobre la calle Washington; eso nos permitirá volver rápido.

—Bien, me agradan los edificios. Vivir en los suburbios es bonito, pero me gustan las cosas ¡grandes!

—Si algún día trabajas bien, Dalma, podrás vivir en uno de estos lugares. Mamá es enfermera y papá un oficinista; no hay mucho dinero. Si tienes una

profesión interesante, quizás puedas vivir aquí —habló Susan con seriedad para que su hermana comprendiera. Había dejado de mirar su camino, para solo aconsejar a Dalma.

Dalma era la única que veía por donde iban.

—¡Susan, cuidado con ese automóvil! —advirtió su hermana.

Ella frenó bruscamente, y vio un dedo medio saliendo del otro vehículo, uno deportivo que entraba a un edificio.

—¡Lo siento, ¿sí?! ¡Maldito maleducado! —Bajó la ventanilla para decir aquellos improperios al vehículo que desapareció en el estacionamiento.

—Voy a contarle a papá que casi chocas tu regalo por desatenta —amenazó su hermana.

—¡Abres el pico, enana, y te haré ver las estrellas, ¿escuchas?! —

—Bla, bla, bla... Si mis padres nunca me pegaron, tú menos lo harás, Susan.

—Es tu culpa que casi chocáramos. Aún mi corazón no se recupera del susto —inhaló Susan.

Arlan cuando iba a entrar al edificio, con lo distraído que estaba, casi chocó con otra persona que iba peor que él, quizás en la nube de al lado. Si chocaba, solo sería la cereza de la torta para todos sus problemas.

Tenía un enorme y solitario departamento sobre la calle Washington en el centro de Northesk, capital de Westland. Podía ver todo desde la vista que le proveía aquel lugar.

Subió por el ascensor hasta el piso 33, donde era su lugar. Giró la llave, y ahí estaba su hogar, dulce hogar después de tantos años.

—Bienvenido Arlan —saludó su doméstica con quien tenía una mejor relación que con su propia madre, incluso le había dado permiso de llamarlo por su nombre cuando estuvieran solos.

—Mina, ¿cómo estás? —correspondió dejando su bolsón en el sofá.

—Muy bien, no sabía que venía, pero todo está en perfecto orden; puede disponer del gimnasio, se ve tensionado, y quizás sea por su aparición en los periódicos —citó la mujer de unos cuarenta años.

—Lo de siempre, la familia real es una tensión real. Iré a desatar mis demonios un poco.

—Bien que le hacen falta; se ve muy delgado ¿Ha estado comiendo bien?

—Pues muy bien, aunque no como cuando me cocinan en casa —le sonrió.

—Le prepararé algo. ¿Si viene su madre le digo que no está o mejor que pase a verlo?

—Dile que simplemente no quiero verla... Voy al gimnasio.

Arlan miró su pequeño y coqueto gimnasio en una de las habitaciones del departamento. Tenía todo lo que necesitaba, cinta caminadora, multifunción, bicicleta estática, pesas y su preferida, la bolsa de boxeo.

Al llegar soltó un puñetazo en pos de su salud mental y para aplacar su frustración.

Fueron años para limpiar su reputación, e inconsciente o inocentemente unos minutos para hundirla de nuevo en el fango.

En internet pululaban fotos de él haciendo un sin fin de cosas y viviendo la vida loca. Solo faltaba una vergonzosa imagen de él vomitándose encima y sería lo peor.

¿Cuál era el objetivo de su familia al querer que se relacionara con una plebeya de Westland, como era Susan Culligan? En definitiva, no era una lección de humildad; era un castigo para ver cómo salía del embrollo.

Sin importarle que su ropa no fuera deportiva, continuó golpeando sin cesar. Sacaría toda esa ira, y luego iría para buscar a la muchacha desconocida con la que tenía una relación.

Estaban Susan, su hermana y su madre frente al televisor, observando las noticias, al menos su mamá y ella, porque Dalma tenía el celular de su madre. Estaba jugando un juego a todo volumen.

—¡Baja el volumen, Dalma! —gruñó su hermana.

—¿Quieres escuchar más noticias sobre ti? Ahora que ya pues eres famosa...

—Dalma, deja a Susan, no la molestes; no quiero que empiecen a pegarse como siempre —pidió su madre.

«Sin duda el matrimonio del príncipe Robert aún sigue dando de qué hablar, y no solo por ser un acontecimiento mundial, sino porque como todos sabemos, el primo del príncipe es toda una novedad otra vez.

»Podríamos decir que la oveja negra de la familia real ha vuelto a atacar, y no solo para sacarle canas al rey, sino a toda la familia real...».

—¿Qué tal si cambias de canal, mamá? —pidió Susan rascándose el cuello muy nerviosa—. Es un programa farandulero y de chismes; es horrible, mamá.

—Déjalos, yo quiero saber más del duque. Créeme, Susan, que estos chismes en el futuro te favorecerán. No habrá nadie que no desee saber o contratar a alguien mediático o que lo fue...

—¡Mamá! —masculló avergonzada de aquellos pensamientos de sacar ventaja.

—Tu tía Gigi me ha enviado un mensaje queriendo saber qué ocurrió, y también me ha dicho que desea trabajar contigo en su empresa de costura. Solo imagina, quien sabe y tu tía desea que fueras su modelo. Todos en Westland comprarían sus prendas y se volvería rica, y eso sería gracias a ti.

—Tía Gigi ya es rica, mamá —le recordó Susan masajeándose las sienes—; esperaba que mínimamente alguien viera que soy capaz de ser una excelente administradora, y tú quieres que sea «la modelo de mí tía».

—Ya cállate y sigamos escuchando —mandó su madre.

«El comunicado de prensa que salió hace unas horas del palacio de Brookbury, residencia oficial de los miembros de la familia real, es que...

—Mientras contaban el chisme en la televisión, la fotografía de la discordia empapelaba la pantalla—. Al parecer la oveja negra, se volverá blanca. La casa real ha anunciado que el duque de Coast está en una

floreciente relación con la muchacha que lo acompañó durante la ceremonia, y fue calificada por los medios como una “Cenicienta colada o pirata”, pues no, señores, quizás esta jovencita se convierta en la duquesa de Coast.

»Lo que me deja intrigado es que no hayan dado el nombre. ¿Por qué mantenerlo en secreto, si todo el mundo ha visto las fotos? Es un poco ridículo por parte del palacio, no aclarar estos detalles».

El panel de chismosos de unas cinco personas, intercambian opiniones y sacaban conclusiones erradas sobre lo ocurrido.

Ella quedó sin habla, y ni qué decir su hermana y mamá.

—¡Les juro por Dios que no es cierto! —se justificó rápido y torpe—. Es obvio que hay algo turbio, yo no tengo nada con ese... Tipo... ¡Solo me habló cuando estaba en la ceremonia, por el amor de Dios, créanme y no me miren así!

—Mamá, al parecer a Susan le gustan las ovejas —se burló su hermana pequeña al verla desesperada.

El chisme en el panel seguía:

«Te aseguro que no tardarán mucho en dar con ella y pedirle detalles de todo, cuando uno se relaciona con la familia real es imposible de escapar».

Susan apagó el televisor con el control y fue a la cocina.

—Son faranduleros de mierda... Programa de porquería. Creo que la televisión está en decadencia... —fundamentó su actuar.

—Ni si apagas el televisor te vas a escapar de contarnos todo cuando llegue tu papá para la cena. ¿Oyes, Susan? —inquirió su madre.

—No hay nada que explicar... En realidad no tengo una explicación para esto... —murmuró llevando su mochila hacia su habitación.

Capítulo 15

Tiró su mochila sobre la cama, y comenzó a dar vueltas y vueltas por la habitación. Empezó con las manos en la cara, luego en la cintura, levantadas, hasta terminar golpeando a una almohada con su cuerpo echado sobre la cama.

«No puede ser, Susan... », se reprochó en voz alta.

Su pequeña rebeldía había tenido consecuencias a nivel nacional. Estaba involucrada con el hombre más prostituto que había nacido en Westland, según había escuchado, porque ella ni enterada de que existía ya que fue exiliado cuando ella era muy joven. Fue solo una debilidad temporal, ojos azules, rubio, alto. ¿Quién diablos podría resistirse? Además, solo sería una vez y listo; nadie sabría de ella. Pero debió sospechar que cuando ese fotógrafo los descubrió, todo se complicaría. Cuando el duque borró las fotos, todo se calmó para ella porque creyó que la situación había sido salvada: sin pruebas no existía crimen.

Su celular vibró sin parar. Era por los mensajes que le llegaban, seguro al ver ese programa de televisión.

¿Con qué cara saldría a enfrentar al mundo mañana? Ese día estaba segura entre esas cuatro paredes, pero al salir, sería muy malo.

Miró los mensajes de texto y todos eran sobre eso, no había forma de ella saliera ilesa. Todos pensaban que mentía y mantenía una relación secreta con el coqueto y para nada inteligente duque de Coast.

—¡Te odio, te odio, te odio! —repitió hasta que se le quedara grabado en la

mente. Adiós, vida tranquila. Estaba en medio del chisme y las estupideces.

Luego recordó que él la había llamado.

—Te tengo... —alegó al encontrar el número sin registrar.

Apretó la tecla de llamar y ahí estaba llamando a Arlan Wilburg-Berger.

El animal de dos patas no contestó el teléfono, pero le dejaría un escueto mensaje de texto.

Tomó la *Notebook*, y abrió su archivo de trabajo práctico que debía entregar al día siguiente. Nada peor que tener una materia financiera y una mala relación de pareja.

Al recordar sobre pésimas relaciones, no vio otro mensaje de Charles. Pensó que probablemente estaba resignado. Eso no era bueno, si pensaba que lo había dejado a él por este duque, sería lo más ridículo y enfermizo que se le pasaría por la cabeza.

Después de unas dos horas de estar en la pantalla terminando su trabajo, miró por la ventana y vio que se había hecho casi de noche. Su padre estaba por venir, y ella debía enfrentarse al juicio oral y público que le harían sin piedad alguna.

—¡Susan, préstame tu mp4! —pidió Dalma, pasando a la habitación como una tromba.

—Lo siento, lo perdí... —contó con un poco de tristeza.

—¿Lo perdiste? ¡Cómo es que eres tonta para perderlo! —gruñó enojada.

—¡Oye enana, no me hables así, soy la mayor y puedo perder todo lo que me da la gana!

—¡Era mi *playlist*!

—¿¿Piensas que no me duele haberlo perdido?! ¡Pues en el alma, preferiría perderte a ti antes que a mi mp4!

—¡Le diré a mamá que me odias! —salió corriendo de la habitación.

—¡Ve, maldita chismosa! —exclamó molesta, levantándose para cerrar la puerta que su hermana por poco tumbaba.

Arlan tenía su mp4. Podía agarrar el celular de vuelta y pedirle que se lo

enviara por correo, así evitaba verlo y de paso dar qué hablar a los chismosos de todas partes.

Durante la cena, Floyd, su padre, la miraba con ganas de reprenderla, pero no lo hizo.

—Yo quiero explicar lo que sucede aquí... —murmuró en la mesa.

—No hace falta, Susan —entregó su padre una apenas visible sonrisa, y luego se llevó el tenedor a la boca.

—Es claro que debo explicarlo. Es un terrible error. Todo lo que salió en la televisión, en el diario, la radio, internet y... no sé qué más... es un malentendido horrible... —Paró de hablar para tomar aire.

—Mejor tómate la gaseosa —sugirió su padre—; se te secará la garganta al intentar explicar algo que no tiene explicación, Susan.

Se tomó el vaso completo y, como un toro, sacó el gas por la nariz.

—Entiendo que no hubiera ocurrido nada, si veía el matrimonio desde casa con ustedes...

Su papá asintió y continuó cenando. Lo vio mascando un buen rato su carne hasta que se la tragó.

—¿Ves las consecuencias de hacer cosas que van contra las reglas, Susan? —cuestionó su padre.

—Castígala papá, Susan es mala... —opinó Dalma.

—¡Tú cállate, que ya me tienes cansada!

—¡Papá, ella casi choca el automóvil nuevo!

—¡Eres una chismosa...!

—¡Basta, Susan y Dalma! —masculló su madre golpeando la mesa.

—Imprudente... —murmuró su hermana pateándola bajo la mesa.

Susan iba a reaccionar, pero su papá negó con la cabeza. Se levantó y fue a la sala.

—Ustedes dos se van a sus habitaciones a dormir y no bajen para estorbar a su padre. Yo iré a mi guardia, y pobres de ustedes que yo sepa algo malo, ¿escucharon? Saben que no amenazo solo por hacerlo.

Ellas dos se levantaron y fueron hasta sus habitaciones cada una.

Susan estaba preocupada por su padre. Él se había endeudado porque ella estaba en peligro y, con todos esos chismes sobre ella, el riesgo era peor.

Arlan después de golpear la bolsa de boxeo hasta que le dolieron las manos, se recostó en suelo espumado y se quedó dormido.

Al despertarse, se dio cuenta de que era de noche. No había comido nada. Mina le había dejado una bandeja con dos emparedados de pollo con verduras y atún, y un jugo durazno espeso.

—Me ha visto con hambre. —Sonrió mientras se acercó a la bandeja para comer.

Durante su lenta engullida de alimentos, buscó su celular en el bolsillo, pero no estaba. Se golpeó al recordar que lo había dejado treinta y tres pisos abajo.

—¡Maldición, lo dejé en maldito automóvil!

Al terminar de comer, salió de su apartamento y fue hasta el ascensor, para buscar su celular. Tuvo la infinita paciencia para llegar hasta el estacionamiento.

Con las llaves en la mano, buscó el automóvil por el ruido de la alarma.

Abrió la puerta del conductor y vio el celular en el asiento del acompañante. Lo tomó, cerró la puerta. Un hombre estaba parado a su lado.

Al verlo, primeramente se asustó; no esperaba que nadie apareciera de la nada para matarlo de un susto.

—¿Qué tal? —le sonrió al joven de ojos verdes y cabello rubio.

—Disculpe por asustarlo, pero quería saber si tenía algún gato. Mi automóvil está en llanta —habló el joven.

—Lo siento, no tengo uno.

—No hay problemas. ¿Vive en este edificio?

—Sí, hace mucho, pero estoy recién llegado del extranjero.

—Creo que seremos vecinos.

—Interesante. Quizás podamos tomarnos algo después.

—Por supuesto.

—Soy Arlan —se presentó dándole la mano.

—Me llamo Charles... —correspondió al apretón.

—Es un placer. Nos veremos luego; iré a cargar el celular. Se quedó sin batería.

—Claro, mientras seguiré buscando un gato, o mejor llamaré a la grúa.

—Que tengas suerte —se despidió Arlan, mientras pasaba al lado de aquel amable joven a quien nunca había visto.

Volvió hasta su departamento, y enchufó el celular para que pudiera prenderlo.

En su cama estaba tendida la ropa que Mina le había dejado para que usara. No se había dado cuenta hasta qué punto era un holgazán. Cuando estudiaba en su máster, él solo buscaba sus ropas para colocarse.

Se metió a una ducha relajante, para sacarse el sudor por el ejercicio.

Con la toalla en la cintura, se sentó en la cama y encendió el celular.

«Arlan, vuelve al palacio», leyó el mensaje de su madre imitando su voz. Siguió avanzando hasta encontrar un número extraño.

NÚMERO DESCONOCIDO:

Quiero que desmientas esos rumores, rápido. ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡Soy inocente de tener una relación contigo!

«Qué mal carácter», sonrió al leer el mensaje. Su celular volvió a sonar.

NÚMERO DESCONOCIDO:

No eres capaz de responder un mensaje. Quiero mi mp4 de vuelta. Envíalo por correo.

«A su orden, amor mío —rio como un tonto, haciendo eco en su habitación —. Responder...»

Susan tomó uno de sus libros de la universidad y lo leía para no tener que estudiar un día antes de los parciales. Su celular vibró cerca de su pierna. Lo tomó y abrió el mensaje.

NÚMERO DESCONOCIDO:

Buenas noches, Susan querida. Sé que el esclarecimiento del palacio en realidad oscureció nuestra situación, pero lo solucionaremos, ¿sí? No hay motivos para alterarse. No te contesté porque el celular se me descargó. Si quieres tú mp4, te lo puedo devolver mañana, solo que tendrá que ser personalmente. Te espero en las tiendas Midway mañana a las 11:30 horas.

Al terminar de leer el mensaje, su indignación se acrecentó. No iría a ningún lugar con él.

Capítulo 16

— ¡Cómo crees que iré a encontrarme contigo en un lugar público! ¡Nunca vi tanta desvergüenza junta! —se quejó dejando el celular a un costado.

Si iba a las tiendas Midway y se encontraba con él, solo confirmaría los falsos rumores de una naciente relación. Lo único naciente en ella era un gran odio hacia él.

Ya se imaginaba que al día siguiente todo sería peor. La universidad estaría infestada de chismosos que querrían la exclusiva sobre su relación.

Todo estaría terriblemente mal si los paparazi la ubicaban.

Esperaba que Arlan entendiera que, si no respondía, no iría a encontrarse con él. Dalma tendría que resignarse a perder su bendita *playlist* así como ella se había resignado. De ninguna forma sepultaría más su dañado nombre.

Arlan esperó paciente una respuesta que no llegó. Susan Culligan estaba que echaba fuego hasta por las orejas por lo que el palacio le había hecho. Aquellos parientes no se habían dado cuenta de que habían complicado la vida de una plebeya inocente y probablemente decente. Salpicaron su reputación asociándola con él.

Se había dado cuenta de que todo lo que se asociaba a él caía sin remedio, y ella al parecer lo comprendía.

Tomó aquel informe de los guardias del palacio y lo leyó de vuelta. Si ella no respondía, solo iría a buscarla a la universidad. Le pesara o no a esa joven, él era su única alternativa para volver a una vida normal en un futuro lejano,

porque en ese momento sería imposible. Solo estaban echándole combustible a algo para que luego se convirtiera en un gran incendio.

—Muy bonita, universitaria, becada; eso significa que debe ser inteligente —murmuró mientras comía unas papas fritas frente al televisor—. Claro, ¿por qué no? También puedo ofrecerle trabajo en la naviera para que me perdone. No se le conocen otros vicios aparte del helado de chocolate. Es perfecta para una novia.

Si iba a hacer una venganza contra su familia, al menos tenía que ser feliz con su maldad. Estudiar a esa joven sería una ventaja. Se convertiría en el novio ejemplar.

Arlan ya se imaginaba lo que se gestaba en los medios de comunicación, varias veces fue protagonista de cada cosa. Él hacía algo y, al día siguiente, había fotos de sus juergas junto al príncipe Robert, que no era ningún santo, pero su primo las tenía negras si andaba en muy malos pasos. Debió suponer que la esposa era un castigo, pero había creído más inteligente a su primo.

Esos años lejos hicieron que se diera cuenta de que la voluntad del rey se debía cumplir, con pleno gusto o sin él. Westland era su territorio. Por más que fuera el sobrino del rey, pertenecía a lo que debería ser la parte más delicada de la familia, no tomar nada a la ligera. Pues él no había cumplido con nada. Los había hundido en la vergüenza y defraudado la confianza por desear llevar la vida de un joven normal, sin obligaciones y con dinero.

Cuando debía responder solo por sus errores, todo era sencillo. Sin embargo, estaba arrastrando a una cerebrita a algo desconocido, incluso para él. Verse en una relación oficial, aprobada por el rey, era algo que no se podía dejar pasar. El rey no aprobaba a cualquiera, salvo a Susan Culligan.

Después de casi no pegar un ojo de la preocupación, Susan arrastró su pesado cuerpo hasta el baño, donde estuvo convirtiéndose en una pasa bajo la ardiente

ducha para despertar, pero nada daba resultado.

No sabía qué estaba más pesado: su ánimo o su cuerpo, que se negaba a cooperar.

—Hola, Susan —saludó Dalma que estaba tan fresca como una lechuga. Su voz retumbaba en su mente.

—Hola...

—Papá, Susan es un zombi.

Ella se sentó en la para desayunar lo que preparó su papá; su madre seguía de guardia.

Su cabeza tocó la mesa y luego bostezó tragándose a su familia.

—¿Mala noche? —preguntó su papá.

—Estuve estudiando y dándole vueltas al asunto de mi vida privada arruinada.

—Serás una duquesa, Susan. Podrías con eso ayudar a que ni mamá ni papá trabajen y que yo tampoco estudie. Puedes mantenernos —opinó Dalma.

Susan y su padre miraban con la boca abierta a la bocazas de la familia.

—¿De dónde sacas esas cosas, Dalma? Ni si soy reina dejarás de estudiar. ¿La escuchaste, papá? Es culpa de que nadie le dio unos latigazos en su momento.

—Estoy de acuerdo —miró su padre a Dalma—. ¿Puedes llevar a tu hermana a la escuela? Voy tarde para el trabajo.

—Sí, papá paga el combustible...

—No mates a tu hermana, Susan —pidió su padre al ver su furibundo rostro.

—¡Está bien! ¡Me rindo! —Se tomó su jugo de un sorbo—. Te espero en el automóvil y no tardes.

Con el día empezando de la peor manera, tiró su mochila en el asiento trasero, se metió y esperó a su hermana para que fueran.

Aquella venía caminando como Heidi en el campo. Sin preocupaciones y con una sonrisa que partía su cara en dos.

—Recuerda, Susan, «No matarás» es un mandamiento —respiró.

—Acelera... Acelera... —la tentó su hermana.

—Para hacerlo debo encender el motor, tonta.

Apretó el botón para abrir el protón eléctrico y colocó en reversa el automóvil.

—¡Ten cuidado, Susan, hay gente en el camino! —la previno Dalma.

Mientras salía se fijó alrededor. Su jardín estaba repleto de fotógrafos.

El motor se le paró al soltar el embrague. La estaban flasheando sin parar, ínterin en que permanecía pasmada hasta que lo comprendió.

—¡Soy la hermana de Susan! —sonrió Dalma a las cámaras, saludando como si de *miss* universo se tratara.

Golpeó su cabeza contra el volante haciendo que la bocina sonara.

Tomó valor y de vuelta encendió el motor para salir completamente.

—¡Señorita Culligan! ¡Señorita Culligan! —la llamaban los fotógrafos.

Ella hizo caso omiso y aceleró.

No se percató de que ellos también tenían móviles.

—¡Maldición! —gruñó mientras iba a 70 km/h en una zona escolar de 20 km/h.

—Creo que diste malas fotos. Luego no te quejes...

Susan frenó el automóvil y desbloqueó las puertas.

—Llegamos, bájate —ordenó molesta.

—Gracias —sonrió su hermana, de vuelta yendo como Heidi.

Miró en el espejo retrovisor si la habían seguido. No parecía haber nada. Después de respirar varias veces, trató de conducir con tranquilidad. No quería que la multaran por proteger su privacidad.

Continuó tranquila hasta la universidad, donde como si nada estacionó el automóvil y caminó con la mochila en la espalda.

—¡Señorita Culligan, díganos cómo consiguió cazar al más escurridizo de los miembros de la familia real!

Una horda de paparazis la perseguía en el patio de la universidad. Abrir su boca sería hundirse más.

—¡Señorita, fue difícil atrapar al duque! ¡Desde hace cuánto se conocen!

—¡Déjenme pasar! —Corrió hacia las aulas, donde un guardia de seguridad impidió a los fotógrafos que pasaran tras ella.

Corrió hacia el baño y se encerró.

—Ten valor, Susan, sal de aquí. Enfrenta el mundo Que no te consuman las ganas de matar. ¡No matarás!

Inhaló y exhaló. Se levantó de la tapa del inodoro donde estaba pensando y salió del baño decidida a tomar su clase del día.

Al entrar, todos la miraron, incluyendo sus amigas.

—¿Puedo pedir que no me pregunten nada? No tengo respuestas... —murmuró y se sentó en el primer asiento libre.

Cuchicheos a su alrededor se oían sin parar, mientras ella trataba de mantener la vista puesta en la proyección de administración.

—Bien, dejen en paz a Susan —pidió la profesora—. Sigamos con el FODA.

Durante el receso no salió, se aguantó el hambre. Solo se aisló del resto.

Sobre la mesa su celular giraba, un mensaje llegó.

NÚMERO DESCONOCIDO:

No sé si decirte buen día, pero solo te aviso que iré junto a ti en la universidad, ya que intuyo que no deseas encontrarte conmigo en las tiendas Midway.

La foto de tu cabeza en el volante supera cualquier cosa. Te veo a la salida.

—¡No, no, no vengas! —rogó mirando a su teléfono—. ¡Iré yo, iré yo!

Respondió rápidamente el mensaje:

NÚMERO DESCONOCIDO:

No te atrevas a hacerlo, te veo en Midway a las 11:30 h. Iré disfrazada.

Capítulo 17

Había enviado la respuesta muy veloz. Esperaba que no le dijera: «Ya estoy afuera, sal». Aquel podía convertirse en su peor pesadilla.

—¿Estás bien, Susan? —preguntó Cynthia tocándole el hombro.

—Creo que ando muy cansada. ¿Tienes una capucha?

—Siempre traigo un abrigo en la mochila.

—Préstamelo, voy a intentar salir de incógnito de aquí. Tengo un encuentro con el destino —guardó el celular en el bolsillo.

—¿No parecerás más sospechosa con una capucha? Lo mejor que puedes hacer por ahora es dejar el automóvil. Ya te identificaron. En el momento en que te vean ir hacia el automóvil, uses lo que uses te descubrirán.

—¡Tengo tanto miedo como levantar la tapa de inodoro de un baño público! —confesó—. No sé lo que encontraré...

—Son solo paparazi que desean saber, igual que nosotros, todo lo que sucede contigo y Arlan Wilburg-Berger.

—No hay nada, lo juro. Él me citó en las tiendas Midway para hoy a las 11:30 h. Voy a ir, pero solo para recuperar mi mp4.

—Los mp4 son muy baratos. No uses eso como excusa. ¡Ahí está naciendo algo! —la alentó.

—Acabo de terminar con Charles. ¿Crees en serio que deseo otra relación? La verdad, paso. Y menos con este hombre que debe ser como la mujer fácil del barrio —alegó para defenderse de las acusaciones.

—Las mujerzuelas siempre atraen, y los *hombrezuelos* no son la excepción.
—Rio su amiga para burlarse de ella.

La expresión le había causado mucha gracia a Susan, pero la verdad era que no estaba interesada en una relación. Quería ser la mujer fácil del barrio, un beso sin ningún compromiso.

A las once horas, ella tomó la capucha y se la colocó. Con unos jeans y esos botines, podía ser cualquier jovencita con mucho frío en aquellos veintidós grados de calor.

Miró por todo el pasillo para salir. Los guardias de la universidad pudieron sacar a los paparazi del pasillo. Solo debía llegar hasta la parada de buses y tomar uno que la llevara a Midway.

Casi podía ir de puntillas con aquellos botines. Su fachada era completamente sospechosa, pero se las ingenió. Vio a tres jóvenes que parecían muy *nerds*. Vestían agrandadas prendas, encajaría con ellos.

Los tres hablaban sobre videojuegos. Era un idioma que no conocía. Se colocó al lado de uno de ellos y caminó.

—Hola —saludó con la palma abierta bajo la manga del abrigo.

—¿Quién eres? —preguntó uno de ellos.

—Eso no importa, solo quiero caminar con ustedes. Me parecen buenos muchachos...

Logró llegar con ellos hasta los portones donde estaban apostados los fotógrafos, esperándola.

Hasta se podía decir que se sentía la reina del mundo al huir de ellos. Sería una escapista profesional si lograba cruzar la calle para tomar el autobús.

Lo había logrado. Los nerds eran un filtro; nadie sospechó de ellos.

—¡Gracias, muchachos, fue un placer! —se despidió corriendo para cruzar la calle.

Los tres muchachos se miraron entre ellos y alzaron sus hombros. Nunca supieron quién fue la colada.

Las tiendas Midway estaban a quince minutos de la universidad. Esperaba

que el autobús apareciera pronto y la ayudara a desaparecer. La alegría al ver al autobús acercarse era única. Reía como tonta, como si hubiera hecho una fechoría.

—¡Adiós, tontos! —rio haciendo que todos se giraran a verla como si estuviera loca.

Se le inflaba el pecho por haber logrado salir de ahí sin ser acosada.

Arlan llegó con su automóvil después de escapar velozmente de sus perseguidores, por algo tenía un deportivo. Se aparcó en el estacionamiento de la tienda para esperar a Susan.

«Estoy en el estacionamiento. —Escribió rápidamente para que ella fuera ahí—. Soy el del Porsche deportivo».

No era tan tonto para realmente exponerse al público con ella, aún. Más adelante, cuando la relación progresara, todo iría bien.

«Falta que me secuestres ahí y estoy se vuelve un chiste», pronunció leyendo el mensaje del celular.

Pensó: «Próxima parada, la demencia». Ella estaba precipitándose al vacío. Perdió toda privacidad en su mundo gris que tanto amaba.

Era una chica de rutina simple. Se levantaba, se quejaba, subía al autobús, estudiaba, regresaba a su casa y volvía a quejarse. También salía con Charles en cortas citas, pero con apasionados besos. Era como una excepción en su rutina.

Estaba tan perdida en sus recuerdos que casi se pasó la parada.

Bajó apresurada y nerviosa, con el complejo de que la seguían y la observaban. Fue hasta el estacionamiento en el subsuelo y buscó el Porsche.

Tomó aire y luego lo expulsó para calmarse. Solo sería ir, sacarle el mp4 y correr como una desquiciada hasta la parada- Buscar su automóvil y volver a casa. Con una uña tocó el vidrio del lado del acompañante.

La música estaba muy fuerte dentro del vehículo, que no había servido eso.

Probó para abrir la puerta y funciono, aunque la música casi la arroja lejos del rodado.

—¡Oye! —exclamó con una sonrisa al verla, bajó el volumen y le indicó con unas palmadas en el asiento para que se sentara.

Susan se metió, cerró la puerta y extendió la mano indicando que deseaba algo.

—También estoy feliz de verte. —Estrechó esa mano que ella extendió.

—Es para el mp4. Debo hacerlo rápido. ¿Acaso te imaginas el lío en el que estoy metida por tu causa?

—Tienes mucha culpa. No deberías besar a quien acabas de conocer, y menos con tantas ganas.

—¡No sabía las implicancias de corresponder a un beso en el patio del palacio! —explicó exaltada—. Pensé que nadie lo sabría, pero debí sospechar lo peor cuando ese fotógrafo estaba mirándonos.

—Solo debes relajarte. Es pasajero, todo lo es. —Sonrió.

—Es muy fácil para ti decir eso. He leído lo peor de ti en internet.

—No hagas caso, son chismes sin fundamento alguno...

—¡Oh, por supuesto! —ironizó—. ¿Y qué dices de las fotos sin fundamento?

—Ya, ya, tengo un pasado un tanto movido, pero ya no soy la oveja negra y, para demostrarlo, el rey ha decidido que tú y yo seamos novios.

Ella casi golpeó su mandíbula contra el cambio por la manera en que lo dijo, como si dijera: «Hola».

—¿Y tan fresco me lo dices? ¡Debemos hacer algo!

—Yo no pienso desobedecer a mi rey y tú tampoco deberías pensar en eso. Es un poco antipatriota tu actitud, Esther.

—¡Soy Susan y soy antipatriota desde hoy! —se exasperó—. Quiero que me saques de este aprieto. Está afectando mi universidad, mi familia y sobre todo mi privacidad, no sabes lo que esto puede acarrear.

—¿Respiras cuando hablas? Debería hacerlo porque la falta de oxígeno al cerebro puede dañarlo —sugirió mirando lo roja que estaba su acompañante.

Antes de matarlo debía calmarse. Colocó sus dedos entre sus ojos y luego lo miró.

—Hagamos algo... Tú vas y desmientes todo. ¿Qué te parece? —propuso con ironía.

—¿No es mejor que seamos obedientes, Susan? —Se recostó por el asiento de Susan—. Ten una relación conmigo. Llévame a la redención; es lo único que te pediré.

Ella se quedó callada, mirándolo. Parecía despreocupado por todo, pero cuando pronunció aquello, parecía hacerlo en serio.

—Yo no puedo ayudarte —dijo viendo que se acercaba más a ella.

—Claro que puedes, préstame tu nombre y verás que saldremos bien. —La tomó del mentón y besó sus labios con tranquilidad. Nadie podía molestarlos en ese automóvil.

Capítulo 18

Se encontraba doblegada por aquel sencillo beso. Estaba demás decir que era un hombre acostumbrado a conseguir lo que fuera, pero ella era una mujer decidida, que no se vendería por un beso.

Ella se alejó cortando el beso.

—Es un no —aseguró plantada—. No te pongo en tu sitio porque este lugar es pequeño y, antes que golpearte en la cara, terminaré golpeándome el codo contra la ventanilla del automóvil y sé que me dolerá.

—El trato es muy sencillo, Susan. —Sonrió tirando la cabeza atrás—. Tú me aceptas como novio y asunto arreglado. Ve esto desde otra perspectiva. Sé que estudias administración de empresas. ¡Todos querrán contratarte! No tendrás problemas de trabajo.

—¡Oh, sí, claro! —farfulló molesta—. ¿Y dónde queda aquella primitiva danza del cortejo del macho a una hembra? Resulta que ahora, en pleno siglo XXI, las proposiciones consisten en «Ve esto de otra forma, nunca te faltará trabajo». ¡Es un insulto a mi inteligencia!

—Lo menos que quiero es insultar tu inteligencia, y porque sé que eres inteligente me dirás que sí ¡Oh, sí, Arlan, quiero la felicidad de tus manos...! Y demás. Soy un buen hombre. Te envié al correo mi currículum para ser tu novio.

—¡Qué hiciste qué!

—Te envié mi currículum para que veas mi potencial y me contrates. Soy un buen chico desde hace unos años. Tengo maestrías. Lo que no tengo son buenos

amigos. El único es Robert y el resto solo me usaban para conseguirlo todo con mi nombre.

—¿Quieres que sienta lástima por ti o que use tu nombre para conseguir trabajo?

—Es una contradicción —cayó en la cuenta en ese momento.

—Y muy mala —afirmó y respiró para pensar en algo. Se tomó unos segundos para dejar la exaltación y concentrarse en conseguir su objetivo, que era librarse de él y del estigma de su reputación y su poca decencia—. ¿Intentaste hablar con el rey?

—Fue lo primero que hice después de leer la aclaración del palacio sobre nosotros. Y el rey simplemente me dijo: «Si te gustó el beso, ve y conquístala», y bien, aquí me tienes solo para ti.

Susan tenía una mueca indescifrable en el rostro. No sabía si estaba loco o era retrasado mental.

—¿En serio tienes maestrías? —dudó.

Él asintió.

—Sabes, su Excelencia, o Arlan, o maniático, te pido de favor que me consigas una audiencia con el rey. Yo le explicaré todo y el asunto quedará bien. Debo creer que no usaste las palabras correctas para dirigirte a él, y lo comprendo por todas las barbaridades que salen como balas de esos dulces labios.

—Es un buen comienzo. «Dulces labios» es un excelente piropo. Puedo inflar el pecho como una paloma ahora mismo de tanto orgullo, Susan. —Rio demencial.

—¡No te burles, además, es sarcasmo y del más puro! Escucha, necesito mi vida de vuelta, solo necesito esa audiencia y todos estaremos bien. Tú volverás a encabritar a la familia real, y yo buscaré un empleo por mis capacidades. ¿Quedó claro? ¿Puedes o no?

—Por supuesto que puedo... —accedió con tranquilidad—. Hoy veré qué día estará disponible. Somos un caso urgente, y me imagino que será pronto.

—¿Estás burlándote de mí?

—De ninguna manera. El rey tiene una agenda apretada y aun así accedió a verme. Confía en mí —mintió y recordó que se había metido por escandaloso.

—Es lo mismo que confíe dormir al lado de un mosquito pensando que no chupará mi sangre.

—Si el rey dice que debes ser mi novia, lo acatarás y, si dice que eres libre, pues eres libre. Mi tío tiene poder aquí e influencia en otros países. Piensa en eso —intentó amedrentar a Susan.

—Pues bien, lo haremos así. Tengo un gran poder de convencimiento. Ni el rey podrá resistirse a mis palabras.

Él rio un poco. Sabía que muy probablemente la echarían del despacho real con esa boca, es más, no entraría al patio del palacio con esa boca.

—Ahora, a lo que vine. —Volvió a colocar las manos para que le diera el mp4.

—¿No prefieres dar un paseo conmigo por las tiendas? Para ver al rey debes ir con cierta vestimenta. No creo que tengas una que sea adecuada.

—No. Iré con lo que tengo. De paso sirve para que el rey vea como vive la clase baja de su país y evaluar si es un buen monarca —alegó contenta alzando una ceja.

Arlan se rebuscó en el bolsillo y sacó el mp4.

Ella quiso tomarlo, pero él alzó una mano para detenerla.

—¿Y ahora qué? —gruñó molesta.

—Un beso, y te lo devuelvo —la chantajeó.

—No hay vergüenza en ti, supongo, desvergonzado. Iré a la tienda que está arriba y simplemente me compraré otro, y asunto arreglado, no me voy a dejar chantajear por nadie.

—Era solo una broma. Te llevaré a tu casa.

—Dejé mi automóvil en el estacionamiento de la universidad y a todos esos paparazi. —Sonrió al recordarlo.

—Seguro los hiciste ver como tontos. —La acompañó en el sentimiento.

—Eso creo... —Abrió la puerta del automóvil para salir e iba a tomar el mp4 de las manos de Arlan, pero él la agarró.

—Te llevaré.

—No. Ya nos hemos visto suficiente, por ahora nadie nos vio y, mientras sigan sin hacerlo, es mejor. Adiós y gracias. —Alejó sus manos de las de Arlan y cerró la puerta.

Al segundo después de hacerlo, escuchó que Arlan encendía el motor del automóvil y bajó la ventanilla.

—Ya no estamos solos, Susan, corres o subes. No tienes otra opción —dijo rápidamente.

Ella levantó la vista y aquella tropa que la siguió desde su casa al parecer estaba de nuevo siguiéndola.

—¡Maldición! —masculló subiendo al automóvil junto a él.

—Solo te cuento que has tomado la peor decisión de tu vida. —Se carcajeó de ella—. Saben que estás aquí conmigo —retrocedió y luego aceleró para salir.

—No hace falta que lo digas.

—Te demostraré lo que un deportivo puede hacer. Ponte el cinturón —ordenó.

Susan se colocó el cinturón y se atajó ante la brusca acelerada de Arlan con el Porsche.

Él iba tranquilo manejando a quien sabía cuántos kilómetros por hora, mientras que a ella le estaba entrando el miedo de que la detuvieran.

—¡Vamos a derrapar! —anunció eufórico en una esquina.

Después de hacerlo miró a la pálida Susan. Al parecer estaba muy asustada.

—Soy buen conductor —aseguró bajando un poco la velocidad.

—¡Van a multarnos, baja la velocidad! —ordenó—. Prefiero ir lento como en mi Opel.

—Qué curioso, ayer un Opel casi me choca, no has sido tú, supongo.

Ella hizo memoria y ella casi choca a un Porsche.

—¡Eres el idiota de la entrada del edificio sobre Washington! —lo acusó rápidamente.

—Te merecías mi saludo americano —se justificó—. Debes ver por dónde vas.

—Tú ibas cazando palomas ¿y me culpas? ¡Aquí es la universidad! —avisó antes que se pasara.

—Te avisaré sobre tu audiencia con el rey —indicó mientras ella salía del automóvil—. Te sugiero que corras hacia tu vehículo, algunos quedaron aquí —señaló a los fotógrafos que le empezaban a sacar fotos—. ¡Corre, Susan!

Susan vio como Arlan se burló de ella y aceleró. La dejó sola con todos aquellos paparazi para que la destrozaran.

Hizo caso a la corrida. Buscó sus llaves en el bolsillo casi temblando de los nervios.

—¡Ábrete, maldición! —no le atinaba a la cerradura.

Una vez que subió, solo aceleró. Se llevaría a cualquiera por delante. No saldría de su casa hasta que hablara con el rey. Debía aclarar aquello, su futuro como una profesional seria estaba en juego, quien sabía si hasta quisieran quitarle la beca.

Arlan Wilburg-Berger solo pensaba en su beneficio, aunque no sabía si realmente existiera un beneficio al involucrarse con ella. ¿Qué ganaría? Ella sí tendría más beneficios; era obvio.

La realeza generaba expectativas para muchos de sus seguidores. Ser la supuesta novia de un miembro de la corona era la manera más fácil de sacar provecho, pero ella no era de esa forma.

Era malo comparar a la gente, pero Charles había estado mucho tiempo tras ella hasta conseguir un sí, en cambio, con Arlan, acababan de conocerse. En realidad, no se conocían, eran un error de tiempo y clases sociales. Ella quiso fingir lo que no era para asistir a algo que no le correspondía, y él simplemente como todo don Juan solo quiso conquistarla para de seguro llevársela a la cama en algún momento.

Tampoco podía negar que el duque de Coast era joven, atractivo, divertido; parecía tener vestigios de inteligencia y besaba muy bien.

Era inevitable pecar de inocente. Fingir indignación con una bofetada o una patada en la ingle, no sería dignidad; sería solo no querer admitir cuanto le había gustado que la volviera a besar.

Entre toda esa mezcolanza de pensamientos, llegó por mera inercia a su casa. No deseaba saber de nada, ni de nadie, solo comer y descansar.

Capítulo 19

Esperar, sentada en su cama, morir en el anonimato o asesinada por la fama era algo desagradable. Tenía su *playlist*; Dalma estaba que saltaba en una pata, mientras ella esperaba que el sinvergüenza del duque se comunicara con ella.

No podía salir de su casa. Nunca había faltado tanto en la universidad como esa semana que, esperaba, terminara de una vez. Moriría ahogada en su propia bilis si pensaba aún más en aquel descarado.

Sonrió en contadas ocasiones al recordarlo hasta que se acordó de que la gastritis era un mal amigo. Al pensar en Arlan Wilburg-Berger, su estómago se alteraba. No quería pensar que los gases fueran un suspiro, aunque los mereciera.

El timbre de su casa sonó y ella estaba sola, Dalma en la escuela, su madre en el trabajo, y su padre también trabajando. Temía que fueran de vuelta los paparazi que intentaron treparse a su ventana.

—¡Si son los malditos paparazi, pueden irse al demonio! —gruñó pegada a la puerta para escuchar una respuesta.

—Señorita Culligan, soy el ama de llaves del duque de Coast. ¿Podría dejarme pasar?

Susan tenía un enorme signo de interrogación en la cabeza.

—¿Su ama de llaves?

—Abra, señorita, no quiero levantar sospechas, por favor...

Corrió la tapa del visor de la puerta, y vio a una mujer. No tenía fecha de

periodista.

Abrió la puerta y la tomó del brazo, metiéndola rápidamente.

—Siento importunarla, señorita Culligan, pero he escuchado que el duque está consiguiendo una audiencia para usted con el rey. Y en caso de que lo consiguiera, le traje una prenda que espero le quede a medida.

—Oiga, no aceptaré nada que venga del duque.

—Esto se lo doy yo. El duque me paga lo suficiente para hacer unos regalos. No quisiera que el rey se rehúse a verla por sus prendas. Si el joven consigue que usted pueda librarse de él, que sea entonces en excelentes galas.

—No confío en que él no la haya enviado. Tendré que morderme la lengua y asegurarlo —tomó su celular y llamó al contacto guardado como «Apocalipsis».

El celular de Arlan sonó y lo despertó.

—«Castigo, llamada entrante» —murmuró apenas pudiendo leer lo que decía—. Ahora el castigo llama por teléfono —apretó la tecla para contestar—. Buen día, señorita Susan Culligan.

—*¡Nada tiene de bueno! ¿Enviaste a tu empleada para que me trajera ropa?*

—No. Mina debería estar preparando mi desayuno.

—*¿Usted se llama Mina?* —Escuchó la pregunta del otro lado—. *Es ella.*

—Dile que vuelva; yo no la he enviado. *¿Para qué se supone que te llevaría ropa?*

—*¡Para que el rey me reciba!* —Bostezó y se acomodó de nuevo en la cama para escuchar como aquella mujer echaba fuego por la boca—. *El rey me verá en fachas para que sepa cómo vive su pueblo, y te lo dije, pero tú no admites nada que tu cerebro arcaico no te diga.*

—Estás juzgando sin conocerme, y es porque te niegas. Seríamos una adorable pareja si dejarás de ser tan cascarrabias.

—*¡Adorable pareja! ¡Faltaba más tal chiste! ¡Perdí mi privacidad, clases de la universidad y también la dignidad de mi hermana menor!* —Escuchó

que respiraba—. *Estoy cansada de luchar por mi inocencia. ¿Puedes comprenderlo? ¡Estoy... estresada!*

—Escucha, hoy tendrás una respuesta de mi parte. Sabrás si puedes acceder a la cita. Respira y dile a mi empleada que vuelva aquí. Toma la ropa y sigue respirando, solo hazlo; no hace falta que te la pongas, ¿o sí?

Del otro lado del teléfono, Susan miró a la tal Mina con reticencia, pero tomó el bolso y luego se alejó.

—*Ya tengo lo que traje, ahora voy a colgar...*

—¿No serás capaz de enviarme un dulce beso? He pensado en lo mucho que me agradan tus labios, podríamos... ¿Susan? ¿Hola? —Soltó el aire de la boca —. Me colgó.

—Idiota. —Lanzó su celular al sofá—. El duque dice que vaya a prepararle el desayuno.

—Por supuesto, solo vine a dejarle esto y me retiro. Que tenga mucho éxito en su pedido, aunque usted no sabe lo que se pierde al rechazar a un joven como el duque.

—No sé lo que pierdo, pero sí lo que gano. Mi paz no tiene precio. —Se acercó a abrirle la puerta.

—Gracias por atenderme, señorita Culligan, hasta luego.

—Preferiría un hasta nunca, pero bien, adiós. —Cerró la puerta al salir la mujer.

Mina caminó media cuadra hasta subir a un taxi que la estaba esperando. Sacó el celular y llamó a Arlan.

—¿Es el diablo, verdad? —Rio del Arlan del otro lado.

—Espantosa, el rey está demente al querer que tenga una relación con esa joven; es una pesadilla.

—Está estresada, solo dejémosla respirar un poco. Se agobia con facilidad. Apúrate que tengo hambre.

—Sí, Arlan, ya voy en camino...

Arlan sabía que Susan estaba como un animal enjaulado. Atacaría a todo

aquel que se acercara, y más que le dijera cosas como él se las decía. No podía mentir sobre que pensaba en sus besos, porque lo hacía. Pese a su carácter tan explosivo e impulsivo, Susan Culligan era una dulce diversión para él. Ser su novio sería muy divertido.

Después de que su empleada hubiera vuelto de seguir sus maléficas órdenes, desayunó para luego partir hacia el palacio y hablar con su tío.

Un día antes, Robert y la nueva princesa de Westland habían partido hacia la tan anhelada luna de miel, solo lo habían atrasado por asuntos reales.

—Buen día, Excelencia —saludó el secretario del rey.

—¿Y mi tío?

—Me temo que su tío está ocupado en su despacho y... ¡No desea ser molestado! —Caminó deprisa tras Arlan.

—A mí querrá verme —musitó colocándose frente a los guardias—, pasaré y ninguno lo impedirá. ¿Oyeron? —habló con fuerza y decisión.

—Entrará después que sea anunciado —advirtió el guardia colocándose regio frente a él.

Arlan retrocedió y con elegancia emprendió su impaciente espera.

Con unos jeans y una camisa tipo polo color pálido, esperaba que su tío fuera un poco amable y lo recibiera.

—Puede pasar, Excelencia —informó el guardia.

Pasó al lado sin mirar al hombre y cerró la enorme puerta tras él.

—De nuevo tú, Arlan. ¿Y ahora en qué lío te metiste? Gozas avergonzando a tu familia.

—Vine a pedirle, por caridad, que le conceda una entrevista a la señorita Culligan.

—No —respondió tajante.

—Usted se lo debe. La pobre mujer no estaría sufriendo todo esto si no hubieran anunciado una relación inexistente. Debería resarcirla.

El rey buscó en uno de los cajones de su escritorio y sacó un sobre.

—¿Quieres que haga un resarcimiento por esto? —Sacó fotos de ambos

besándose en el automóvil—. Ella no lo está sufriendo. Le eres agradable.

—¿Colocó cámaras en mi automóvil?

—Sí.

—¡No puedo creer esto!

—Sé un buen chico. Haré algo por ti, según el audio parecías desesperado porque te aceptara y yo tengo la solución. Tráela, pero de aquí ella saldrá saludando como tu novia, que no te quepa la menor duda.

—No hay forma de que lo logre...

Su tío miró en un tarjetero sobre su escritorio, y miró los nombres hasta encontrar el correcto.

—Toma —le proporcionó la tarjeta—. A veces los medios son nuestros mejores aliados. Si no te acepta por ser un duque, lo aceptara por la presión del pueblo que quiere a un duque regenerado. El romance de cuento, el duque y la plebeya. —Sonrió acomodándose detrás de su escritorio—. Ya sabes qué hacer...

Arlan miró callado la tarjeta, Reymond Crow, periodista, indicaba el enunciado.

Levantó la vista, y procedió a abandonar el despacho de su tío. Sabía lo que el rey deseaba. Si lo hacía, Susan estaría atrapada en un juego muy poderoso, el de la presión social. ¿Qué tanto podría conseguir con Susan si el pueblo pedía por una relación?

Marcó el celular de la tarjeta y escuchó:

—Reymond Crow.

—Solo quiero informar sobre la mujer del momento, Susan Culligan, estará el sábado visitando al duque de Coast en el Palacio, si desean comprobarlo.

Capítulo 20

Susan no sabía qué fue aquello que la golpeó cuando fuera a su audiencia con el rey.

Arlan cortó la llamada y procedió a llamar a su querida Susan.

Ella vio que «el Apocalipsis» la llamaba, en el momento que ella estaba revisando su currículum.

—¿Tengo la entrevista? —preguntó observando la pantalla de la computadora.

—*¿Se te fue lo educada, Susan? «Buenas tardes» al menos hablaría bien de ti —reclamó Arlan.*

—Ya sabes que te deseo un excelente día —expresó sarcástica volteando los ojos.

—*Buenas tardes, Susan, te conseguí la entrevista con el rey. Debes ser amable ¿Conseguiste leer mi currículum?*

—Estoy en eso. Quiero saber sobre lo que tanto farfullas. —Rio burlona—. Aquí dice: MBA, eres un sabelotodo.

—*Lee más y conocerás de mis cualidades. Si físicamente no me vendo, puedo hacerlo por lo intelectual ¿No crees? —bromeó.*

—Ajá —murmuró mientras continuaba—. Habilidades... Aquí dice, responsable; cosa que no creo ¿No sabes que no se debe mentir en el currículum?

—*Soy responsable con la naviera de la duquesa. Tengo unos problemas*

con la autoridad, pero es hasta tonto mencionarlo.

—¿Podemos ver tus antecedentes? —curioseó Susan, mientras buscaba noticias viejas sobre él—, según dice mi buen amigo, Google, dormiste cinco veces en prisión.

—*Seis* —corrigió mientras seguía caminando hasta su automóvil.

—La omisión de uno no viene al caso. Un Wilburg-Berger durmió en prisión, eso debe ser horrible para el rey; eres una pesadilla.

—*Me lo dicen todos aquí, pero ya dije que soy un buen chico.*

Ella continuó leyendo todo lo que podía en internet, incluso Wikipedia.

—Un linaje noble, los mejores colegios, una vida particular agitada y... ¡Maldición! —gruñó al ver que estaba actualizado en vida personal—. ¡Estoy en tu vida personal, dice: en relación con Susan Esther Culligan, aún sin enlace!

—*Lo siento, pero te están investigando* —se carcajeó de ella sin pudor.

—¿Qué hice mal?!

—*¿En verdad deseas que te lo recuerde?*

—No. Ya lo sé, solo era una manera de tratar de limpiar mi consciencia. Si le hubiera hecho caso a mi madre...

—*Uno nunca hace caso a las madres, salvo cuando se da cuenta de que se está hundido en el lodo.* —Susan respiró un poco aliviada, estaba a un paso de que toda esa pesadilla acabara. Los reyes eran hombres sabios, o al menos eso era lo que ella creía. Esperaba que el rey de Westland en verdad lo fuera —. *Voy a colgar, Susan, solo quería informarte que tienes una cita con el rey. Ve elegante y lee un poco de protocolo y etiqueta, ahora que estás en línea, que tu amigo Google, te ayude.*

—Está bien, adiós.

—*Adiós.*

¿Para qué necesitaría el protocolo y la etiqueta si ella le diría al rey que no quería ser asociada con su sobrino? Ahí no había mucho que protocolizar.

Quería su tranquilidad de vuelta; era tan sencillo como eso. Podía soñar

despierta en cómo sería que el rey diera una declaración casi diciendo: «Susan Culligan es una víctima, lo sentimos». Sonrió como tonta pensando en aquella imposibilidad, a lo sumo conseguiría que dieran un escueto comunicado diciendo que todo acabó y que ya no eran nada, porque en realidad no lo eran.

Ella era una invitada pirata en un evento de la realeza, y él era de la realeza. Quizás si Arlan fuera solo un chico más, sería diferente.

Incluso viendo su currículum, leyendo barbaridades sobre él y conociéndolo por Wikipedia, se sentía inferior. Él era de mundo, y ella bien, vivía en ese mundo, pero muy lejos de ser alguien de la realeza.

Parecía que la cizaña de Arlan había quedado en su mente, por eso se acercó hasta la bolsa que la empleada de él le acercó.

Sacó el sobrio vestido de día en color amarillo pálido Dior.

—¿Por qué no me trago el cuento de que la criada puede darse el lujo de comprar un vestido de unos exorbitantes 900 euros? ¡Con esto casi alimento a los niños de África! —Volvió a guardarlo. No insultaría al mundo con un vestido así.

Por más que aquel vestido fuera una delicia que jamás podría comprarse, no se lo pondría.

—¿Qué tienes en esa bolsa, Susan? —preguntó Dalma tomando la bolsa.

—Es solo un trapo —alegó Susan dándole la espalda para volver a la computadora.

—Es un trapo muy lindo. ¿O no? ¿Me lo das?

—¡Por supuesto que no! —se lo arrebató.

Dalma no conforme con que no le hayan dado lo que deseaba, se acercó a curiosear lo que hacía su hermana mayor.

—Creo que dijiste que no estabas relacionada con él. Hay muchas imágenes de tu novio en internet. ¿Puedo ver?

—¿Qué no, Dalma! —espetó molesta cerrando la tapa de la computadora

—Se lo diré a mamá.

—¡Que me aspen! Eres una chismosa. No puedes tener la boca cerrada ¿Sabes que los bocones son víctimas de sus víctimas con el tiempo? —intentó razonar Susan.

—Solo quiero ver a tu novio y no me dejas.

—¡Que no es mi novio!

—Díselo a los demás, yo sé que terminarás siendo la duquesa, y yo tu bella hermanita —sonrió yéndose.

—¡Es malo que sigas leyendo cuentos a tu edad! —le gritó a su burlona hermana—, ¡con suerte tengo dinero para mi helado!

Arlan mientras tanto fue a la naviera. Tenía a la prensa siguiéndolo, pero ellos sabían que solo llegaban hasta los portones, no más de eso.

—¡Excelencia! —exclamó uno de sus perseguidores—. Se lo ve feliz con la señorita Culligan. ¿Hay algún compromiso oficial?

—No hago declaraciones y lo saben —habló subiendo la ventanilla del automóvil para pasar de la entrada.

Tenía un gesto de maldad en el rostro. El sábado será un día decisivo para un futuro cercano. Tendría su primera novia elegida por el palacio y era nada más y nada menos una plebeya de mal carácter.

Su tío no había tenido mejor castigo que colocarla con alguien de un estrato social muy por debajo del suyo. Sin embargo, no se había dado cuenta de que estaba encantado con la idea de que una persona común se relacionara con él. Ya no más amigos de los hijos de los amigos de sus padres, del rey, de los ministros, de los nobles de otros países. No más excentricidades. Pronto el rey se daría cuenta del grave error que había cometido al darle un castigo que disfrutaría tanto convirtiéndolo en un castigo para el mismo rey.

Llegó a la que sería su oficina. Era sencilla y elegante, como la había imaginado. Como cabeza de aquel lugar, se dedicaría a trabajar por el

patrimonio de su madre que, con el tiempo, claramente le pertenecería por completo, si su madre no decidía desheredarlo por sus maldades.

En sus planes simplemente estaba abandonar el título de su padre y ser un populachero. Podría comer incluso hamburguesas de grandes cadenas internacionales, cosa que hasta el momento no le era permitido dentro del país, pero afuera de Westland lo había disfrutado.

El día de la cita, Arlan había llegado muy temprano al palacio para esperar a Susan, que seguramente tendría un infarto al ver a los fotógrafos en el palacio.

Estaba sentado mirando a la chimenea decorativa de la sala familiar. En aquel lugar se realizaban todas las fotografías oficiales. Era un lugar antiguo y pacífico.

Robert estaba en su luna de miel, ajeno a todo lo que ocurría ahí. Pensándolo bien, le convenía que su primo estuviera muy feliz y que ya viniera cargando al dichoso heredero para quedar cuarto en la línea de sucesión. De esa forma podría librarse del título. No sería necesario que estuviera.

Susan se miró en el espejo. Su madre le prestó un vestido color crema, con unos zapatos bajos negros. No sabía si colocarse un tocado o no.

—¡Solo el pelo suelo! —hizo volar todos los tocados.

—Susan, se te hará tarde, vete —ordenó su madre—. No vas a desairar a un rey llegando tarde. Los reyes no esperan.

—Estoy muy nerviosa, pero solo debo decir: «No estoy interesada en su sobrino, líbreme de él». ¿Crees que funcionará, mamá?

—Probablemente sí, y si no, pues, bienvenido un yerno decente.

—Mamá, no quiero un novio en mucho tiempo. No después de que Charles resultara ser un gran y decepcionante problema.

—No pienses en eso. Me dijiste que eres fuerte y que puedes con esto.

Charles no te destruyó, y eso me mantiene con ánimo de que encuentres alguien tan honorable y bueno como tu papá.

—¿Crees que después que me hayan vinculado con este duque tenga oportunidad de ser normal de vuelta?

—Olvida eso y vete ya, traerás buenas noticias; estoy segura. —Le dio un beso su mamá.

Susan echó un vistazo al jardín; estaba vacío. Nadie pisando las plantas de su madre.

—Creo que ya olieron que esto era una farsa —se confió Susan caminando hacia la cochera.

—¿Segura de que no quieres el vestido de Dior?

—No. Lo venderemos y luego daremos el dinero a la caridad —objetó a su madre.

—Es una lástima.

Subió a su automóvil más tranquila por no ser acosada y tener que acelerar para proteger su privacidad o lo que quedaba de ella.

La cuadra del palacio estaba llena de automóviles, cosa que rápidamente la hizo sospechar que solo habían cambiado de lugar.

—¡Quítense! —gritó dentro de su automóvil, casi atropellaba a dos hombres con sus cámaras.

La tranquilidad le duró unos segundos, porque ahí estaban todos aquellos. Solo faltaba que supiera los nombres de cada uno, porque sus rostros ya le resultaban familiares.

Mientras le abrían los portones del palacio, evitó mirar a los costados. Parecía que todo era para ponerla de mal humor, incluso los portones se abrían lentamente.

Le golpeaban los vidrios del automóvil para sacarle fotografías y hablarle.

Logró pasar la horrible entrada, hasta que uno los hombres vestido de pingüino le pidió las llaves del automóvil.

A Arlan le avisaron que ella había llegado diez minutos antes de la hora

establecida, por lo que podría prepararla para lo que vendría.

Ella bajó del automóvil y vio lo que suponía. No se había puesto el vestido que le había enviado por su ama de llaves. Susan era caprichosa y predecible.

Al subir su mirada, advirtió que Arlan la observaba con una media sonrisa tapada con su mano derecha, y su otra mano estaba en el bolsillo de su pantalón beige. No puedo evitar regalarle una sonrisa nerviosa.

Él tendió su mano, y ella, por inercia, la tomó. En ese momento dejó de sentir pánico, para quedarse nerviosa.

—Eres caprichosa. El vestido era para la ocasión. Verás al rey, no a tu vecina —bromeó caminando con ella.

—¿Se olvidaron los modales, Excelencia? Un «Buen día» estaría bien —ironizó para distenderse—. Ya sabía que las empleadas no tenían un salario tan alto para hacer ese tipo de regalos.

—Muy inteligente. Recuerda comportarte como alguien educada; reverencia cuando haga falta, no uses «Su Majestad» o «mi rey» a mansalva —recomendó—. No seas zalamera y el respeto debe ser tu mejor amigo.

—Lo comprendo. Vine con un objetivo fijo, y no saldré de aquí sin este.

—Puedo ofenderme, pero lo tomaré como solo desconocimiento de tu parte. Si me conocieras bien, jamás me dejarías ir.

—Y tú porque no me conoces es que deseas que esté a tu lado —replicó sonriendo mientras se quedaban frente a una inmensa puerta con dos guardias ahí.

—Se entra a la hora exacta. Faltan aún tres minutos —relató Arlan para que Susan estuviera más nerviosa y cometiera la mayor cantidad de errores posibles.

—Sé contar, y llevo un reloj de mano...

—No deberías llevarlo. No es elegante para presentarte frente al rey.

Pasaron los minutos y los guardias abrieron la puerta.

Ella exhaló y caminó hacia lo incierto.

Capítulo 21

Escuchó como se cerraba la puerta tras ella y cerró los ojos. Tragó saliva, miró al frente y no vio el famoso trono, sino un hombre sentado detrás de un escritorio ¿Dónde estaba su dichosa corona?

—Señorita Susan Culligan, acérquese —habló con voz gruesa el rey Octavio.

—Sí, Su Majestad —caminó temblando, sintiendo que su corazón iba a salir disparado de su pecho. Aún estaba a tiempo de decir que aceptaba al duque. «¡En qué pensaba!»). La desesperación era una mala consejera. Era solo un rey. ¿Qué más daba?

Ella hizo una reverencia y se colocó frente al escritorio.

—Usted pidió una audiencia; se le ha concedido. Dígame, ¿qué desea? —preguntó el rey mirándola fijamente. La joven parecía un venado asustado, sería más fácil de lo que creía—. Siéntese.

—Su Majestad, yo... —tartamudeó mientras se sentaba. No tenía el mismo valor con el que amaneció—, quisiera hablarle sobre mi infiltración en la ceremonia de su alteza real, el príncipe Robert.

—La escucho, señorita Culligan —volvió a pronunciar con fuerza para intimidarla.

—Yo... cometí el error de meterme en un asunto que no era de mi incumbencia, pero como una simple plebeya que es amante de su nación. Era un momento único en la historia. Sé que pude verlo por televisión, sin

embargo, no sería emocionante. Esa es la razón por la que hice aquello.

—Pensé que venía a hablar de mi sobrino, el duque, y no a contarme sus fechorías, señorita.

—No lo tome de esa forma —dijo con rapidez—. Es que de ahí viene la confusión. Su Excelencia quiso delatarme, estoy segura, pero prefirió asegurarse que yo no fuera una amenaza, vigilándome. Todo esto que se creó alrededor de nosotros son especulaciones. Tanto él como yo no tenemos absolutamente nada.

El rey abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un sobre. Metió la mano en él y fue sacando fotos.

—¿Recuerda este momento, señorita, o me dirá que no fue usted? —le mostró la foto donde Arlan la besaba.

—Ese fue un error...

—Y supongo que este fue un error más evidente —se refirió a la fotografía donde ella colgaba del cuello de Arlan.

—Fue un error más grave —corrigió Susan sonrojada.

—Entonces este error es garrafal —le colocó la fotografía de días anteriores dentro de automóvil del duque.

—¡Él me beso! —se defendió vehemente.

El rey se levantó de su sillón. En aquel momento, Susan pudo ver lo imponente que se veía. Era alto y elegante, no era lo mismo sentado que parado.

—Según el audio del automóvil de mi sobrino, usted viene a pedirme que niegue una relación entre usted y él.

—Solo quiero que diga la verdad. Que no hay ningún tipo de relación, que todo es una penosa confusión...

El hombre sonrió como solía hacerlo Arlan y aquello no hizo más que asustarla. No era bueno.

—Señorita Culligan —musitó el rey más calmado—, si usted y mi sobrino se han besado en varias oportunidades, significa que existe algo. Si bien Arlan

no es el joven más calmado de todos, es una oportunidad para que usted pueda hacerlo cambiar un poco. Dígame, ¿qué pierde usted si se relaciona con él?

—La paz. No quiero a esa gente trepando mi ventana y diciendo barbaridades sobre mí. Soy una estudiante y quiero continuar como antes, en el más absoluto anonimato.

—No es posible, señorita Culligan —declaró directamente—. Como monarca de Westland, he declarado ante el país que usted y mi sobrino tienen una relación. No puedo revocar eso.

Susan sintió que el corazón se le detuvo completamente e iba a replicar, pero el rey continuó.

—Tiene el compromiso de permanecer un año al lado de mi sobrino. No importa si la relación es buena o mala. Se le pide su colaboración, señorita Culligan.

—Esto no es cooperar. No quiero tener nada que ver con su sobrino, por favor, Su Majestad, escoja a otra mujer en sacrificio; yo no lo deseo —pidió.

—Lo siento, pero su pedido no ha sido concedido. Tiene un año de compromiso con su país y con mi sobrino. Puede retirarse, señorita —demandó el rey, tocando un botón de su escritorio.

Afuera del despacho Arlan estaba sentado frente a los guardias. Escuchó aquel timbre que pedía a los guardias. Esperaba que no echaran a patadas a Susan.

Uno de ellos entró y acompañó a una callada Susan hasta fuera del despacho.

—¿Qué sucedió? —indagó Arlan al verla salir.

—Es horrible, un tirano, un dictador... —murmuró.

—Comprendo. No lo conseguiste.

—No, y creo que aumenté mi karma. —Quería ponerse a zapatear y llorar como una bestia, pero no estaba en su casa para hacerlo.

—Calma, todo tiene solución.

—¿Que me calme? ¡Que me calme! ¡Pues de ninguna manera me voy a

calmar! —se exaltó.

—Tendrás que soportarme unos dos meses y luego dirán desde aquí que todo acabó; no es nada Susan —intentó reconfortarla, pero vio que una sonrisa irónica se formaba en su desgano rostro.

—El rey dijo un año... Debo permanecer un año junto a ti. ¡Si solo fueron tres besos, por qué es tanto el castigo! —Se tapó el rostro que se iba descomponiendo de la tristeza.

—Soy el castigo más guapo con el que te has topado en la vida, te lo puedo asegurar. —La abrazó para confortarla. Ella no se negó a su contacto, se quedó quieta para que él la mimara.

Lo que él le dijo hizo que tuviera una pequeña sonrisa en el rostro. Su abrazo era caluroso y reconfortante. Era un castigo extraño, como él dijo «el castigo más guapo» que había tenido en su vida.

Arlan la alejó un poco de él para mirarla al rostro. Estaba con los ojos un poco llorosos, pero no rompería en llanto.

—Señorita Culligan —los interrumpió el rey—, pase por el secretario. Él le dará las pautas de comportamiento que deberá conservar para mantener la imagen de mi sobrino. Que tengan buen día —pasó de largo.

—¿Pautas de comportamiento? —preguntó como un energúmeno.

—Ve, tú solo sigue al guardia. Te alcanzaré en un momento —se despidió un poco apresurado Arlan.

Ella se giró para seguir al guardia, pero no quería hacerlo sin Arlan.

Arlan alcanzó a su tío un poco más adelante.

—Pensé que solo serían unos meses...

—Será un año. Es castigo suficiente que estés con una plebeya por ese tiempo.

—¿Qué significan las pautas de comportamiento?

—El mismo contrato que le hacíamos firmar al resto de las mujeres con las te acostabas, solo que para Susan Culligan hay una cláusula de resarcimiento económico porque es una joven decente, y no como las otras. También tendrá

unas reglas para cuando salga contigo. Debe acompañarte a los eventos públicos.

—Ella no...

—Arlan, desde ahora en más serás muy juicioso. Verás que todas las cosas que haces arrastran a los demás. Ves a Susan Culligan, está encadenada a ti por tu comportamiento. Te esperaré para el golf después que ella se vaya.

Arlan dejó de caminar detrás de su tío. Había pensado en la sencillez de castigar a su tío, pero no en Susan. Al final la única que sufriría sería ella, pero él haría más llevadero su sufrimiento.

Alcanzó a Susan que estaba en la oficina del secretario con unos papeles al frente.

—Esto es un contrato, no una pauta de comportamiento —reclamó ella.

—Debe firmar esto, señorita.

—No voy a firmar esto. No estoy de acuerdo con nada de lo que dice aquí ¿Qué tipo de cosas son estas? ¡Quién las diseñó, por Dios!

—Son las normas.

—Pues no firmaré algo donde diga que si llego a embarazarme, deberé abortar. Si quieren que firme algo, pida sacarlo de sus cláusulas —exigió plantada en su postura.

Arlan podía notar que ella no era cualquier mujer. Era una con valores y principios. Todas las demás habían aceptado las cláusulas, pero ella no.

—Deberé hablarlo con Su Majestad —replicó nervioso el secretario.

—No acepto nada que le haga mal a mi cuerpo, que lo sepa —gruñó tomando un pequeño libro para leerlo. Era otro que le había dado el secretario —. ¡Faltaba más esto, ni piensen que dejaré de comer lo que deseo! —cerró el librito.

—¿Alguna vez respiras, Susan? —consultó agachándose ante ella.

—Es tu culpa. No voy a firmar nada, ni voy a leer nada. Este año será a manera normal o no lo será.

—Entonces la manera normal de que seas mi novia es pidiéndolo, ¿verdad?

—le sonrió.

—Pidiéndolo por un contrato te aseguro que no es la forma de empezar bien nada —aclaró mirándolo.

—Haré que sea un simple contrato de confidencialidad, pero para ambos. Ninguno divulgará nada del otro. —Acarició el rostro de ella.

—¿Qué se supone estás haciendo? —Se removió incómoda en su asiento.

Él miró al secretario para que se fuera.

—Solo quiero saber si deseas ser mi novia... —Tomó su mano y plantó un caluroso beso.

—¿Y qué otra opción me queda? —expresó con cierta ironía.

—Solo tienes una palabra: «Sí» —Se acercó para besarla.

Capítulo 22

Sentía los labios Arlan tocando los suyos. Era como un implícito «Sí» a su propuesta de “noviazgo”. No sabía cómo llevar aquella relación. Si ceder o no a los besos, o mantener distancias por un año.

Arlan acabó el beso. De nuevo observó los ojos verdes de Susan. Él hizo un gesto con los labios y miró de vuelta los papeles.

—No sé qué hacer, solo sé qué no voy a hacer. No firmaré nada de esto. Es ridículo, y yo no lo pedí.

—Tú calma; te redactarán otro. Mientras puedes salir conmigo por el jardín, caminaremos —propuso Arlan para despejarla.

—Está bien. Supongo que no puedo irme sin firmar ese bendito papel.

—Pues no...

Susan se levantó, caminó hacia la puerta que Arlan le abrió y miró hacia los pasillos anchos.

—Sígueme —mandó, pero instándola para caminar a su lado.

—Quién diría que gente tan mala viviera en preciosos jardines... —opinó mirando los tulipanes que estaban a su alrededor.

—¿Le colocaste el seguro a tu automóvil?

—Por supuesto, nunca lo dejo sin bloquear. No quiero que me pongan una cámara y una grabadora dentro, para luego decirme que tengo que permanecer con un desconocido por trescientos sesenta y cinco días de mi vida. Creo que me falta incluso más seguridad —agregó cínica, pateando el césped.

—Vamos a conocernos, tenemos trescientos sesenta y cinco días de caluroso conocimiento, Susan. Verás que no soy tan malo, y para demostrarte que estoy de tu lado, quisiera que me ayudes a darle algunas lecciones al rey —habló en voz baja, en tono de complicidad.

—Con gusto se lo entregaría a los caníbales, pero es mi rey. Antes de conocer esto —dijo y abrió los brazos refiriéndose al palacio a toda la realeza—, amaba lo que eran, el símbolo que representaban, pero esto no sé... Echa por tierra la imagen que yo tenía.

—Si a mí, que soy tercero en la línea de sucesión al trono, me desterraron, ¿qué harían contigo? Tenía que quedarme de castigo cinco años fuera de mi país. Y no hablamos de que me dijeron solamente que me fuera, me prohibieron la entrada a cualquier parte del territorio.

—Eras un chico malo —le sonrió.

—Solo un poco sin sentido, agobiado por la importancia de ser alguien en este lugar. Me consumieron la fama y la fortuna, pero al salir de aquí, fue mucho mejor. En las calles nadie me reconocía. Cualquiera diría que eso para un Wilburg-Berger sería horrible; sin embargo, para mí significó la gloria. Pude conocer gente que no me lamía los zapatos para sacarme algo, me gustaba esa vida hasta que volví hace unos días —se explayó sincero y continuó—. El día de la boda llegué tarde, y como me odian en la familia real, preferí buscar un lugar un poco más atrás. Conocía todas las caras, menos la tuya. No está de más decir que me pareciste hermosa...

Se hizo la desentendida al escuchar aquello y miró hacia cualquier otro lugar que no fuera él, podría morir de la vergüenza por ese sonrojo.

—No se me ocurrió mejor forma de conocer a una desconocida que sentarme a su lado.

—Es decir, valoras lo que me hiciste perder, mi privacidad.

—Mucho. La fama es relativa, querida Susan. Nuestra relación dice que un año serás mediática y unos meses después. Luego encontrarán más chismes y escándalos para publicar; es mejor respirar. Agradece no pertenecer a esta

cariñosa familia —agregó con un toque de humor.

—A ti los escándalos al parecer te persiguen, espero que no me contagies de eso.

—Podemos comer algo si te apetece.

—¿Podemos comer una nueva vida? —bromeó.

—Tienes una nueva vida, y es conmigo; no hay que quejarse. Verás que soy adorable —se jactó Arlan caminando con galantería a su lado.

—No he pensado cómo relacionarme contigo. Yo voto porque mantengamos distancias. Nada de besos, manos sudadas y menos apariciones públicas juntos. Es lo más sensato, al menos eso opino.

Arlan hizo una mueca con el rostro. No estaba de acuerdo. Susan era bonita; no desperdiciaría la oportunidad de robarle besos, y asistir a eventos públicos era algo no negociable, iba o iba, bien podría prescindir de las manos sudadas.

—Estoy en un pequeño desacuerdo. Dijiste que seríamos normales, entonces los novios normales salen y se besan. ¿Me explico?

—Pero no somos novios normales. Tú no me elegiste, ni yo tampoco. Somos una simple descompostura del tiempo y el espacio, una desviación típica, o más bien un margen de error de la naturaleza —se justificó con poca credibilidad.

—Eres un error inteligente, muy bonito y que habla demasiado. Piensa en pasar lo mejor este año.

—¿No te hablé de que hace una semana y días terminé con un novio? Mira, no es que él me interese aún, pero pensará que lo engañé y no fue por eso que terminamos.

—¿Temes algún reclamo? Si lo hace, solo dile que se comunique con tu nuevo novio, se lo explicaré...

—¡No, no! —replicó vertiginosa—, deja que lo hago yo, tú me hundirás más.

—Señorita Culligan, Excelencia, disculpen la molestia —los interrumpió el

secretario mientras caminaban—. He redactado su pedido de vuelta, si gusta pasar a leer y firmar.

—Espero que esas cosas ya no estén. Y otra cosa, no pienso leer ese libro de puras reglas, tengo derecho a comer lo que deseo...

—Te acompañaré, Susan. Hay que leer las letras pequeñas —musitó Arlan colocando su mano en la cintura de Susan para guiarla.

Ella se sintió cómoda con su respetuoso contacto. Arlan era educado, galante y vamos que sí era guapo. Su sonrisa era radiante; sus ojos pintorescos y pillos podían hacerla dudar de sus propias fuerzas.

Volvieron a la oficina del secretario y ella con enojo leyó de vuelta el contenido modificado.

—¿Por qué sigue aquí este dinero?

—Lo ha estipulado el rey, es inamovible —aclaró el secretario.

—¡Oh, que bien, seré rica cuando rompa contigo Arlan! —expresó con sorna.

—Me siento un hombre material y utilizado.

—«La señorita Susan Esther Culligan Fairchild se compromete a utilizar todos los métodos anticonceptivos a su alcance. En caso de quedar embarazada, esta será demandada y separada del niño o niña una vez comprobada su pertenencia a los Wilburg-Berger...» —leyó Susan en voz alta—. Esto es más ridículo que lo anterior, pero menos descabellado, así que lo firmaré.

—¿Leíste bien? —cuestionó Arlan.

—Ni hace falta, es obvio que no voy a tener relaciones contigo —aseguró estampando su firma en el papel.

—Te pierdes de algo muy bueno —se burló ante la avergonzada mirada del secretario.

—Supongo que puedo irme... —habló mirando al hombre que guardaba los papeles.

—Sí, señorita Culligan, y no olvide los libros y su copia.

—Dejé claro que el libro podrían metérselo por donde querían; no voy a dejar de comer lo que quiero...

—Calma, Susan...

—¡Al menos puedo decidir lo que me llevo a la boca, la comida no me la tocan! —recalcó con más fuerza.

Él acompañó a Susan para salir del palacio.

—Cuando salgas, no olvides darle un saludo a los fotógrafos —pidió Arlan —, mientras más amable seas, menos te seguirán.

—Lo tendré en cuenta.

Caminó con ella hasta el automóvil, mientras por las rejas veían a las personas paradas esperando por sus noticias.

—Dale de comer a esa gente, Susan —pidió Arlan levantando la palma abierta hacia el portón.

—Esperemos tengas razón —imitó a Arlan y movió la palma para saludar a los periodistas afuera.

Susan había dado el primer paso para simpatizar con quienes podrían ser sus mejores amigos o mayores enemigos en el futuro. Tenía la leve sensación de inseguridad al alejarse de Arlan. Pese a su cinismo, sentía que sus palabras la reconfortaban para no entrar en un absoluto estado de pánico, y lo peor era que no sabía cómo reaccionaría su familia, aunque Dalma sí, sacaría el mayor provecho de su famosa hermana.

Capítulo 23

Al volver a su casa, tuvo que contar todo lo que había acontecido con ella en su corta y fallida audiencia con el rey.

—¡Qué firmaste un contrato! —se exaltó su padre.

—¡Lo sabía, Susan va a ser duquesa! —bailó y cantó Dalma mientras ella intentaba explicarlo.

Su madre tenía la copia del contrato real.

—Susan, esto es terrible. Nunca pensé que nuestro monarca fuera capaz de tener un contrato de este estilo preparado —opinó impresionada.

—Este libro se ve aburrido... —tomó Dalma el libro restrictivo que supuestamente debía leerse, pero no lo haría. Con suerte se leía las materias de la universidad.

—Puedes hacer lo que gustes con él. No pienso cuidar lo que como, ni cómo me visto, ni nada de esas cosas. Soy la «novia», no la prometida, ¿es difícil pedir comprensión?

—¿Sabes lo que dice en ese contrato, Susan? —cuestionó su padre muy molesto.

—Del inciso uno al treinta y cinco, dice que me van a demandar —respondió—. Es lo más grave que he encontrado en el reeditado contrato, antes era peor, se los aseguro. Pero gracias a mi súper y estirado novio, conseguí una reducción de mi pena.

—¡Es un año! —le recordó su madre.

—¿Qué son trescientos sesenta y cinco días? Quizás trescientos de esos días ni lo vea. Tanto él como yo, tomamos esto como corresponde: un castigo por desobedecer a los mayores —reflexionó—. Pagaré mis culpas y todos esos euros irán a una fundación de ayuda a mujeres maltratadas.

—Tuviste tiempo para pensarlo —se burló su padre.

—Ya que el rey tiene tiempo para obligarme a aceptar a su sobrino, yo tengo tiempo de pensar en el bien común. —Se sentó colocando los codos sobre la mesa y sus manos bajo su mentón—. De aquí en más me toca soportar a la prensa y al duque, que es algo así como Dalma, pero en versión hombre adulto.

—¡Oye! —La golpeó su hermanita.

—Si te he sobrevivido, lo sobreviviré también a él —le bromeó. Debía tomar aquello con el mejor humor posible.

Había zapateado, gritado, rogado y nada, solo quedaba resignarse y cumplir un año junto al hombre del que debió correr al minuto de verlo y haber escuchado su voz.

Si tan solo hubiera acampado frente al lugar de la ceremonia religiosa, todo sería diferente.

Esperaba que Arlan fuera consciente y no insistiera con lo de ser novios en serio. No besos y esas cosas; no estaba lista para una nueva relación.

Cuando leyó las cláusulas del contrato, se escandalizó por la cantidad de partes donde hablaban de relaciones sexuales.

Arlan debía agradecer a Charles que no tuviera ningún apetito del tipo sexual, pues el susto y la humillación que se había llevado fueron suficientes para sofocar cualquier intento.

Podía negarse a tener relaciones, pero sería difícil negarse a besarlo; era un plus por su sufrimiento, su único consuelo. Una relación tranquila e inocente.

—¡Basta de tontera! —se levantó de la mesa y fue a la heladera—. Mamá, quiero el sándwich más grande del mundo...

En el palacio, Arlan jugó golf con el rey.

Su tío parecía estar tranquilo. Al parecer olvidó que había obligado a dos personas a verse por un buen tiempo.

—Arlan, eres mejor que todos esos golpes de más —lo animó su tío al ver que no estaba concentrado.

—Creo que hoy perderé por mucho. —Entregó el palo a uno de los empleados.

—¿No me digas que aún no empezaste tu relación con Susan Culligan y ya te quita el sueño? —se burló con una mano en el hombro de su sobrino.

—¿Qué sucede si todo sale mal y me enamoro de ella?

—Aunque estés en la línea de sucesión, Robert es quien determinará si realmente puedes casarte con una plebeya.

—Bien, quiero entender —habló dudoso—. Mi vida depende de la cantidad de veces que mi prima política pueda parir hijos. ¿Qué pasa si tienen siete niñas?

—Eres gracioso, pero no lo creo. Confíemos en que Robert está haciendo su mejor esfuerzo para entregar herederos a la corona. A ti te conviene que lo haga y asegure dos hijos. Tú te libras de cualquier responsabilidad, salvo una terrible catástrofe que obligue a que tú estés en el trono.

—Déjeme enviar un mensaje —sonrió Arlan con cinismo.

Tecleó un conciso mensaje para su primo:

ARLAN:

Come poco, coge mucho.

—Estoy listo para continuar golpeando bolas —agregó más animado.

Arlan sabía que su primo estaba comprometido con la corona como muy pocos se comprometían con la monarquía.

No diría que llevarse a una mujer a la cama fuera un trabajo fácil, pero de

todos los trabajos era el más placentero.

Su tío estaba confiado en que Robert ya vendría con la semilla germinando, pero Arlan tenía otros planes, como por ejemplo: renunciar a su pertenencia a la monarquía. No obstante, antes debería sacarle canas muy verdes a su tío, su tía y su madre.

Susan y su terrible carácter eran sus cómplices ideales para hacer sus últimas travesuras contra la corona.

—Deja de reír y golpea —ordenó el rey ansioso por darle el golpe de gracia a su sobrino cerca del hoyo dieciocho.

Después de divertirse, dándole vuelta el resultado al rey, regresó a su departamento para descansar, pero no sin antes invitar a cierta persona a cenar.

Escribió rápidamente un mensaje para Susan.

En su casa, ella sintió la vibración de su celular mientras veía la televisión sentada con Dalma.

—Debería cambiarle el nombre... —musitó al ver apocalipsis.

—¿Y si le pones, mi príncipe? —propuso su hermana.

—¡No! Además, no es un príncipe, y si lo fuera, sería el príncipe de los insoportables e insufribles —se quejó abriendo el mensaje que decía:

ARLAN:

Te invito a salir, paso por ti a las nueve, avisa que llegarás tarde, porque no soy de volver temprano. Cariños...

Chirriaron sus dientes por la molestia. Ni bien había empezado y ya le colocaba órdenes en un patético mensaje.

—¡Por supuesto, Excelencia! —se miró antes de escribir su respuesta.

Dalma miró a Susan sonriendo como una verdadera psicópata; enloqueció ese día, estaba segura.

Arlan abrió el mensaje que decía:

SUSAN:

Claro, solo que como mi novio oficial, debes venir a pedir permiso a mi padre, somos un poco a la antigua.

—Nunca lo hice, pero siempre hay una primera vez para todo... —dijo respondiéndole el mensaje de ella.

—«Por supuesto que sí, dile a tu padre que me espere con una cerveza. Nos veremos...» —leyó en voz alta—. ¡Papi, tu yerno duque quiere una cerveza esta noche, hoy es el día en que puedes volver a usar el cinto, pero en su contra!

Susan ya se lo tomaba en broma. Comenzaría a divertirse a costillas de un hombre adinerado.

Por la noche Arlan miró la vivienda de Susan con la cabeza agachada.

Se bajó del automóvil, procediendo a acomodarse la ropa. Después de dar una última respiración tocó el timbre. Aquel sí era un sonido estridente.

—Debe ser él —avisó Susan acercándose a la puerta para abrirla.

Dalma se colocó su mejor vestido, al igual que sus padres. Aunque el señor Culligan no estaba para nada feliz con la visita.

Ella abrió y ahí estaba él, guapo y distendido con una remera color crema, jeans rajados y unas elegantes zapatillas de color marrón. Parecía un chico normal. Su sonrisa se hizo muy grande cuando la vio.

—Buenas noches —le mostró aquella mística dentadura que por todo el estrés no vio.

Arlan también le hizo un escaneo a Susan, tenía unas converses rojas, un jeans sin detalles, una remera también roja y una chaquetilla negra. Llevaba el pelo en una cola débil que dejaba escapar algunos cabellos.

—Buenas noches —correspondió casi suspirando—, pasa... —le echó una vistazo a su trasero.

—Es más lindo que en la televisión —alegó Dalma con una graciosa reverencia.

—Tú debes ser Dalma, y tú te ves mejor que en las cámaras del supermercado —bromeó tocando su cabeza.

—Excelencia —saludó la madre de Susan—. Es un placer tenerlo aquí; siéntase como en su casa.

—No se preocupe, señora Culligan, así lo haré. Es un gusto estar aquí —dijo educado y luego miró al más reacio de la familia: el padre de Susan.

Susan tenía los rasgos de su padre. Era serio, y su frente estaba arrugada por el constante entrecejo fruncido.

—Bienvenido, Excelencia —habló el señor Culligan con cara de pocos amigos—, su cerveza está lista en el refrigerador...

Arlan se giró hacia Susan, que tenía una sonrisa nerviosa por el comentario de su padre.

—Estoy seguro de que Susan se lo dijo a manera de broma, señor Culligan. Sepa disculpar a su hija.

—Lo suponía. Creo que carezco de sentido del humor, siéntese —mandó el señor Culligan—. Susan, también siéntate a su lado.

—Sabemos que las circunstancias de nuestro noviazgo no son normales, señor Culligan, pero quiero que esté tranquilo. En ningún momento pienso traspasar los límites de su hija. Me los ha dejado claros y, pese a que fui bastante imprudente en el pasado, he madurado —se explayó Arlan siendo sincero.

—No lo dudo. Solo espero que no abuse de su poder y de su nombre contra nosotros. Nuestra hija no tiene secretos para sus padres, y es bueno que lo sepa. Somos una familia de valores tradicionales y la integridad de Susan es lo más importante para nosotros.

Susan se quedó callada escuchando idas y venidas de su padre y Arlan. No le hacían caso en lo absoluto.

—Bien, papá, terminó el interrogatorio —interrumpió Susan ya molesta. Llevaban cuarenta minutos ahí sentados.

—Sí, tienes razón. Ven que quiero darte algo —la invitó su papá.

Ella lo siguió hasta la entrada de la cocina y él le pasó su cartera a ella.

—Adentro te puse un regalo.

—¿Un regalo?

—Míralo...

Ella quitó el regalo y rápidamente lo metió de vuelta.

—¡Papá, no voy a electrocutar a un duque! —reaccionó asustada.

—Y tienes gas pimienta...

—¡Papá! —se tomó del pecho.

—Hazlo por amor a tu padre si no lo haces por ti misma; me tienes preocupado y no me fío de nadie —confesó muy turbado por lo que su hija tuvo que pasar.

—Gracias, papá, quédate tranquilo.

—Recuerda que en el contrato no hablaba de electrocución.

—¡Papá! —le dio un beso en la mejilla y fue a colocarse junto a Arlan.

—¿Lista? —preguntó Arlan levantándose.

—Sí, vámonos antes de que mi papá me dé un regalo más.

—Fue un placer, señores Culligan, la traeré lo más temprano posible. Iremos a cenar...

Susan y Arlan salieron hasta el automóvil de él y subieron para irse. Se colocaron los cinturones de seguridad y, luego, ella lo miró.

—¿A dónde iremos?

—A comer y luego bailar, ¿qué dices? —consultó Arlan.

—No quiero ir a bailar. ¿Y si vamos a un pub un poco privado?

—Está bien. Esas converse se te verían bien con una falda —le sonrió.

—No uso faldas; las tiré a la basura —contó tranquila.

—¿Tienes patas de cabra o algo así?

—No, solo que no me gustaban —mintió al recordar a Charles.

—Creo que hay paparazi siguiéndonos —avisó Arlan—, ese automóvil nos sigue desde tu casa.

Susan miró de reojo y reconoció aquel como el automóvil de Charles
¿Acaso ese loco los seguía?

Capítulo 24

Su corazón pareció detenerse, pero luego volvió a latir muy acelerado. Debía ser una alucinación suya.

Se giró de nuevo a mirar y el vehículo ya no estaba. Solo había sido producto de su imaginación. Pero no podía evitarlo; se sentía perseguida por los fotógrafos y acosada por Charles. Lo que más temor le producía era que no le enviara un mensaje ni la llamara. Él simplemente se aparecía como un fantasma.

Habían sido novios dos años y lo conocía un poco. No le gustaba escribir, ni llamar, solo estar frente a frente.

—Deja de estar pálida; siempre nos seguirán. Te aseguro que no terminaremos como lady Di en Francia —bromeó Arlan.

Ella lo miró de reojo y volvió sus ojos hacia la ventanilla.

—Las blancas somos pálidas. Además, las luces de los alumbrados no me favorecen, hacen que me vea peor —justificó, puesto que se dio cuenta de que estaba de cierta forma asustada.

—¿Leíste el libro?

—Por supuesto que no. Se lo di a Dalma.

—Tu hermana tiene mejores modales que tú al parecer.

—No te imaginas lo que estás diciendo. Ella es la encarnación demoníaca de cualquier pesadilla de hermana.

—Al menos tienes una hermana, yo no tengo ninguna. Solo a mis primos.

—¿A dónde fue tu primo de luna de miel?

—Debieron ir a algunas islas vírgenes. A veces la realeza es excéntrica.

—Son muy excéntricos...

—¿Qué te parece este lugar? —señaló él para estacionarse.

—Parece bien, quizás sean discretos.

El lugar no era elegante. Era un bar informal con unas mesas, música funcional y una pista de baile.

Unos flashes los sorprendieron entrando, pero no podían pasar las puertas. El lugar se reservaba el derecho de admisión.

—¿Quieres la barra o algo más íntimo? —consultó acercándose al oído de Susan.

—Lo más privado posible.

Se acercaron a la barra de tragos, y Arlan habló con el *barman*, que le señaló unas puertas que al parecer llevaban a otro lugar.

—¿Qué te dijo? —curioseó Susan.

—Los privados están más detrás de esa puerta, pero desconfío de que me haya comprendido bien, o quizás yo soy muy mal pensado —rio.

—¿Nos arriesgamos a ver?

—Vamos...

Pasaron las puertas de vidrio, y se escuchaba otro estilo de música, un ambiente más íntimo y sofisticado separado por varios espacios, como cubículos.

Las mesas eran tipo ratonas y no había sillas, sino cojines rectangulares.

—Es realmente íntimo y sí, fuiste mal pensado —acusó sonriendo.

Ella era de una familia muy convencional, salía poco y, si salía, debía volver temprano. Nunca la habían llevado a un sitio así.

Su papá fue implacable con Charles; lo tenía vigilado porque nunca se fío de su amabilidad, y cuánta razón tenía, pero el amor era ciego y defendía a Charles siempre.

Ellos escogieron uno de los lugares, se acomodaron y miraron frente a

frente.

—¿Qué comeremos? ¿Un entremés o directo al plato? —preguntó Susan después que un mozo dejara la carta.

—¿Eres de buen comer? —consultó abriendo la carta.

—Por supuesto. ¿Por qué crees que no leeré el libro que me encomendó el rey? Quiero el entremés y el plato más grande que pueda haber.

Arlan sonrió contento. Era lo que esperaba; no fingía comer como un pajarito. Era auténticamente una cavernícola.

—Entonces tráiganos un entremés completo —pidió Arlan mirando al mozo que anotaba—, ¿Qué deseas probar? —preguntó dirigiéndose a Susan que seguía pensando con los ojos puestos en la carta.

—Quiero probar el sushi.

—Los miembros de la nobleza tenemos prohibido comer mariscos fuera del palacio, podríamos intoxicarnos y...

—¡Me importa poco, entonces quiero una hamburguesa, y no me digas que no podemos comerla, no tienes una cámara en el rezagado! —espetó enfadada.

Arlan levantó las manos rindiéndose. En verdad estaba rendido con Susan.

—Traiga lo que pide la dama, las hamburguesas más grandes y una botella de un buen vino.

—Prefiero una gaseosa —replicó ella.

—Traiga todo lo que pedimos, menos el sushi —ordenó al final.

El mozo se retiró llevándose la carta.

—Violaré el protocolo real por ti...

—Cuan sacrificado es el duque —se mofó—, pues yo no violaré mi deliciosa dieta por nadie.

—¿Por qué no bebes?

—Porque no sé qué tipo de persona seas; no pienso arriesgarme —confesó mirando a otro lugar.

—Hay muchas cosas que no sé de ti, pero que conoceré con el tiempo. Debo decir que me sorprendes todo el tiempo; tienes un mal carácter, pero defiendes

lo que crees.

—Pensé que a la realeza no le agradaba eso. Siempre hay que ser obedientes; de lo contrario, no me hubieran dado una biblia de comportamiento. Aún sigo enojada. ¿Por qué deben obligarnos a estar juntos si no lo deseamos? —alegó un poco quejosa.

—Deja de pensar en eso. Estamos juntos ahora, aunque no te agrade. —Fue moviéndose hacia ella como un gusano—. Seremos novios normales.

Ella rio con humor ante su expresión pícaro. Él no se detenía ante nada pese a que le dejó claro que no tendrían nada de nada.

—No te imagino con alguien como yo... Más bien te veo con una mujer alta, muy alta, rubia, con un taco que la hiciera pasarte por mucho más, así como una modelo —se sinceró—. Una princesa con tacones...

—Pero tú eres una princesa en converse. —Miró a sus labios y se acercó a besarlos.

Susan respondió con la misma afinidad al beso. No tenía por qué negarse; eran novios, una pareja extraña que debían llevarse bien por un año hasta que todo terminara y dijeran basta.

—Estás decidido a pasar bien este año —aseguró Susan separando sus labios de Arlan.

—Y creo que tú también lo has decidido, a juzgar por la correspondencia de tu beso.

—De todos los castigos del mundo eres el que más divierte, te aseguro que hay peores.

El mozo apareció después de unos minutos con el entremés y el vino. Los había molestado en un momento íntimo.

Arlan sirvió el vino en dos copas, que pese a que Susan se negó varias veces, terminó cediendo y tomando una. Después de cenar, tomar más de una copa y desnudar toda su agradable locura ante el duque, la necesidad tocaba su puerta, o mejor dicho su vejiga.

—¿Puedes pararte? —se burló de ella. Con aquel vino dulce era imposible

que se emborrachara.

—No tomé tequila; es solo vino. Voy al baño, me cuidas la cartera. Es el objeto más valioso de una mujer. ¿Comprendes?

—¿Tienes dinero para la cuenta?

—Si no lo tenemos, te quedarás a lavar platos, Excelencia. Me voy porque urge...

Salió del área privada hasta el baño de damas.

Se sentó y miró a las paredes mientras pensaba en lo divertido que se ponía salir con Arlan. Como duque lo imaginaba tan estirado como un chicle, pero resultó ser un joven normal y con mucho sentido del humor. Si se quedaba unos minutos más se hubiera orinado de la risa.

Después de asear sus manos, salió del baño, pero sintió un fuerte empujón por la pared.

—Hola, Susan...

Todos sus temores estaban ahí, con un brazo por la pared, sofocándola por el apretón en el pecho.

—Solo necesito saber en qué tiempo lo hiciste. Tú no dejas de disparar alto, ahora un duque, un Wilburg-Berger. ¡Cómo demonios lo hiciste! —la increpó sacudiéndola de los brazos.

—¡Déjame, no te debo ninguna explicación!

—Lo que pasó hace más de una semana no fue más que una excusa para dejarme, porque ya estabas con él, ¿no es así? ¿A quién quieres engañar? Dos años, Susan... Dos años que me costó entrar a tu maldita casa, ¡para que luego me dejes por nada! —le gritó.

—No es cómo crees. No lo conozco...

—Lo besas a cada paso, no intentes mentirme; ya sabes que me enojo con facilidad —masculló entre dientes.

Ella lo empujó con fuerza, no debía temer.

—Te lo digo, Arlan no tiene nada que ver en nuestra ruptura. Tú fuiste quien lo causó; te tomaste confianzas que nadie te dio.

—Te tomas unas copas y abres las piernas como todas, Susan. Además, eras mi novia, tengo derechos.

—Mi cuerpo me pertenece, y yo te dije que no —escupió nerviosa.

Charles dio vueltas en su eje por unos segundos, parecía meditar algo o a lo mejor imitaba a un animal enjaulado.

—Vuelve conmigo —pidió colocando sus manos en su cintura.

—No, y menos después de haberte denunciado. Tienes una orden de restricción y un proceso por abuso...

—¿Qué?

—No eres sordo...

—¡Me denunciaste para sacarme del medio y quedarte con este! —señaló hacia donde debía estar el área privada—. ¡Eres más sucia de lo que pensé!

—¡Lo hice porque me acosas y ya hemos terminado, métete eso en la cabeza! ¡Se acabó!

Él rápidamente la tomó de las mejillas.

—Retira los cargos, o sabes que me encargaré que desaparezcan —intentó besarla, pero ella lo pisó con fuerza.

—¡Haz lo que gustes, pero yo no te pertenezco! —expresó y salió corriendo de ahí.

—¡Sé dónde están tus padres y tú hermana, Susan, no lo olvides! —gruñó amenazándola mientras corría.

Solo miró atrás mientras corría y terminó chocando con algo.

—¡Oye, oye! —la tomó Arlan de ambos brazos para que no cayera—. Te estaba buscando. ¿No te parece un poco tarde para correr?

—Un paparazi... —mintió mientras tomaba aire.

—¿Quieres irte?

—Por favor, podemos seguir hablando en mi casa...

Él la tomó de la cintura y la guio para cancelar la cuenta e irse.

Ella miraba con recelo alrededor. No había alucinado cuando vio a Charles seguirlos; nunca más dudaría de sí misma.

Capítulo 25

Después de aquella noche. Sus fotos estaban estampadas en periódicos y revistas de chismes.

Imitaban su forma de vestir, su corte de cabello, e incluso se habían registrado más personas para la carrera de administración en las universidades. Susan era llamada “el fenómeno plebeya”

La población de Westland estaba enamorada de la pareja realeza-pueblo; sentían que sus gobernantes al fin ponían los ojos un poco más abajo.

Lidiar con la prensa no era fácil. Intentaba pasar desapercibida, pero si eran muy acosadores les daba una sonrisa y decía «con permiso».

Sin poder creerlo, tenía tres alucinantes meses saliendo con Arlan, y se sentía en el cielo. Era divertido a morir.

Al verlo sentía que su corazón abandonaría su pecho, y su estómago hacía estragos estando tan cerca, y cuando la besaba, era como caminar sobre las nubes y hacer pequeños pimpollos de algodón.

Sin darse cuenta, su teléfono estaba llena de fotografías de ella junto con Arlan. Era un gran payaso que la hacía reír y entorpecía sus momentos de seriedad.

—¿Estás lista? —preguntó su madre.

—Sí. —Se miró por última vez en el espejo. El entallado vestido azul por debajo de la rodilla y el zapato color crema, le quedaban a la perfección con un fino tocado azul sobre su alisada cabellera, parecía toda una dama de clase

—. Espero que Arlan sepa que me estoy perdiendo una clase importante por acompañarlo.

—Estás feliz de hacerlo. Se te nota en la cara que adoras al castigo del rey.

—La codeó su madre, mientras ella se sonrojaba.

—Solo quedan nueve meses para que me libre de él —dijo altanera como si no le importara, pero sentía cierta inquietud a medida que pasaban los meses.

—Yo estoy creyendo que serás su duquesa; solo debes verlo cuando te mira, está prendado y no es para más, eres hermosa.

—¡Basta mamá! —pidió tomando su bolso de mano—. Es urgente que dejes tu trabajo, creo que inhalas algún suero potente. Sabes que tengo un contrato y él también lo tiene en cuenta. Solo nos divertimos y ya...

—¿Ustedes ya han...? —Su madre alzó la ceja e hizo señas para referirse al sexo.

—¡No, no, mamá! —exclamó escandalizada—. Cómo crees, no tengo intenciones de hacerlo y sabes por qué. ¡Y no, no tengo un trauma, solo no quiero!

—Al menos ese desgraciado dejó de seguirte, porque si lo veo, voy a matarlo dolorosamente con una jeringa con VIH —gruñó molesta su madre.

—¡Oye, duquesa! —la llamó Dalma—. Tu limusina ha llegado.

—¿Qué haces con mi camisa a cuadros, mis converse y ese chicle en la boca? —cuestionó con una sonrisa.

—Soy Susan, la plebeya con suerte —alegó con suficiencia colocándose el gorro de Susan.

—¡Pequeña enana, vete de aquí y deja mis prendas! —espetó haciendo que ella corriera—. Y no hay respeto a los hermanos mayores.

—Ya oíste, Susan, baja. Comportarte, respira. ¿Leíste de protocolo y etiqueta?

—Mamá, no voy a sentarme junto a Arlan, estaré más atrás, calma —suspiró.

Ella fue hasta el automóvil negro que la esperaba fuera de su casa. En

ausencia del príncipe, Arlan lo suplirá en la reinauguración del antiguo hospital príncipe James, fundado en honor al fallecido hermano del padre del actual rey.

En el palacio, el rey, con complicaciones clínicas de los riñones, estaba observando las revistas y periódicos.

—Susan, Susan y más Susan... —musitó colocando los papeles a su lado.

—Ella tiene al pueblo en sus manos, Su Majestad —anunció el secretario—. El duque no se ve para nada infeliz a su lado.

El rey tomó una de las revistas que dejó al lado y le mostró a su secretario.

—¿Es esto lo que realmente queremos en la familia real? —Señaló a Susan haciendo un globo de chicle, sentada en el patio de la universidad—. No está ni cerca de pertenecer aquí. Debí colocar el castigo por solo seis meses.

—La popularidad de la familia real ha ascendido a grandes niveles, Su Majestad, gracias a la señorita Culligan. La reputación de su sobrino puede ser comparada con una blanca paloma. Y todo gracias a su romance con una plebeya.

—Estoy verdaderamente preocupado porque Robert no ha anunciado nada sobre una criatura en camino. Según su última llamada irían a Suiza y luego volverán a Westland. Solo estaré tranquilo y podré morir en paz cuando se asegure nuestra continuidad en el trono.

—Usted no se preocupe, puede estar tranquilo. Su sobrino está haciendo un excelente trabajo; hoy tiene la reinauguración del hospital príncipe James. Colocamos a la señorita Culligan varios lugares atrás para que no se lleve todas las atenciones de la prensa.

—Confiaré en él. Al parecer se ha vuelto responsable, pero estoy empezando a detestar este romance real con Susan Culligan y su creciente popularidad por encima de la familia.

Arlan recorrió el Palacio con los papeles de lo que debía decir en la reinauguración. Ser parte de la realeza no era lo suyo. Urgía librarse de esos compromisos y vivir tranquilo. Solo lo lograría una vez que abandonara el

título de duque y se convirtiera netamente en empresario.

Quería poder salir con Susan como una pareja normal. Deseaba quemar aquel contrato que los unía por solo un año.

Estaba ansioso por ir a la playa, verla en bikini y olvidar que podían ser espíados. Como su madre había dicho: «Susan Culligan era el mayor error del rey», pues ella era más popular que todos juntos. La amaban, no cabía duda; se sentían identificados con la pertenencia de ella, y rechazaban a la actual princesa de Westland por ser extranjera.

Miró por la ventana, y el automóvil negro con Susan adentro lo esperaba para ir. Al verla, una gran sonrisa surcó su rostro. Se veía hermosa con lo poco que dejaba ver.

Salió del recinto y ella lo pudo ver, con gracia y elegancia, acercarse al automóvil. Era muy intimidante y guapo con un traje negro, y unos zapatos de punta cuadrada. Lo dejaban más alto y estilizado.

Le abrieron la puerta y él se sentó.

—No me digas que te maquillaron, Arlan —se burló al verlo tan arreglado.

—¿Te han puesto exceso de rubor, Susan o soy yo quien te sonroja? —replicó acercándose a ella para besarla, pero Susan le colocó dos dedos sobre sus labios.

—No se puede, me quitarás el maquillaje...

—Tienes razón —sonrió guardando los papeles en su saco.

—¿Qué son esos papeles?

—Lo que debo recordar para decir —contó.

Él apretó un botón del vehículo, y un vidrio los separó del conductor y el secretario que los acompañaba.

—Debo contarte que solo espero que vuelva Robert, y yo renunciaré a todo lo que me corresponde aquí. Quiero ser libre.

—Sé que deseas serlo y lo serás; sé que lo lograrás —apoyó ella agarrando su mano.

—¿Qué haría sin la mujer pirata junto a la que me senté en el matrimonio de

mi primo? Eres demasiado agradable.

—Tú aún no terminas de agradarme. Perdí una clase de la universidad —sonrió reclamando.

—¿No puedes un día dejar la seriedad? Solo hoy; tu futuro no acaba porque salgas conmigo o faltes a una clase, ¿sí?

—No me convencerás. Soy terca.

La calle del hospital estaba cerrada y cercada por la policía de la ciudad.

Se preparó un gran escenario. Las autoridades del hospital y Arlan estarían en el podio, mientras ella se sentaría con los invitados.

Bajaron del automóvil y entraron a una carpa preparada para la organización del evento.

Susan respiró nerviosa, mientras Arlan estrujaba las manos de la gente como si hubiera nacido para ello. Comentaba y felicitaba a la gente que estaba a su alrededor.

Sabían que asistiría una gran afluencia de personas para ver al regenerado miembro de la realeza y la causante de ese cambio.

—Señorita Culligan, acompáñame —pidió el secretario, llevándola fuera de la carpa para sentarse junto a los invitados—. En la tercera fila, el segundo asiento del lado derecho es el suyo.

—Gracias...

Las miradas hacia una elegante, esbelta y hermosa Susan no dejaban de llegar. Sonrió para los presentes que querían saludarla y se sentó con la mirada agachada, no deseaba tanta atención.

Una voz indicó que todo iniciaría. Habló primeramente sobre los años que llevaba en funcionamiento y los cambios que se habían hecho. Después de unos quince minutos le cedió la palabra a Arlan, que estaba regio, sentado mirando a la multitud.

Le había dirigido una gran cantidad de sus coquetas miradas a Susan, y ella le entregaba tímidas sonrisas.

—Para la reinauguración, está aquí Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast.

Se escucharon los aplausos, y él se colocó en el estrado.

—Buenos días, damas y caballeros, es un honor estar hoy aquí, para entregarles un renovado hospital, uno vanguardista, gracias a la entidad benéfica Princesa Amalia, precedida por los miembros de la nobleza de Westland...

Para ella no era lo mismo acudir a un evento así, que verlo en la televisión. Toda su vida lo había visto a través de las pantallas, muy lejos de la verdadera acción.

Después de acabar con todo el acto público, que duró más de dos horas, estaban exhaustos.

Visitaron las nuevas instalaciones del enorme hospital; Susan solo los seguía mientras Arlan hablaba con los directivos.

Le sacaban fotos a él, pero más a ella, que se sentía cohibida. Estaba poniéndose muy incómoda, momento en que sintió una mano en su cintura.

—Es momento de irnos, Mina tiene algo delicioso para nosotros —le susurró al oído y ella sonrió.

Aquella fotografía cómplice quedó para la posteridad. Estaban seguros de que encabezarían todos los titulares.

Una vez en el automóvil, alejados del bullicio, ella se sacó los zapatos y el tocado.

—Me siento morir...

—Yo al menos estoy cómodo. Mina tiene un gusto increíble para la ropa. — Se acercó aún más a ella para besarla, y esta vez pudo lograrlo.

—¡Me haces cosquillas! —se carcajeó Susan al sentir que los labios de Arlan iban a su oreja.

—Esa es la idea... —respiró cerca de su cuello.

El chófer decidió levantar nuevamente la divisoria de tan escandalosa escena.

—Aquí casi choco tu automóvil —confesó mirando el edificio antes de ir al estacionamiento.

—Suponía que fuiste tú antes que lo confesaras; no sabes cuánto cuesta un faro de ese vehículo.

Les abrieron la puerta y ellos bajaron sonriendo del vehículo hasta llegar al ascensor.

Estaban solos. Arlan la miró sonriendo y se acercó a ella, apretujándola contra el metal.

—No me gustan los lugares donde no puedo besarte, Susan...

—Entonces no te agrada ningún lugar —bromeó nerviosa, sintiendo todo el cuerpo de él pegado al suyo.

—Aquí estamos solos. —Tomó su mentón. Apasionado y hambriento devoró su boca con devoción que ella correspondía.

Entre ellos había nacido más que un simple castigo impuesto, sino una fuerte atracción y el comienzo de un sentimiento muy parecido al amor.

Capítulo 26

Sonreía entre cada beso apasionado que Arlan le daba, hasta escuchar que la puerta se abría para dejarlos pasar.

Tomados de la mano fueron por el pasillo hasta la puerta de Arlan.

—Conocerás mi espacio personal —indicó él girando la llave, indicándole que pasara a mirar.

Nada podía impresionarla más que el palacio del rey, era cierto, pero aquel lugar era maravilloso, bastante masculino para su gusto.

—Es hermoso... —murmuró pasando a la sala, y luego dirigiendo sus ojos a la cocina—. ¿Y Mina?

—Mina no está. —Sonrió con picardía tomándola de la cintura para atraerla a su figura—. Le pedí que nos dejará algo preparado y lo calentábamos.

Ella sintió los labios de Arlan en su cuello, emitiendo un leve gemido por la sensación que la recorría. Su piel se había puesto de gallina, y su cuerpo tan lánguido como un spaghetti.

Era un cóctel de sensaciones extraordinarias. Ella conocía perfectamente las implicaciones de tener ese tipo de relacionamiento con un hombre a solas.

Desde que estaban juntos no se había tomado las libertades que siempre se había tomado con muchas mujeres. Eran como novios de escuela, solo besos y tomarse de la mano.

Sin duda, a medida que avanzaba su relación, más sentía deseos por Susan. Solía observar su trasero a través del jeans, y el escote de su blusa.

Susan ni siquiera sospechaba que ese vestido de catálogo lo había recogido junto con Mina para ver cómo le quedaría, y era como lo había imaginado: perfecto.

Con la acuciante necesidad de abarcar más, él fue acariciando su espalda, para luego bajar hasta su trasero y acariciarlo sin malicia, como deseaba hacerlo.

Era placentero sentir como las manos de Arlan la acariciaban, recorrían y dibujaban un camino por su figura.

Él la acercó hasta el sofá de su sala y se recostó sobre ella, intentando meter sus manos bajo el vestido entallado.

—¿Podemos abrirte el vestido? —preguntó respirando agitado.

—¿Para qué? —respondió agitada.

—Para que podamos estar juntos, ya sabes —dijo con picardía y se dispuso a besar su cuello hasta casi hacer perder la consciencia a Susan.

Los besos de Arlan iban abriendo camino hacia lo que creía era una locura, pero él despertaba una extraña pasión en ella. Como él la deseaba, ella también lo hacía.

Dejó que él tuviera acceso al cierre de su vestido. Debajo solo estaban pequeños trapos y su piel blanca.

Le sacó el vestido, y pudo casi desnudarla completamente con una mirada. Arlan se alejó un poco y fue desvestiéndose. Lo suyo llevaría más tiempo pues tenía traje.

Se apresuró a quedar en bóxer, y colocarse otra vez sobre ella.

Aquel roce, piel con piel, se convirtió en una llama que debían apagar. Ella podía sentir a la serpiente queriendo entrar a la cueva. Era excitante y placentero sentir el roce de interés evidente en consumir esa acción.

En un momento sintió que perdió su prenda inferior, y Arlan se pegó más a su abdomen, clavándola con su intimidad.

Deseaba probar con Arlan lo que era el sexo, solo tenía que relajarse y nada más.

Él la vio respirando agitada con los ojos cerrados, esperando a que hiciera lo que debía. Sentía su temblor bajo su cuerpo, era extraño. Ninguna mujer con la que había estado antes parecía sentir miedo, salvo Susan. Podía ser miedo o tal vez la anticipación al acto, debía probarlo.

—Susan... —habló como pidiéndole que abriera sus ojos—. ¿Todo bien?

Ella no habló y asintió simplemente abriendo los ojos.

«Ten valor Susan», se dijo antes de sentir aquella dura entrada de Arlan que la hizo saltar empujándolo lejos.

Un sollozo por el dolor escapó de ella mientras se tapaba la entrepierna para que él no la mirara.

—¿Estás bien? —se acercó asustado a ella.

Susan negó con la cabeza.

—¿Fui muy bruto? Pensé que lo estaba haciendo bien. Suponiendo que tuvieras experiencia. ¿La tienes?

—No... No la tengo —pronunció apenas mientras lagrimeaba.

Arlan miró a los lados, molesto. ¿Cómo no le dijo que era virgen?

—Pensé que la tenías, lo siento. ¿Por qué no hablaste, Susan? —cuestionó sentándose en la alfombra, estirándola junto a él.

Miró sus manos y tapó su intimidad, y vio que tenía aquellas mismas manchas oscuras que le había dejado Charles. Debía tener algún problema si gustándole sentía tanto o más dolor sin que le gustara.

Guardó compostura y dejó que Arlan la confortara.

—Yo en realidad sí quería hacerlo, pero siento mucho dolor. ¿No te ofende si probamos en otra ocasión? —preguntó abrazada a él.

—Me encantaría hacerte mil cosas, pero si no estás lista, simplemente lo dejamos para cuando lo estés. Tú dirás cuándo. —Le sonrió dejando un beso en su cabeza.

Quedaron un buen rato abrazados, cada uno perdido en sus pensamientos. Arlan pensó en su brutalidad, mientras Susan pensaba en que tenía un serio problema con el dolor. No dejaba de comparar ambos dolores, y tampoco

dejaba de hacerlo con la cantidad de tiempo que conocía a Arlan. Con Charles estuvo de novia por dos años y nunca sintió aquella terrible atracción y deseo que sentía al estar cerca de Arlan. La hicieron firmar un contrato para estar a su lado, y nada la ponía más feliz que haber firmado y poder conocerlo.

Arlan Wilburg-Berger era tan divertido y a la vez serio cuando hablaba de la naviera de su madre; tenía muchos planes para ese lugar cuando dejara de ser duque.

Esa idea lo tenía más que feliz y a ella la aliviaba pensar que podrían ser una pareja normal, sin contratos, sin paparazi, sin normas y sin restricciones.

—¿Quieres comer? —consultó levantándose de su lado para colocarse sus prendas.

Ella le dio una mirada fugaz para evitar pecar de mirona.

Fue hacia la heladera, sacó algunos cortes cocinados para calentar, una salsa extraña y del estante tomó un paquete de algo que al parecer eran nachos. Metió los cortes de carne al microondas y volvió junto a ella con un bol, la salsa y el paquete.

Rompió el paquete, volcó el contenido, que si eran nachos, y la miró.

—Creo que Mina olvidó dejar el cheddar...

Ella se colocó la ropa lo mejor que pudo, y metió uno de los nachos en el ketchup.

—Iré al baño, si puedes decirme dónde está y luego te acompañaré a comer... —masticó.

—Es por ese pasillo, a la derecha, ya sabes —bromeó y se acomodó en el suelo.

Fue caminando con una trémula sonrisa por donde le indicó.

Encontró la puerta y pasó a orinar. Al levantarse pudo notar el color rojizo en el inodoro. Charles seguía en su mente. Le producía rabia sentir que podría haber sido ser diferente con Arlan si aquel exnovio no la tocaba

Se sacudió la cabeza, apretó la cisterna y se miró al espejo, tan solo para pensar en Arlan. Poco a poco se iba entusiasmando con sus planes de dejar de

ser duque. Cuando eso ocurriera, ya no habría miedos de colocar sus esperanzas en él y en que durara más que un año lo que tenían.

Una semana después...

El príncipe Robert había retornado a Westland junto con su esposa. Arlan fue llamado para conocer las buenas nuevas sobre la pareja que volvía. Casi podía festejar que renunciaría al ducado y estaría con Susan como novios comunes. A nadie le importaba la vida de la gente común.

Llegó animado y con una gran sonrisa en el rostro. Tomó el teléfono y llamó a Susan.

—A que no adivinas dónde estoy... —mencionó Arlan.

—*¿Olvidas saludar? Hola, Arlan...* —Rio con coquetería del otro lado—. *No puedo siquiera imaginar por dónde estás.*

—Robert volvió anoche y he recibido la comunicación para acudir al palacio. Creo que ya hay un heredero en camino. Es mi oportunidad de dejar en claro mi deseo de no pertenecer a la familia real. No puedo deshacerme del apellido, pero sí salir de la línea de sucesión y renunciando a todo.

—*¡Es genial!* —chilló emocionada.

—Seré un hombre normal. Tómate unas copas por mí —pidió.

—*Lo haré, desayunaré alcohol...*

—¿Sabes lo que significa?

—*Sí, que seremos novios normales.*

—No. Significa que no nos atará un contrato, sino las ganas de estar juntos.

—*Eso sería magnífico...* —aseguró suspirando del otro lado.

Arlan levantó la vista del suelo de la sala de espera donde estaba dando vueltas para entrar a reunirse con su familia y vio al secretario.

—Debo de colgar, llegó el momento —se despidió—. Un beso, te llamo al

acabar.

—*Otro para ti. Adiós.* —Colgó Susan.

Entró al gran salón donde su tío estaba en su silla de ruedas con todos los equipos médicos alrededor, su tía, su madre, Robert y su esposa, y el secretario.

—Robert. —Abrazó Arlan a su primo y le palmeó la espalda.

Pudo divisar que tenía un análisis clínico en la mano.

—Queríamos hablar contigo sobre la línea de sucesión al trono —tomó la palabra el rey.

—Yo también quería hablar sobre eso, tío. Imagino que las noticias que trae Robert son excelentes y ya no necesitarán de mí... Quisiera que se me concediera abandonar el título y todo lo que...

—No. —Lo cortó el rey en su pedido antes de continuar.

—Si Robert será padre, yo no tengo nada que hacer aquí, quiero ser uno más... —reclamó.

—Siento frustrar tus planes, Arlan —mencionó Robert pasándole los análisis.

Arlan los tomó y no comprendió.

—No entiendo, no soy doctor. —Se lo devolvió enojado.

—Lo que dice ahí es muy simple: Robert no puede tener hijos... —contó el rey, haciendo que el techo del palacio se derrumbara en la cabeza de Arlan—; no puedes renunciar. Eres el único que puede continuar con nuestro nombre y nuestro legado.

Capítulo 27

Una carcajada nerviosa escapó de él con rapidez. Aquello debía ser la más cruel mentira de todas. Mientras reía, nadie lo hacía con él, por lo que era muy probable que esa información fuera en parte cierta.

—Es mentira, ¿verdad? No puede ser cierto. ¡Eres un semental, Robert! — lo señaló con ambos brazos.

—Es la verdad. Estuvimos intentándolo todos estos meses hasta que decidimos hacernos las pruebas —contó Robert con seriedad—. Ella no tiene problemas, soy yo.

—Les donaré mis soldaditos y asunto arreglado. No tenemos por qué llegar a los extremos de que todo depende de mí.

—También temo que todo dependa de ti, Arlan. El futuro de la monarquía, tu país y tu familia dependen únicamente de ti ahora —mencionó el rey—. He decidido confiar en ti, ya que me encuentro postrado en la cama con poco tiempo de vida. Tu primo ha decidido renunciar a sus derechos en tu favor, por lo que el título de príncipe de Westland será tuyo.

—¡No, no, no, no y no! —exclamó—. No estoy listo. Aún soy aquel joven borracho de siempre, no he cambiado. Consumo drogas y... ¡No seré un buen rey! —continuó negándose casi con desesperación.

—Lo siento, querido. Sé que querías ser un hombre común, pero ahora tienes la responsabilidad de un país en tu espalda. —Su madre tocó su espalda con una caricia—. Te deberás a ellos y ya no a ti...

Él miró a su madre con el ceño arrugado.

—¿Qué hay de lo que deseo? ¿Qué hay de mis planes personales con Susan? Te lo dije todo, quiero ser el dueño de mi vida...

—Tu relación con Susan Culligan la podremos discutir después. Se anunciará tu nombramiento mañana por la mañana. Cambiará tu escudo de armas y pasarás a ser el segundo y único en la línea de sucesión al trono.

—¿Y qué hay de tu hija, tío?!

—Solo los varones pueden acceder al trono. Así está establecido.

—¿No podríamos ver algún recurso legal? —insistió.

—Es una monarquía constitucional. Dependemos del parlamento. Si ven una crisis dentro de la monarquía, los democráticos querrán nuestra desaparición. Debemos mantenernos fuertes. Tenemos gran porcentaje de aceptación entre el pueblo. Eso nos sigue avalando para mantener este reinado.

—¿No quieren pensar en la donación de esperma? Les juro que será un Wilburg-Berger el que estará en el trono ¡Pero no yo, por favor se los ruego! —pidió encarecidamente—. Piensen en esa opción, firmaré lo que gusten, pero no quiero ser rey.

—Eso sería engañar al país completo, Arlan... —replicó su primo.

—Tú eres un líder, Robert. Por favor, no dejes este país y esta carga en mis manos.

—Lo siento, no puedo hacer nada por ti. Hasta dónde puedo ayudarte es a saber todas tus responsabilidades y cómo comportarte.

—¿Y cuál se supone que es mi primera responsabilidad? ¿Buscar una mujer para tener pequeños rufianes Wilburg-Berger? —se mofó frente al rey.

Arlan estaba furioso. No quería saber nada de aquello. Su familia podría irse por la coladera. Él quería ser libre.

—Será una de ellas en el futuro, pero por el momento, me preocupa que no aceptes preceder a esta familia, Arlan —manifestó su tío—. Pero no tienes otra opción, ni nosotros tenemos otra. No desearía que tú con todos aquellos antecedentes vergonzosos te conviertas en rey. Sin embargo, estás

demostrando ser un hombre serio que cuenta con la aprobación del pueblo. Tu popularidad va en ascenso y estarán más que felices de que tú seas el futuro rey.

Arlan negó con la cabeza y se dirigió a la salida.

Se sentía mortificado. Ser el heredero al trono era el peor castigo para alguien con su alma libre. Cuando había encontrado a la persona que reavivó sus ganas de volar, sucede ese horrible golpe a sus planes del futuro.

Temía por su floreciente enamoramiento de Susan. Que quisieran elegir la mujer que lo acompañaría por el resto de su vida. «Resto de su vida» sonaba horrible. Estar de por vida con alguien a quien no querría era el peor castigo de todos, estaba seguro. Susan en cambio era el mejor de todos. No existía cosa más maravillosa que verla con sus converse rojos, la remera azul que le cubría las nalgas y la calza negra que marcaba su figura.

Su compañía era especial. Comer chocolates a su lado era como hacer magia. No estaba dispuesto a perderlo todo.

Subió a su Porsche y se dirigió a la salida, pero los guardias no abrieron el portón.

—¿Qué sucede? —cuestionó molesto.

—Son órdenes del secretario que no lo dejemos salir —alegó uno de los guardias.

—¡Y yo soy el duque, les ordeno que me abran!

—No está permitido, Excelencia.

Bajó del vehículo y fue directamente hacia las cámaras de seguridad. Se colocó enfrente y voceó.

—¡Pido mi libertad, quiero irme a mi casa y sé que me están escuchando! ¡Cuando sea rey, como ustedes desean, los echaré a todos de aquí, empezando por el secretario si no me dejan salir ahora mismo!

Dentro del castillo, el secretario giró la cámara hacia el rey. Arlan escupió por la cámara.

—Déjenlo salir —ordenó Robert—. Yo lo convenceré; está muy exaltado y

no piensa bien en esos momentos de tensión.

—¿Este será nuestro rey? —cuestionó el propio rey al ver la saliva descender por la cámara—. Qué desgracia. Hagan lo que dice Robert y que se vaya, por hoy ha sido suficiente de su rostro.

El secretario encendió el micrófono, y desde afuera se podía escuchar:

—Déjenlo salir...

—Gracias —gruñó Arlan entrando a su vehículo para ir a toda velocidad.

Iría junto a Susan para buscar consuelo y refugio. Un consejo, una palabra, afecto y amor, era todo lo que necesitaba, y eso solo podía dárselo ella: la tontuela de las converse.

Mientras tanto en casa de Susan, ella recorría la habitación nerviosa esperando un mensaje de Arlan. Uno que fuera positivo y que permitiera que fueran libres en todos los sentidos. Quería colgarse por su cuello en un centro comercial, quería tomar su mano y besarlo en un parque. No era descabellado. Además, él deseaba hacerlo.

En ese corto tiempo habían aprendido a complementarse. Arlan tenía sus luces, la ayudó como si nada con su trabajo de la universidad. Era un excelente lector y había enamorado a sus padres y a Dalma.

Dalma no era muy difícil de enamorar; Arlan solo se sentó dos veces a jugar videojuegos y ella había quedado prendada. La escuchaba cada noche arrepentirse por no ser mayor para casarse con él. ¡Su hermana quería robarle el novio!

Escuchó el chillido de unas cubiertas y se asomó a mirar quien frenaba bruscamente.

—¿Arlan? —cuestionó mirando el Porsche.

Ella corrió para recibirlo. Al bajar del automóvil, él no tenía el rostro que imaginaba tener cuando hablara con el rey.

Tocó el timbre, y ella le abrió la puerta.

—¿Qué sucedió? —indagó ella al verlo.

—¿Quiénes están?

—Mamá y yo. Dalma está por regresar de estudiar.

—Creo que será el tiempo suficiente...

—Buen día, ¿se le olvidaron los frenos? —saludó la señora Culligan.

—Casi. —Sonrió un poco nervioso.

—Mamá, Arlan y yo nos quedaremos aquí.

—Entiendo. Nadie los molestará, estaré cocinando. ¿Quieren algo?

—No, gracias —replicó Arlan.

La madre de Susan se fue a la cocina, y ella tomó la mano de Arlan para llevarlo a que se sentara.

—Ahora, échalo —ordenó ella.

—Nada salió como lo esperaba. No aceptaron que dejara todo...

—¿Por qué? Es ridículo. ¿Qué te dijeron para que estés así, tan triste? — cuestionó sintiéndose molesta al verlo así.

—Robert no puede tener hijos. ¿Qué hago, Susan? ¿Servir a este país o dejar que la monarquía se extinga con el último rey?

—¿Qué...? —apenas articuló—. ¿No era que...? ¿Eso significa que serás príncipe?

—Me temo que no tengo opción si acepto eso. No quiero hacerlo, las obligaciones no deberían ser mayores a mis aspiraciones personales, Susan.

—Pero... Piensa que siendo un príncipe puede ayudar a muchas personas. Que no serás una simple figura con apellido, sino que utilizarás tu influencia para el bien común. ¿Qué puede ser más importante que el bien de los demás? No seas egoísta, Arlan.

—Es que no entiendes, Susan. Mi única aspiración personal es una plebeya; no quiero ayudar a otros, solo quería algo sencillo, hacer lo que hacen los demás sin estar en las revistas. Creo que comprendes mi frustración. Sé que eres como un panal de miel con la gente, pero yo no tengo tu mismo ánimo de hacer el bien. Soy egoísta, y un rey no debe serlo. Por eso me declaro no apto para la monarquía.

Susan no era tonta; podía ver la preocupación en sus ojos. Si él estaba

preocupado, era porque temía a algo y creía saber qué cosa era: las plebeyas no se casaban con príncipes.

Capítulo 28

Ambos habían notado que compatibilizan muy bien, pero siempre había algo que aunque estaban juntos, los separaba y eso era la prensa.

Implícitamente, ambos deseaban que eso desapareciera. No para contarse sus sentimientos, porque no lo habían hecho. Era todo muy reciente para gritarle a los cuatro vientos que se amaban con locura.

Susan era muy centrada, a pesar de sus desvíos pasados para entrar a la boda del príncipe Robert, y Arlan demostró ser mucho más que solo una cara bonita y un bolsillo abultado. Era un ser lleno de sentimientos, pensamientos y sueños.

Le contó a Susan que había dejado de ser vacío únicamente porque se había visto forzado a iniciar su vida en otro país, y no vivían en función de lo que él era. Se sintió común y con una inimaginable libertad. No debía esconder su rostro para que no lo vieran saliendo o entrando a un lugar.

En Estados Unidos hizo trabajo social mientras estudiaba su maestría. Le había agradado, pero no era algo que quisiera hacer toda su vida.

Él, al igual que ella, creía que cada persona tenía una vocación ideal. Susan estaba más dada a los demás, mientras él estaba más pendiente de un crecimiento económico de la naviera de su madre. Extender aquello a otros países. Era algo muy ambicioso.

Arlan era emprendedor, pero aquel hecho de convertirse en rey lo frustraba. Por sus ojos se podía notar cuanto lo aborrecía.

Ella debía encargarse de que viera el hecho de ser príncipe como algo bueno, aunque ella tampoco le encontrara lo bueno por ningún lugar. La cuestión era mentir y que ella también se creyera la mentira, lo llamaba «Mentir con convicción»

—Serás el hombre más poderoso de Westland... —habló de entrada, y sintió que eso no era lo que debía decir por la forma en la que él la observaba—. ¡Ok, abordé mal esto!

—Eres graciosa, Susi —tomó su brazo y la estiró hacia él para que se sentara en su regazo—. En los peores momentos eres capaz de sacarme una sonrisa. No tienes nada que decirme, porque tampoco sabes qué decir.

—Solo sé que en manos de los Wilburg-Berger, nosotros estamos bien —se abrazó a su cuello, cariñosa—. De nuestra relación será lo que debe ser. Solo tenemos meses juntos y pese a que somos maravillosos juntos, ¡lo admito!, ¿sí?, no significa que seamos el uno para el otro.

—¿Debo pensar que te gustan más los duques que los príncipes? —bromeó sonriente—. Tienes ese pensamiento que todo acabará cuando me convierta en príncipe.

—No he dicho eso, pero las plebeyas no se casan con príncipes, y soy consciente.

—Si te llegarás a enamorar de mí, como yo lo estoy de ti, con locura, por cierto —comentó natural—, ¿me dejarías por ser un príncipe y tu una simple y mortal plebeya? Tengo una debilidad por la mujer más bella de este país. Recuerda que soy un simple hombre, Susi.

Se quedó mirándolo fijamente. ¿Había escuchado mal, o dijo que estaba enamorado con locura de ella? ¡Estaba enamorado! Tenía ganas de decir: «Aquí me tienes a tus pies, Su Alteza Real, te pertenezco y me tienes loca de amor», pero ahí entraba la Susan aguafiestas, la racionalidad, la cuidadosa, la que todo lo arruinaba. Tal como el rey había podido arreglar un noviazgo inexistente entre ellos, hasta llevarlos a enamorarse, bien podía hacer que se odiaran a muerte. Entonces la Susan prudente debía decir: «No puedo confesar

mis sentimientos por ti, Su Alteza Real, porque soy una real cobarde para enfrentar al rey y ganarme tu amor y ser tu princesa». ¡Dios, qué debate interno! Tenía que decir algo, y algo que no fuera esperanzador.

—También me tienes enamorada, y no solo a mí. Temo que Dalma se arroje a tus pies e intente conquistarte... —Arrugó su boca al terminar de decirlo; fue un error. Perdió la conexión boca-cerebro ¿Qué sucedió con todo lo que había reflexionado anteriormente? ¿Qué hizo con todo ese derroche de razonamiento?

—¿Entonces crees que hay un futuro después de nuestro contrato? Puede que en el futuro lo que firmemos sea aquel papel que diga: «Felices por siempre». Después de escucharte decir esto, Susan, solo sé que sin ti no podría tomar la decisión. Es arriesgado, la realeza tiene mañas que tú no conoces...

—¿Lo dices en serio? ¡El rey me obligó a permanecer contigo! Creo poder comprender que existe más maldad dentro del generoso corazón del rey. Aunque aún no me arrepentí de haber sido obligada. Lo único que pesa es no tener libertad.

—Pájaros sin alas al alcance de los depredadores es lo que somos, Susan. Hermosas plumas, pero no sirven para volar —reconoció besándola.

Odiaba sus frases melancólicas con mucha razón. De nuevo entraría en el fangoso terreno de la comparación. ¿A quién le interesaba su antigua relación con Charles? ¡A nadie! Y ¿a quiénes les interesaba su relación con Arlan? ¡A todos los chismosos sin vida propia!

Debería dejar de reflexionarlo y decirle: «Renuncia a todo, mándalos a volar, yo estoy contigo», pero no sabía cuánto duraría o si la relación era pasajera, de amistad, de afecto, de pasión o de verdadero amor. En cambio, la familia real había existido por generaciones, y habían sido buenos. Era la lucha entre lo que deseaba hacer y lo que debía hacer.

—Te apoyaré en el camino que tomes. Si tomas la responsabilidad del principado, pues estaré contigo y, si decides emprender vuelo, iré contigo. Todo es incierto, pero quiero saber qué existe después de este año para

nosotros.

—Tengo más apoyo solo de tu lado que de cualquier otro...

Por la mañana, el comunicado del palacio hacía referencia a la abdicación del príncipe Robert, en favor de Arlan Wilburg-Berger.

De cierta forma estaban conmocionados. La única explicación que dieron fue: «El príncipe Robert desea vivir alejado de la realeza».

—¡Susan, seremos princesas! —La despertó su hermana arrojándose sobre su estómago mientras ella dormía.

—¡Mamá, dame las malditas llaves de mi habitación! ¡Ya no tengo doce años! —gruñó empujando a Dalma.

Su hermana encendió el televisor para que Susan pudiera ver las noticias.

—Este año la realeza de nuestro país ha demostrado que está con varios cambios. Desde consentir la relación de uno de sus miembros con una plebeya, hasta permitir que el heredero abdique en favor de su primo, un primo que por cierto ha conquistado a las masas por ser la oveja negra de la familia y quebrantar al rey por sus ideales.

—Creo que el duque ha sido influenciado por su exilio de Westland años atrás, y ahora por la joven que impone tendencia. ¿Quién no ha visto más besos furtivos? Ellos hacen creer que el amor entre clases diferentes existe, pero ya no hablamos de alguien que estaría lejos de heredar el trono. Estamos en este momento viendo al segundo en la línea de sucesión. Con la enfermedad del rey y la abdicación del príncipe Robert, veo muy difícil que la plebeya Susan siga siendo la misma, y más si piensa escalar para ser princesa.

—Tienes razón, se vienen las restricciones...

Susan se levantó de la cama y apagó la televisión rápidamente. Había escuchado suficiente de esa estupidez. Su buen sábado debía pasarla bien y también que Arlan lo hiciera.

—Debemos ir de compras, Dalma.

—Yo no quiero ir. Ahora que tienes automóvil sabes que te envían a ti — dijo Dalma desde la puerta—, debes prepararte que vas tarde, princesa...

Ella tomó una zapatilla se la arrojó a su hermana, solo que ella se fue corriendo.

Tendría un día muy pesado. Era el primer día en que sí temía salir a las calles. Asomó la cabeza por la ventana y todo estaba perfecto; nadie pisando las flores del jardín.

Respiró y se aseó para salir. Iría a la tienda como siempre, jeans, remera y converse. Nada de cosas extravagantes.

Desayunó y su madre le dio la lista de compras. Parecía un papel higiénico de treinta metros.

—¿Todo esto?! ¡Dalma, acompáñame! —llamó a su hermana—. No quiero ir sola.

—¿Si voy prometes no golpear a tu leal súbdita, princesa?

—Se queda, mamá, voy sola —bramó molesta y salió hasta el garaje para sacar el automóvil.

Dalma cada día estaba más insoportable. Si sus padres no la corregían, ella lo haría con sus botas de punta aguja.

Su celular estaba sonando, y no paraba de hacerlo.

—Si no contesto es porque no puedo ¡Cuánta insistencia! —gruñó tomándolo con rabia mientras manejaba—. ¡¿Hola?! —contestó.

—*No serás princesa...* —declaró una voz detrás que la dejó fría.

—¿Quién habla? ¿Charles? Si eres tú, eres un demente, déjame en paz...

—*No serás princesa, Susan... Observa tu retrovisor...*

Ella lo hizo, pero nadie estaba detrás, aquello era una broma. Decidió estacionar para continuar su «charla».

—*Siempre prudente, Susan* —rio detrás Charles que había dejado de fingir otra voz—. *Estoy contigo siempre, aunque tú no puedas verme.*

—Basta de esto, Charles. Pensé que lo habías comprendido —habló cansina.

—Te diré algo trillado, pero cierto: si no estás conmigo, difícilmente estarás con alguien. Puedo hundirte, Susan. Inventar cosas sobre ti. Eres mediática. La fama a veces es una debilidad... Puede que todos quieran saber que tu cuento de hadas es solo una mentira y que la ambición de una plebeya no tiene límites, por eso abandonaste a tu pobre novio, Charles...

—¡Es que no te cansas! Yo sí estoy cansada, adiós... —Colgó y tiró su celular en el asiento.

—No serás princesa, lo he dicho —murmuró Charles guardando su celular en el bolsillo para dejar de seguir a Susan.

Capítulo 29

En su departamento, Arlan recibía una de esas notificaciones que nadie quería recibir.

—«La residencia oficial del príncipe es el Palacio... Debes...». ¡Bla, bla, bla! —Arrugó la nota y jugó a ser jugador de básquet, arrojó el papel directo al tacho de basura—. ¡Punto para mí!

—Arlan, deja de ser como un niño. Debes ir al Palacio —intentaba convencerlo Mina.

—No quiero ir, no quiero saber lo que me espera. Aún estoy a tiempo de ir a la Bahamas con Robert...

—Él no irá a las Bahamas.

—Lo dije por envidia, con sarcasmo... ¡Yo era el que debía estar en las Bahamas si Dios hubiera sido generoso con él! —respiró molesto—. ¿Y si siembro la cizaña de que yo podría ser estéril?

—No dudes que te harán pruebas.

—Pues me las haré con la esperanza de... Ir a las Bahamas.

Quería la libertad que tendría Robert. Necesitaba de eso que él perdería, aunque mejor dicho, nunca había tenido libertad.

Tomó sus llaves y salió. Olvidó darle los buenos días a Susan con una llamada, pero se lo escribiría en un mensaje. Se sentó en el automóvil y tecleó veloz.

Durante el camino, solo podía pensar que estaba metido en un lío. Era un

irresponsable de raza y lo convertirían en rey. Debía procurar que su tío viviera eternamente porque sería un desastre descomunal.

También pensaba en que había envuelto a Susan aún más en su capricho de quebrantar a su tío, pero sucedió lo que hipotéticamente le había dicho a su tío: enamorarse de Susan.

Su tío tenía la intención de que se separan al terminar el contrato, pero estaba seguro de que haría todo lo posible para que eso fuera lo más pronto que se pudiera.

Al llegar al palacio, la gente estaba afuera del lugar rodeándolo. Saludó desde el volante con predisposición. Aquel sería su pueblo; no podía ponerse grosero.

Le abrieron los portones y pasó. Esperaba que al menos sintiera un poco de paz con su decisión. Todo estaría bien si no se metían con Susan.

—Su Alteza Real, buen día —saludó el secretario—. El rey está indispuerto; junto con el príncipe Robert le indicaremos sus funciones.

—De acuerdo.

—Pasaron al despacho del secretario, donde Robert ya estaba sentado mirando unas cosas sobre el escritorio.

—Robert —saludó Arlan acercándose a su primo.

—¿Cómo estás? Tienes mala cara —opinó Robert observándolo fijo al rostro.

—Dormí bien, solo que hay decisiones que no me ponen feliz.

—Tú debes estar tranquilo. Me enseñaron esto desde que nací y tú podrás sobrellevarlo bien.

—Tú te ves muy feliz por dejar la línea de sucesión... —comentó Arlan achicando los ojos.

—¿Quién no lo estaría?

—Gracias por lo que me toca. Oye, Robert, nadie tiene que enterarse si yo te doy uno que otro soldadito. Sería un Wilburg-Berger, nadie lo notará. No reclamaré nada y me dejan ser libre...

—Es un poco tarde, primo. Sé un buen muchacho y comienza a leer este legajo en primer lugar.

El secretario se sentó frente a su escritorio y siguió rebuscándose más papeles.

Arlan sentía que aquella gran cantidad de normas y reglas se transformaban en letras asesinas que viajaban veloz para impactarlo en la cara. Mientras seguía leyendo, vio un horrible párrafo que llamó su atención.

—«*Los príncipes y princesas de Westland tienen la edad tope de matrimonio equivalente a treinta años*» —leyó en voz alta—. Es ridículo, quiten esto. Estoy a un año y un poco más de eso.

—Es un requisito; por eso me casé —lamentó Robert.

—Yo no lo haré, quítenlo. Me parece ridículo que en pleno siglo XXI tengamos que vivir así.

—Tú vivirás así, porque son las normas —aseguró su primo.

—Bien. ¿Qué ridiculez más debo leer? —tomó otro legajo y lo abrió.

Aquel probablemente fuera peor que el anterior.

—«Sobre las apariciones públicas. Los príncipes y princesas de Westland deberán ostentar su posición sobre el resto. No deberán ser objetos de burla pública, ni ser colocados en diferentes medios por acciones contra la corona, opiniones religiosas, políticas, éticas, étnicas, y otras. No deberán desarrollar simpatía por partidos políticos, deportes o actividades que salgan del entorno íntimo de la familia real...» —citó con cierta lógica lo que decía aquel párrafo. Era muy obvio que ellos no podían tener inclinaciones políticas. Eran la monarquía.

Al terminar de echar un vistazo a ese legajo, tomó la hoja que le pasaba el secretario. Robert miró con disimulo al secretario para que saliera.

—«Orden expresa del rey...» —leyó—. No sé por qué esto no huele bien.

—Tú solo lee, y luego opina.

—«El actual príncipe de Westland, Arlan Aston Wilburg-Berger, deberá reducir sus apariciones públicas en el plazo de seis meses con la señorita

Susan Esther Culligan Fairchild hasta la conclusión del contrato y liquidación de la señorita...». ¡Es ridículo! —Bramó arrugando el papel—. ¿Escuchaste lo que acabo de leer? ¡Liquidación! Habla de una liquidación, como si fuera que esto es un trabajo para Susan. Tenemos una relación de pareja. ¡Estamos enamorados, maldición!

—Sabes que ella es una plebeya. Nuestras costumbres lo prohíben. El enamoramiento es lo que menos importa en estos casos. Yo lo dejé todo por cumplir con mi deber y fue para nada.

—Susan ya lo suponía, pero nosotros iremos contra esta basura. Seguiré con ella como hasta ahora. ¿Qué hará mi tío? ¿Echarme de la realeza? ¿Me haría un gran favor! —se exaltó furibundo—. Quiero que todo se queme; hay cosas que van a cambiar aquí si yo seré el rey.

—No oses enfrentar a mi padre; hay pequeñas cosas que tú no sabes. Ahora soy libre, y podré hacer lo que quise, y eso será divorciarme, probablemente. No será un escándalo ni nada. Ya el rey no tiene con qué amenazarme... —aludió—. Pero a ti, te tiene en sus manos. La plebeya es una debilidad para el próximo rey, y las debilidades no tienen cabida para él.

—Si dicen que es malo ser débil, pues lo soy. Son pocos meses, pero son los mejores de mi vida y si de algo estoy seguro, es que voy a ganarle al rey de Westland.

—Eso está por verse, Arlan. No te confíes. Moribundo o no, él aún tiene poder...

Después que Arlan dejó el palacio, se le otorgó el castillo de Hardcrown en las afueras de la capital como residencia oficial.

El secretario entró a la habitación del rey donde descansaba con tranquilidad.

—¿Qué dijo? —le consultó al secretario.

—Esta fue su respuesta —le mostró el papel hecho un bollo por lo arrugado.

—Es tan joven y tonto. ¿Cómo se llamaba el hombre este... el que tenía

información de Susan? —cuestionó el rey.

—Charles Winston, es el hijo de los dueños de Winston company.

—Entonces nuestra plebeya no es tan inocente como creíamos. Siempre aspirando a algo más. ¿Qué debe desear ahora? Ser princesa y luego reina, imagino. Solo que eso no se le va a dar. Procúrale vía libre al muchacho para que vaya contando un poco de lo que sabe de ella, por supuesto sin afectar a Arlan. No quiero que él esté en boca de todos. Susan fue mi mayor error como rey; yo mismo la metí aquí, y de esa forma la sacaré.

—El príncipe está prendado por ella, es difícil separarlos.

—Habrá alguna forma. Estoy seguro de que aceptará mucho dinero para irse. ¿Quién despreciaría el dinero para tener libertad por quedarse en un mar de reglas? Arlan es mi sobrino y tendrá a una mujer que no sea ambiciosa, y esa solo puede ser alguien que ya tenga dinero.

Capítulo 30

Al salir del supermercado, miró a todas las direcciones. Se quedó un segundo a mirar y sintió que una mano la tocó en el hombro.

Sus signos de alerta se dispararon y se giró asustada.

—¡Oye, Susan, no soy un paparazi! —rio Cinthia al ver su rostro de susto.

Ella se tomó del pecho y le entregó una sonrisa nerviosa.

—Me asustaste —la acusó respirando agitada.

—¿Cómo van las cosas con nuestro nuevo príncipe?

—Muy bien, aunque... ¿Tienes mucho que comprar? Puedo acompañarte a la compra y luego nos vamos juntas... —propuso Susan por dos motivos: necesitaba hablar y estaría segura si estaba acompañada.

Susan llevó las compras al automóvil y luego volvió junto a su amiga. Contó sus aventuras, tanto como sus desventuras con el nuevo príncipe.

Describió a Arlan como era para ella: «perfecto a su manera». También habló de su desequilibrado y lunático exnovio, que no conocía la palabra resignación.

—Susan, es un demente, solo dile a Arlan. Es de la familia real. ¿Quién más que él para ayudarte? Ellos son intocables, y sus órdenes son órdenes. No importa lo rico que sea Charles.

—Me lo he cuestionado demasiado hasta el mareo. En verdad Arlan debe saber que ese hombre es un demente. No se lo decía porque no vi esta relación duradera. ¡Qué estoy diciendo! Es menos duradera que antes. ¿Viste a una

Susan casada con un príncipe?

—Pues... No... Pero eso no significa que yo no esté hablando con la futura reina consorte de Westland. Nuestro rey está enfermo, y el príncipe es su sucesor.

—No me metas ideas...

—¡Escucha! Si ambos se quieren, pues en el futuro quizás todo te salga a pedir de boca. Se convierten en esposos y gobiernan este país. El rey tiene un pie en el otro lado. Está en el más allá, más que en el más acá. ¿Comprendes? Siempre amaste la realeza. ¿Quién mejor que tú para ser la reina? —razonó su amiga con demasiado entusiasmo.

Lo que Susan tenía de animada también era proporcional a su nivel de razonamiento. Su cabeza le decía que Charles era un problema grave y mucho si aparecía después de enterarse que su novio se convertiría en heredero. Ella ni siquiera estaba comprometida. Era una chica que salía con un joven en los últimos tres meses, con quien intentó acostarse, pero no pudo hacerlo y no era por falta de deseo, sino por vergüenza y miedo. ¿Cómo explicaría que no tenía virginidad? Se sumía en la vergüenza y el asco al recordar cómo había sido. No se lo contaría; era tan sucio y sin sentido que no tenía forma de explicarlo sin caer en la duda de si le creerían.

Dejó a Cynthia en su casa y volvió a la suya con las compras. Entre todo el nerviosismo de la llamada de Charles y la compañía de su amiga, olvidó mirar su celular.

Tenía un mensaje de su príncipe.

ARLAN:

Buenos días, mi princesa, porque eso eres para mí. Espero verte por la noche.

Suspiró unos cuantos segundos. Con una sonrisa animada, se dispuso a responder.

Esperaba feliz a que fuera la noche para poder encontrarse. Pese a todos los

inconvenientes que podría tener un romance con un hombre importante, ellos eran casi normales. Solo que no podían hacer casi nada públicamente. Cualquier gesto cariñoso entre ambos se convertía luego en la comidilla de la sociedad.

Existía ese entusiasmo de querer tomarse las manos y darse un beso en la caja de un supermercado, pero nada de eso lo podían hacer. Ella no se sentía desilusionada, aunque sí deseosa de que Arlan fuera un chico normal.

Del Palacio, se llevó a sus casa muchas cosas que modificaría, y la primera sería colocar condiciones a su privacidad con Susan.

Estaba seguro de que eso la haría muy feliz. Ya no tendría que casi disfrazarse para salir de su casa, estacionar a varias cuadras de algún sitio y volver a cambiarse de prendas.

Susan era la reina del disfraz. En esos meses juntos, pese a que ella no era muy demostrativa por ser tan cauta con todo, sabía que se sentía divertida haciendo aquello, pero a la vez deseaba tirar todas las cámaras en un río y que se las llevaran las aguas.

Escuchó el tono de su celular, y miró el mensaje.

SUSAN:

Pensé que me dirías duquesa, ya que siempre te burlas de mí. De sapo a príncipe, quién lo diría... Voy a tu apartamento por la noche. Entraré como rata.

—Vaya princesa con ese vocabulario —sonrió—. ¡Mina, esta noche tendré compañía! —gritó desde su habitación para que lo oyera.

—¡Todo el edificio lo sabe, gritas muy fuerte! —respondió desde la cocina.

—Exagerada... —murmuró viendo dónde más podía modificar su privacidad y la de ella. Estaba en su derecho, pero lo más importante era

proteger a Susan.

Convirtieron a Susan en algo más importante que la propia corona; apoyaban a alguien del pueblo, a una plebeya. Desde la creación de la monarquía, ningún Wilburg-Berger se había casado con una plebeya y esperaban que él fuera la excepción.

La presión al ser duque era menor, pero al convertirse en príncipe, lo más probable era que tomaran a esa joven y la presionaran para que fuera algo que no era.

Le encantaba la naturalidad de Susan, pese a que no le contaba mucho sobre su vida. Seguramente era por la desconfianza de que tenían ese contrato. Qué Susan confesara un enamoramiento era algo muy grande para él, pues por primera vez se sentía correspondido en algo, por eso su empeño en no dejarla escapar.

Lo que había comenzado como uno de los más crueles castigos del rey para él como oveja negra, había terminado siendo la peor decisión para Su Majestad. La plebeya era más popular que todos ellos juntos.

Por la noche, Susan no pudo escapar de los fotógrafos que la vieron llegar al edificio de Arlan. No la estaban persiguiendo a ella, sino que estaban detrás de él.

Levantó una mano para saludarlos con una sonrisa para nada natural y pasó al estacionamiento. En aquel lugar no podían seguirla, ya era propiedad privada.

Estacionó el vehículo en uno de los lugares de Arlan y lo llamó.

—¡Hola, estoy aquí abajo! En un momento subo —anunció jocosa.

—*Pues yo ya estoy yendo a buscarte, probablemente nos encontremos en el ascensor...*

—Es perfecto. —Sonrió y cortó la llamada.

Susan colocó el celular en su cartera, bajó del automóvil y lo bloqueó.

Caminó con tranquilidad hacia el ascensor y se metió adentro.

Una mano evitó que el ascensor se moviera. La persona pasó y se colocó

junto a ella, que estaba buscando un pequeño presente que le compró a Arlan del supermercado.

—Buenas noches, recuerdo que cuando éramos novios, yo te visitaba... — escuchó la voz de Charles.

Dejó de buscar el presente y levantó la vista. No debía parecer asustada o intimidada. Había cámaras en aquel lugar. Estaba segura.

—Se nota que cualquiera puede entrar aquí —dijo sin mirarlo.

Charles paró el ascensor, y eso sí hizo que Susan se removiera en aquel lugar.

—Te recuerdo que tienes una orden de restricción, no puedes acercarte a mí. —Tomó su celular para hacer una llamada—. Voy a llamar al 911, aléjate...

—¿Crees que te estoy siguiendo? Pues voy a desilusionarte, princesa. Vivo aquí... ¿Qué le dirás al 911? Soy vecino de tu adorado novio desde hace unos meses.

Quiso acercarse para que el ascensor continuara su camino, pero Charles la aprisionó en sus brazos.

—Déjame, quiero paz Charles.

—Te van a hacer pedazos, Susan. Te lo advierto. El palacio no es un lugar para ti. Vuelvas a mí o no, sé que lo tuyo no va a durar.

Hizo un último esfuerzo, y colocó en marcha el ascensor y luego apretó el botón de un piso y bajó corriendo. Iba a tomarse las escaleras.

Se recostó por el barandal de la escalera para intentar calmarse.

—Susan...—la encontró Arlan—. Al parecer se nos descompuso el ascensor por eso subes por aquí...

—Yo... El ascensor ya subió y yo no quise esperar.

—Cuanta ansiedad por verme —la tomó de la cintura—. Haremos ejercicio en tu honor. —Besó sus labios mientras ella sonrió más que nerviosa, aliviada por no encontrarse sola.

Pero en definitiva, Arlan tendría que ir de visita a su casa. Si Charles vivía

allí, su vida sería un infierno.

Llevaba tres meses como príncipe Westland, la mitad del contrato con Susan. El rey cada vez estaba más enfermo y más duro que nunca.

No había podido persuadir a Arlan de dejar a la Susan por las buenas. Tenía que usar al exnovio de Susan para que su credibilidad fuera nula.

Recorriendo en internet, Arlan encontró un jocoso título de un tabloide:

«Susan y sus muchos intereses»

Extrañado por aquel título se puso a leer el artículo.

Si pensábamos que Susan Culligan, era una simple plebeya enamorada de un príncipe, estábamos equivocados...

Sin dudas, todos creíamos que era tan humilde como alguien de clase media-baja, pero lo que no sabíamos es que ella estaba muy familiarizada con el mundo monetario. Su novio de los últimos dos años fue Charles Winston, de Winston Company.

Arlan negó con la cabeza, aquello era ridículo. Aunque ella no le había hablado de ese hombre, solo debía preguntar y nada más. Era su pasado, un asunto que no debía ser de su interés, solo su presente.

¿Cómo saber si realmente hay amor por el príncipe o amor por el dinero?

Al culminar de leer el artículo, con aquella frase amarillista, se sentía seguro de que lo que él y Susan tenían era amor y no mero interés, pero sentía gran curiosidad por Charles Winston.

Capítulo 31

Susan había tenido su último examen de la universidad. Sería próximamente licenciada en administración.

Su tía Gigi, que ya era muy rica por su negocio de confecciones, estaba de visita en su casa para hacerle hurras a su sobrina.

—¡Ya puedo ver que todo lo que se ponga Susan se venderá como agua! —celebró su elegante tía.

—Tía, lo que menos deseo es exponerme.

—De eso no debes preocuparte. Te diré cómo podemos hacerlo...

—Espero que me ofrezcas un puesto de auxiliar administrativo para empezar, tía —pidió para ver si ella entendía que no quería que nadie la imitara.

—Te pondré como mi asistente. ¿Qué te parece? Llevarás todo lo que sea de números, pero eso tiene una condición.

—¿Cuál es? —indagó.

—Deberás viajar conmigo, ir donde yo vaya y ser mi sombra.

—Piénsalo bien, Susan —recomendó su madre—. Tu tía puede explotarte...

—¡Qué mal concepto tienes de mí!

Susan estuvo a un paso de decir que sí, pero viajar sería separarse de Arlan, y eso no era algo que ella deseaba.

Quería estar cerca de él como lo estaban todos los días. Él ya era parte de su familia. Almorzaba y cenaba con ellos. Con el pasar de las semanas,

afloraba en ella más sentimientos de amor hacia él. Cada palabra suya la hacían pensar en que era realmente valiosa, sin contar las veces que lo había dicho para acostarse con ella. Hasta ese día no lo había logrado. No era por falta de deseos carnales, sino que no tenía la mente tranquila para hacerlo.

El fuerte sonido del timbre de la casa los alertó, y Susan se levantó para abrir.

—Voy yo —dijo esperando que no fuera un pariente más. Miró por el agujero de la puerta—. ¡Arlan! —mencionó emocionada y abrió la puerta.

—Veo que tienen visita —indicó señalando con la cabeza el elegante automóvil de su tía Gigi apostado frente a su casa.

—Sí, vino mi tía Gigi. ¿Recuerdas que te dije que tiene una empresa de confecciones?

—Lo recuerdo, desearía saludar a una persona emprendedora.

—Ten cuidado, si la adulas demasiado, no te dejará en paz —se acercó y besó los labios de Arlan.

Al ver lo feliz y sencilla que era Susan, podía asegurar que ella no era ninguna interesada como afirmaba la prensa. Estaban en un absoluto error difamándola. ¿Cómo dudar de ella, si lo recibía con ansia y afecto?

—Te aseguro que no me voy a sobrepasar... —sonrió y entró.

Caminaron juntos hasta la sala y luego su tía Gigi ya estaba casi haciéndose una alfombra en el suelo.

—Tía Gigi, él es el príncipe...

—¡Yo sé quién es! —alegó con una gran sonrisa—. Soy Gianina, aunque me conocen como Gigi Culligan, su alteza.

—Escuché mucho de usted. Susan la tiene en muy alta estima, señora Gigi.

—Acabo de ofrecerle trabajo. En unas semanas tendrá su título y empezará a trabajar conmigo.

—Se me adelantó, yo iba a ofrecerle un puesto en la naviera —se giró Arlan para verla—. Era una sorpresa —se delató.

—No es correcto, Arlan. Pensarán que entro por ser tu novia, y no por mi

capacidad. El puesto que me ofrece mi tía es para empezar desde abajo, como asistente. No puedo pretender estar arriba sin experiencia, ¿verdad? Quebraría lo que caiga en mis manos —comentó Susan. Estaba sorprendida de que Arlan en realidad pensara en darle un puesto de trabajo.

—Le he dicho a Susan que su tía Gigi la explotará —reconfirmó la madre de Susan.

—¡Arlan! —exclamó Dalma desde las escaleras—. ¡Ven, vamos a jugar PlayStation!

—Dalma, vino a verme a mí... —gruñó Susan.

—Aprende a compartir, siempre lo dices, deberías practicarlo —replicó Dalma.

—Hoy vine para ver a Susi, Dalma. El fin de semana seré solo tuyo.

Susan bufó celosa por las palabras de Arlan. Su pequeña hermana no era tan inocente; seguramente ya tenía novios por ahí.

—Adiós, mamá, adiós, tía Gigi —se despidió Susan tomando a Arlan de la mano para que pudieran ir hasta la habitación para estar solos, pero con la puerta abierta. Había reglas en aquella casa y eran muy claras.

Después de perder a su madre y su tía de vista, se colgó por el cuello de Arlan que la tomó de la cintura y la levantó.

—Entremos rápido antes que Dalma nos alcance... —indicó Susan.

—Entonces no me distraigas...

Cruzaron la puerta sonriendo y se tiraron a la cama.

—Es raro verte a esta hora... —lo besó.

—Estaba un poco pensativo con algo que vi en internet.

—¿Y qué puede ser?

—Es un artículo amarillista hablando muy mal de ti —contó.

—¿Sabes? Yo evito poner nuestros nombres en las búsquedas; no quiero ver lo que hay en internet, no quiero saberlo.

—¿Quién es Charles Winston? —preguntó tranquilo.

—¿Por qué quieres saberlo? —cuestionó cambiando su rostro. Todo tu

cuerpo se tensó al escuchar su nombre.

—Porque es quien está abriendo la boca sobre ti. Es hijo de los dueños de Winston Company y la prensa no ha dejado de hacer conjeturas sobre... Nuestra relación.

Susan se alejó un poco de Arlan. No quería hablar de Charles, pero al parecer había llegado el momento.

—Fue mi novio por dos años hasta una semana antes de que se casara el príncipe Robert.

—Entonces él era esa mala relación que acabó...

—Sí, y nada más. No hay mucho decir sobre eso, solo que no deseo hablar de él, ni saber nada de lo que hace. Por simple curiosidad, ¿Qué dicen los medios sobre él?

—Y sobre ti. Dicen que lo dejaste para pescar un mejor partido y que soy yo. Que tu solo estás conmigo por interés porque el dinero de Winston no era suficiente para ti; decidiste aspirar a lo más alto que alguien puede llegar aquí...

—¡Por favor, Arlan! ¿Crees eso? ¿Acaso no me conoces? —indagó indignada.

—No desconfío de ti; nuestra relación es algo extraña, pero ha progresado y madurado. Solo deseaba que me contaras esa parte que tenías oculta.

—Desearía demandar a todos, pero no tengo el dinero, ni las fuerzas suficientes. No dudes de lo que siento por ti. Sé que no soy tan afectiva, pero no es porque no quiera, es que... aún...

—Aún crees en el cuento de que los príncipes y las plebeyas no se casan. Tú y yo seremos la excepción, Susan. Sé que tienes los mismos sentimientos que yo, guardados por temor. Yo no siento temor de amarte y podría recitarlo a todos. No importan todas las mentiras que me digan; yo voy a creer en ti. Estoy seguro de que esto es algo que tiene que ver con mi tío.

—Sé que el rey no me quiere...

—Pero yo sí, y es lo que importa. Hoy te prometo que me casaré contigo; no

será hoy, ni mañana, pero sucederá.

—Arlan, yo te amo. Quisiera ser tan positiva como tú que ya haces planes para el futuro. Gracias por creer en mí y no en esas mentiras.

—Claro que lo sé, cuentas con mi apoyo. Quiero también que sepas que haré lo posible para que Charles Winston no diga mentiras que puedan obstaculizar nuestra relación.

—Eso me tranquiliza. Perdón por no hablar antes, sobre Charles, solo quiero olvidar todo. ¿Comprendes?

—No quiero entrometerme en tu pasado porque no es algo que me corresponda, solo quiero que me avises si te molesta porque yo no me metí en el pasado, sin embargo, si él llega a meterse en nuestro presente para hacerte daño, lo pagará.

—Con un ángel como tú cuidándome, estoy segura de que no vendrá —le tomó la mano a Arlan y dejó un beso en él.

El rey firmó uno de sus últimos decretos como soberano de Westland. Su vida se estaba apagando con lentitud por su enfermedad.

Instruyó a Arlan para que lo sucediera en los próximos meses. Al parecer sería un excelente soberano, pero aquella plebeya era su problema. No pudo deshacerse de ella con nada.

Con lentitud fue enviando informaciones falsas a la prensa para crear duda en cuanto a ella y su popularidad decayera. Tenía declaraciones del mismo Charles Winston, que usaría como último recurso si nada de lo que hacía funcionaba.

—Su Majestad, esto ya está. Lo entregaremos al parlamento mañana — indicó el secretario.

—Aseguro que con eso se resguardará la integridad del futuro rey. No podrá casarse con una persona cuya moral esté en duda y sé que el parlamento

apoyará eso. Es la imagen de nuestro país...

—Por supuesto, Su Majestad. También preparé el compromiso que pidió que tenga por si la señorita Culligan quiere abandonar voluntariamente al príncipe.

—Con una cantidad tan generosa, no dudes que ella firmará...

Capítulo 32

El rey organizó una elegante fiesta de jardín. Susan tenía un tocado con forma de sombrero pequeño en la cabeza y un vestido de cóctel con detalles floridos, unos zapatos de plataforma y un recogido sencillo. Era la invitada del príncipe, no podía ir como una indigente.

Su tía Gigi le entregó todas esas prendas para que luciera sus diseños. Debía admitir que su tía era un genio de la confección. Más de una dama elegante le había preguntado sobre dónde las había adquirido y ella solo había respondido de las tiendas Gigi.

—Tu tía Gigi es fenomenal, luces hermosa, Susan —galanteó Arlan.

—Y Lacoste no se queda atrás con usted, su alteza —sonrió coqueta.

—Desearía saber lo que se esconde bajo esa falda... —se lo dijo al oído.

—Lo que hay debajo de cualquier falda, una ropa interior —replicó enseñando su sonrisa a los curiosos, mientras Arlan estaba a punto de entrar por su oído para susurrarle más cosas—. ¿El rey no vendrá?

—Él organizó todo esto; no sé la razón. Lo único que sé es que está postrado en una cama. Creo que son sus últimos días, espero que no sea así.

—Los tiempos de Dios son perfectos, será cuando debe ser. Mientras continúa mirando al frente. Serás el rey de Westland.

—Pondré este reino a tus pies, querida Susan.

—No estoy tan segura. Llevamos meses sin acudir a los mismos eventos, y el rey no tiene la intención de invitarme a ningún lugar.

—Hay futuro, Susan, no pienses en nada más...

—Está bien, no vine a amargarle la vida al príncipe. ¿Quieres...?

—Su Alteza, lo está buscando su primo, el príncipe Robert —la interrumpió uno de los mozos.

—Volveré por ti, no te vayas a ningún lugar —dijo Arlan dejándola ahí, sola entre los desconocidos más desconocidos de su vida.

Tomó una de las copas que pasaba por ahí, y se quedó plantada como una palmera.

—Señorita Culligan... —habló una voz.

Ella se giró y vio al lúgubre secretario del rey.

—Es usted. ¿Lo puedo ayudar en algo?

—El rey desea cruzar unas palabras con usted. Como sabrá, él no puede bajar para la fiesta, pero los observa a todos por las cámaras. ¿Puede acompañarme?

—Arlan me pidió que lo espere y así lo haré...

—Le recuerdo que la voluntad del rey se encuentra por encima de los deseos del príncipe.

Susan entornó los ojos.

—¿Alguien puede decirle que iré junto al rey?

—No debe preocuparse por eso; un mozo se lo dirá.

Acompañó al secretario siguiéndolo a una distancia prudente a través del palacio. No sabía qué podía desear el rey de ella, pero podía sospechar que sería pedirle que dejara a Arlan, y eso no iba a pasar.

—Por aquí, pase señorita Culligan... —indicó abriendo la puerta.

Caminó dentro de la enorme y lujosa habitación. El rey estaba en su cama con varias máquinas al lado y cada una hacía un sonido distinto.

—Nos volvemos a ver, señorita Culligan —pronunció el rey.

Ella se acercó y colocó una rodilla en el piso como Arlan le enseñó cuando se encontrara con el rey.

—Su Majestad...

—Siéntese... —pidió señalando una cómoda silla que estaba a la izquierda de la cama.

El secretario acomodó la silla y Susan se sentó para escuchar lo que tenía que decir.

—Ha cambiado desde que la vi meses atrás. Se ve usted muy elegante.

—Se lo agradezco. ¿Cuál es el motivo por el que estoy aquí?

Sacó de bajo las sábanas una carpeta con el nombre de ella.

—He dado por terminado su contrato, señorita Culligan. Sé que estaba pactado que la culminación del contrato por un año, pero se ha respetado la cláusula de culminación anticipada del contrato. Será indemnizada.

Al escuchar aquello, Susan supo que ese era el momento de que el rey supiera sobre la verdadera naturaleza de su relación con el heredero.

—Ese contrato no tiene validez para Arlan, ni para mí, porque él y yo nos queremos —dijo con valentía.

—¿Hace falta que le diga, que usted de ninguna manera formará parte de la familia real, mientras esté con vida y después de mi muerte? —abrió la carpeta y colocó frente a ella fotos viejas de ella con Charles y también fotos actuales de Charles cerca de ella y de aquel día que la acorraló en el ascensor del edificio de Arlan—. ¿Quiere que estas imágenes lleguen hasta Arlan? ¿Qué cree que hará?

—Nada. He hablado con Arlan sobre Charles, y comprende que fue una relación que acabó antes de que lo conociera.

—Bien jugado, señorita. Ahora, piense: ¿cómo quedará la reputación de Arlan como futuro rey con este hombre amenazando con contarle a todos lo que es usted? Quiere desmentir el cuento de hadas de que los príncipes y las plebeyas se casan. De buena fuente, tenemos una declaración que mañana saldrá en todos los periódicos, señorita Culligan, donde este hombre habla sobre su intimidad con usted. Si no es capaz de dejar su egoísmo de lado y pensar en el futuro soberano al que ayudó a limpiar su reputación, cosa que le estamos eternamente agradecidos. ¿Qué dirán de la mujer que sale con el

príncipe? Es mejor que se retire con dignidad y con una aceptación de diferencias irreconciliables entre usted y el príncipe.

Susan tomó todo lo que el rey colocó frente a ella, y lo miró con rabia. Charles había inventado una vida lujuriosa con ella, llena de intereses y de despilfarro. Mientras más leía, su indignación crecía por semejante difamación.

—Esto no es verdad...

—¿Y qué importa si lo fuera? La prensa lo venderá como agua y se esparcirá por todo el país. ¿Y quién queda en el fuego cruzado? ¡El futuro rey! Esto que yo le impuse a Arlan era un castigo; usted debía ser el peor castigo para él, pero lo aceptó y hasta ahora finge amarla para que eso me lleve más rápido a la tumba, pero sepa algo, señorita Culligan, vivo o muerto, usted no podrá casarse con mi sobrino porque el parlamento aprobó el decreto del matrimonio real. Expresamente dice: «La persona a integrar la familia real debe mantener una imagen intachable, sin escándalos, ni rumores que pongan en riesgo la credibilidad de la corona y las decisiones tomadas por esta».

—¡Cómo es capaz de inventar tantas cosas! —arremetió Susan con los ojos llorosos—. ¡Yo amo a Arlan!

—El amor no es suficiente; no es la adecuada y después que esto salga a la luz, tanto su reputación como la de mi sobrino, estarán en juego. Él por su idoneidad para ser rey por su mala decisión al escogerla y usted solo quedará como una arribista que vendió indulgencias y mentiras a un pueblo, solo por conseguir escalar.

—Se lo pienso decir a Arlan, se lo diré todo. Él me apoya y yo confío en él —se defendió presta a enfrentarse a lo que fuera.

—No juegue conmigo, simplemente acepte, firme y váyase de nuestras vidas. Si no lo hace, usted sabe que nosotros podemos meter la mano donde se nos antoje.

—¿Qué quiere decir con eso!

—Su padre es un jefe de una oficina, quién sabe si puede conservar su

trabajo o conseguir otro. La dueña de Gigi, su tía, muy rica, puede ser acusada de evasión de impuestos o cualquier cosa que se me ocurra y cerrar su negocio, y su madre, una enfermera, quizás una mala praxis...

Susan se sentía entre la espada y la pared. Estaba amenazando a su familia, en empobrecerlos y sepultarlos. Todo dependía de ella.

Se inclinó sobre sus rodillas sin soportar el llanto. No deseaba que el rey la viera derrotada, pero no era solo su vida la que podía destruir, sino era la de su familia.

—Solo firme, y esta pesadilla acabará. Dos millones de euros serán suficientes para que empiece de nuevo en otro sitio, lejos del príncipe. Es solo un hombre más, hay muchos, señorita Culligan. No vale la pena invertir sus emociones en algo que no va a durar. Hundirá a su familia y se hundirá usted por una relación pasajera. Vea las ventajas, usted será rica y no deberá trabajar...

Ella levantó el torso y lo miró con desprecio

—Pero pasaré sobre la voluntad de mi corazón y mis sentimientos. No comprendo cómo alguien puede ser tan cruel para realizar este acto tan bajo.

—Las cebras con las cebras, señorita Culligan. ¿Qué tiene que hacer un caballo aquí? Es simple, no puede pertenecer aquí. Ya ha hecho la mejor de las obras, que fue transformar la vida de Arlan. Hoy es un hombre derecho y con convicciones; es por eso por lo que se lleva mucho más de lo pactado.

—¡No quiero su maldito y sucio dinero! —lloró enojada.

—Le conviene —abrió la carpeta—. Firme y tome el cheque que está atrás.

Ella tomó la carpeta ahogada en lágrimas y lo firmó sin leer. Agarró el cheque y lo rompió frente al rey arrojándole los pedazos en el rostro.

—No me vendo.

—No puede irse sin tomar el dinero, o al menos dejar una cuenta para que se la depositemos.

—No deseo el dinero para mí; es mejor que lo entregue a la caridad para limpiar su conciencia antes de morir —escribió el nombre de la entidad a la

que quería que le dieran el dinero y le entregó la carpeta.

—«Fundación de la mujer» —leyó el rey y luego cerró la carpeta y la colocó a un lado—. Gracias por sus servicios, señorita Culligan. Ahora le pedimos que abandone el castillo. Tiene veinticuatro horas para abandonar el país.

—¿Qué?

—Usted firmó sin leer. No pienso dejarla aquí cerca para que siga distraendo a Arlan...

—¡Hice lo que me pidió y ahora debo dejar mi país! ¡Qué mal les he hecho!
—lamentó humillada.

—Meterse donde no debía. Retírese, por la puerta de atrás. Tendrá gente que la llevará hasta su casa, y de ahí al aeropuerto, no podrá despedirse de Arlan, usted renunció a cualquier contacto con él al firmar. Será vigilada, no se avive...

Capítulo 33

Arlan se acercó a Robert, y su primo lo tomó del hombro.

—Mi padre ha hecho un par de documentos muy privados, Arlan. Tengo contactos en el parlamento que comentaron sobre un decreto, donde claramente tú estás involucrado.

—No me sorprende. Debe estar viendo cómo alejarme de Susan. ¿Crees que la aparición de este tal Charles es algo casual? Yo no. Quiere barrer con la buena reputación de Susan, porque la aman. Ese hombre era mi vecino en el edificio donde vivía antes de mudarme al castillo que me fue concedido.

—Coincido contigo. Mi padre no quiere a Susan. Ella es un blanco fácil para él.

—Dejé a Susan sola, iré por ella y continuamos.

Arlan volvió donde había dejado a Susan y ella no estaba ahí.

Miró hacia sus costados y tampoco estaba. Se acercó a uno de los mozos que estaban sirviendo cosas en las bandejas.

—¿Vio a Susan Culligan?

—El secretario de Su Majestad se la llevó con él hacia dentro del palacio.

—¡Maldición! —masculló y aceleró el paso hacia el palacio.

Fue con diligencia al despacho del secretario, pero este no estaba ahí con Susan.

Maldijo por lo bajo y se dirigió a donde solo podía estar el perro fiel del rey, lamiendo sus zapatos.

—Lleva estos papeles al escribano para que sean completamente válidos — ordenó el rey entregándole la carpeta con la firma de Susan.

Alguien golpeó la puerta y el secretario se acercó a abrir.

—Arlan, a ti quería verte —lo llamó el rey.

Él miró si Susan estaba ahí, y tampoco estaba. El secretario estaba, pero ella no.

—Vine a buscar a Susan porque me dijeron que el secretario le pidió que lo acompañara.

—De eso quería hablarte. Ven, acércate —pidió su tío para que se sentara en la silla donde estuvo sentada Susan.

—Espero que no le haya dicho nada que le hiciera mal.

El rey hizo una seña al secretario para que le pasara de vuelta la carpeta.

—Tengo que contarte que se cumplió el plazo que te di para que te deshicieras de esa joven, y como tú no lo hiciste, tuve que hacerlo yo.

—Necesito comprender, tío...

—La mala reputación que Susan estaba generando podía afectarte a ti como futuro rey; no me quedó más que tomar la decisión por ti para que firmara la culminación del contrato.

—Ese contrato no tiene validez para nosotros, porque nos amamos, tío.

—No dudo que tú la quieras; es ella al parecer la que no te amaba.

—No pienso creer ninguna clase de artimaña que mi propio tío haya hecho en mi contra. Sé que Susan no es santa de tu devoción, Su Majestad, pero es a quien escogí y a la que le prometí matrimonio —sentenció Arlan—. ¿Dónde está Susan?

—Creo que ahora debe estar llegando a su casa para recoger sus cosas y dejar Westland...

—¿Qué inventaste, tío? ¿Qué le dijiste?! —se exaltó Arlan.

—Si te amara un poco no hubiera firmado esto... —El rey le entregó a Arlan la carpeta.

Él miró todo y negó con la cabeza. No pudieron hacer un peor documento.

Susan con aquello vendía su alma al rey.

—Dos millones de euros... —murmuró desanimado.

—Es lo que vale su amor por ti —seguía el rey envenenando a Arlan.

—¿Qué otra opción tenía?! ¡Esto le arrebató a Susan hasta su ciudadanía!
¡Tanto odia a Susan para hacerle esto!

—No. Ella debe estar donde pertenece. Es solo eso, Arlan. Tú te has empeñado en darle un lugar que nunca estará a la altura de una plebeya, y menos de una que te cambió por dos millones de euros.

Arlan se levantó del asiento con la carpeta en la mano y señaló a su tío.

—Esto no quedará así; habrá una salida.

—En tanto tú la encuentres, por más que la traigas de nuevo a Westland, tu futuro matrimonio con ella dependería del parlamento donde está un decreto que deja a Susan sin ninguna oportunidad de casarse contigo.

—Toda una ciencia de maldad alrededor del rey y todo por una plebeya que se enamoró. Tanto estuvo planeando esto en su lecho de muerte, en lugar de corregir los errores. Un cadáver ya no siente, pero los que quedamos aquí con vida somos los que sufrimos.

Indignado, Arlan abandonó la estancia y sacó el celular del bolsillo.

De llegar ahí como una princesa, Susan se retiró como una empleada desleal, por la puerta trasera, escoltada por la guardia real.

Por más fortaleza que Susan tuviera, sus ojos no eran tan fuertes como ella. Estaban como diques rotos; no dejó de llorar desde que abandonó el palacio.

Estaba frente a su casa, casi bajando de la camioneta negra donde la llevaron.

Su celular sonó y vibró sin descanso, lo sacó y vio que era Arlan. Cuando iba a contestar, uno de los guardias incautó su celular.

—No tiene permitido comunicarse con Su Alteza Real...

Tenía una copia de lo que firmó, y sí, había renunciado a cualquier tipo de comunicación con él. Si se comunicaba, la demandarían y no tenía dinero para nada. No podía seguir involucrando a sus padres.

Pasó la puerta de su casa con los guardias detrás.

—¿Qué sucede, Susan y estos hombres?—preguntó su madre viendo sus ojos rojos como nunca los vio antes.

—Me acompañarán al aeropuerto... —contó mientras iba hacia su habitación.

—¿Cómo que al aeropuerto? —preguntó su tía Gigi.

—El rey me ha separado de Arlan; firmé unos papeles que dicen que no puedo permanecer en el mismo país donde esté él.

—¿Y lo sabe, Arlan? —indagó su madre.

—No. Pero lo sabrá seguro después que me vaya. No podré mantener mis cuentas de correo, mi celular, ni nada que me vincule al príncipe. Me mantendrán vigilada al igual que a él.

—¿Y dónde irás? —preguntó su tía.

—No sé, tía —sollozó Susan—. Ellos tienen órdenes de que yo tomé un avión para salir de aquí. Al menos llamen a mí papá y a Dalma, deseo despedirme de ellos, porque quizás no los vuelva a ver.

—¡Rufianes desgraciados! —golpeó a los guardias la mamá de Susan.

—Ellos solo cumplen órdenes, mamá.

—Susan, ve a Inglaterra. Tengo un departamento en Londres, yo te alcanzaré pronto, no te preocupes.

—¿Qué haría sin ti, tía Gigi? —la abrazó para consolarse.

Uno de los guardias recibió una llamada y luego colgó.

—Apresúrese, señorita Culligan. El rey exige que deje país en dos horas a más tardar...

—¡No dejarán al menos que me despida de mí familia! ¡Tengo veinticuatro horas!

—Insensibles... —profirió la tía Gigi a los guardias y acompañó a Susan hasta su habitación para ayudarla con las maletas.

Miró en su guardarropa todo lo que Arlan le había regalado. Sería lo primero que vendería en Londres. No tenía nada, no podría llevarse su

automóvil, viviría de la caridad de su tía hasta encontrar un trabajo. Estaría ausente en la ceremonia de entrega de títulos.

—Al menos, le veo el lado amable. —Sonrió Susan sorbiendo su nariz—. Ya no tendré que llamar al 911 cada vez que vea a Charles. Ya hizo lo que debía, destruyó mi vida.

Capítulo 34

Le habían arrebatado la vida entera a Susan, al menos ella lo sentía de esa forma. Mientras hacía sus maletas, miraba con añoranza su habitación y por más que deseaba ser fuerte y soportar todo, las lágrimas la delataban.

Nunca pensó que un desliz como entrar a una boda real de pirata, enamorarse de un noble y creer que aunque sea por un minuto que podía Arlan cumplir su promesa de estar juntos desmembraría su vida.

Su madre fue a sacar a Dalma de sus clases y su tía llamó a su padre que estaba en una reunión. Temía que no llegaran a verse más.

Dalma llegó y corrió para abrazar a Susan.

—¡Susan, por favor no te vayas, juro no querer robarme a tu novio! —rogó su hermana con sus dulces ojos verdes llenos de lágrimas.

Su pequeña hermana podía tener mil defectos, pero estaba llena de buenos sentimientos y la quería.

—No depende de mí, Dalma —correspondió a su abrazo cerrando los ojos.

—Voy a pedirle a Arlan que te traiga de vuelta de donde quiera que vayas; yo te necesito, Susi, eres mi hermana.

—Yo también te necesito. —Lloró junto a su hermana esperando a que su padre llegara para despedirse.

El padre de Dalma estaba en una reunión muy importante. Lograron dar con él después de mucho intentarlo.

Su madre, hermana y tía la seguían desde su automóvil, mientras ella era

acompañada en la camioneta con los guardias.

La destrozaba pensar que no había podido despedirse de su papá. Él era quien más la amaba en el mundo, casi había empeñado su alma por su seguridad. La aconsejó con respecto a Charles y a Arlan. Lo que le había ocurrido con Charles era fruto de su inmadurez y de su extravió, y lo que sucedió con Arlan, simplemente, no lo comprendía.

El rey había dicho que no invirtiera sus emociones en alguien pasajero, pero ella por dentro sentía que Arlan no era pasajero, sin embargo, lo estaba dejando ir.

Arlan comprendería lo que había ocurrido. No se esperaba que fuera corriendo para salvarla. Él era calmado y no un atarantado.

—Señorita, hemos llegado —anunció uno de los guardias—. Se ha fijado de destino Inglaterra. Hay un avión privado esperándola.

—¡Mi padre no ha llegado, no puedo ir sin despedirme! —expresó presa de la incertidumbre de querer saber qué sucedía con su padre—. Se los ruego. Sé que solo cumplen su trabajo, pero es suficiente con todo lo que he pasado. Solo pido que me dejen ver a mi padre, por favor, esperemos un poco.

Los hombres al verla con las lágrimas bañando su rostro, cedieron ante su pedido solo con un asentimiento.

—Lo esperaremos en el hangar cuatro.

—Gracias —pronunció mientras uno de ellos bajaba de la camioneta para hablar con los pasajeros del automóvil de su madre.

Esperaron media hora y su padre había llegado.

—¡Papá! —Se arrojó a sus brazos—. ¡Te pido perdón por defraudarte siempre!

—Susi, calma. Tu nunca me decepcionas, sino que me llenas de orgullo. — La abrazó cariñoso.

—Nunca te escucho, y ahora, me expulsan de mi país, papá.

—A veces el amor es un pecado, pero haremos lo que esté a nuestro alcance para que vuelvas pronto.

—Por favor, papá, no te endeudes más por mí. No merezco tus esfuerzos y las horas que trabajas de más en la oficina por mí causa.

—Si no vivo para ustedes que son mi familia, ¿para quién lo haría? Te amo, Susan.

—Yo también, papá. Perdón por no ser una buena hija.

—Eres la mejor de todas —la besó en la frente—, que Dalma no escuche esto —sonrió para que Susan dejara de sufrir al menos un poco.

—Susan —se acercó su tía Gigi—, toma...

—¿Qué es? —preguntó tomando el sobre que estaba cargado.

—Son varias libras que te servirán hasta que yo llegue ahí junto a ti, en unas semanas. Aún tengo asuntos aquí antes de abrir la tienda en Londres. Trabajarás conmigo, tú no tengas preocupación, solo trata de mantenerte tranquila, aunque creo que será difícil para ti.

—Nadie se ha muerto de amor, tía, y no seré la primera persona que lo haga. Soy razonable. —Hizo un amague de sonrisa.

—Llama para lo que necesites. Pediré mis vacaciones e iré a verte —se abrazó su padre a ella al ver que el copiloto se acercaba a Susan.

—Es hora de que suba, señorita —indicó señalando al avión.

Ella casi rompió la espalda de su padre por la fuerza con la que lo abrazó. Esa era su despedida.

Se despidió del resto de su familia. Respiró el aire de Westland y entró al avión donde estaba sola. Sería un vuelo corto, por lo que ni siquiera necesitaría que la atendieran.

Una vez que los motores se encendieron. Los guardias subieron a la camioneta. Dejaron a la familia Culligan abrazados mirando el vuelo donde iba Susan.

Uno de los guardias tomó el celular y marcó al secretario.

—Misión cumplida —comunicó.

—Se agradece el retorno —murmuró el secretario.

En el palacio, luego de colgar la llamada, el secretario fue junto al rey, pero aquel se había quedado dormido. Se dirigió a su despacho, donde estaba sentado Arlan en un rincón oscuro, alejado de las ventanas.

—Fueron capaces de fraguar todo esto a mis costillas. ¿Por qué? ¿Por qué vieron que era mejor que cualquiera de nosotros? —indagó molesto—. ¿Usted sabe señor Michells que soy el próximo rey?

—Lo tengo claro, Su Alteza —respondió—. Y es por su bien que lo hicimos. Usted será un excelente soberano sin la mala reputación de...

—¡No diga su nombre! —masculló—. Aquí, en esta porquería que le hicieron firmar, ella ni siquiera puede decir su nombre. ¡Cómo es posible! ¿Dónde la enviaron?

—Esos son asuntos secretos, Su Alteza, que solo le competen al rey.

—¡No me haga perder la paciencia, señor! —espetó impaciente—. No me creo las declaraciones falsas de este hombre.

—El rey lo está protegiendo de estas amenazas. Esa mujer lo colocaría en una situación bochornosa, y usted será rey. Es imposible que esas circunstancias estén juntas.

—Si usted no me dice dónde está Susan o al menos dónde la enviaron lo averiguaré por mi cuenta...

—¡Se llevó dos millones de euros, lo vendió, su alteza!

—Eso no me lo creo, aquí borrado hay un nombre y lo voy a saber. Si el rey borró el beneficiario es por algo. —Se acercó a la puerta para irse.

Arlan salió a la fiesta que aún estaba en el jardín y se acercó a Robert. Su primo al instante notó que algo le sucedía a Arlan. Se veía agobiado y estuvo desaparecido por horas.

—¿Qué sucedió?

—Susan fue expulsada del país... Robert, te pido que me ayudes. Sé que no podré conseguir información con inteligencia de aquí. Necesito que sea externa. A mí me vigilarán, pero a ti no. Necesito saberlo todo, todo sobre este

hombre —le pasó el legajo de lo que firmó Susan—, la cuenta de quién es... Y todo lo que puedas averiguar de Susan.

Arlan no era un hombre muy sentimental, pero desde que había conocido a Susan, su rostro había sido rociado con una luz especial. Algo hacía que se viera feliz y aquello era Susan. En ese instante en que se había dado cuenta de que la había perdido, esa luz se había desvanecido de su rostro.

—Lo haré, déjalo a mi cargo. Pero sabes que no podemos fiarnos de nadie aquí. Debemos hacerlo por fuera —dijo Robert guardando entre su saco los papeles que le dio Arlan—. Encontraremos una manera de que esto se revierta.

—Eso espero; no quiero estar lejos de Susan. No sé qué dirá la prensa sobre esto, solo deseo que no sean cosas que puedan dañarla.

—No te preocupes; yo tengo un escándalo que definitivamente hará que la noticia del rompimiento de ustedes pase desapercibido de alguna forma, o al menos el impacto será menor.

—¿Y qué es eso?

—Ya lo sabrás...

Los periódicos, revistas y sitios digitales, estaban repletos de noticias sobre Susan y Arlan.

Los títulos variaban de acuerdo con el tabloide que lo publicaba.

—«De princesa a ser plebeya, otra vez...» —leyó Susan en voz alta una noticia de hacía varios días. Llevaba casi dos semanas en Londres.

—¿Cuánto cuesta este? —preguntó una mujer tocando el primer vestido que le envió Arlan para que se presentara junto al rey.

Había puesto todas aquellas prendas a la venta, y no porque ella necesitara el dinero. Vivía de arrimada con su tía, y a punto de empezar a trabajar con ella. Ese dinero se lo enviaría a su padre para ayudarlo a pagar algunas cuentas.

Ella dejó la Notebook en la mesita y se acercó a la mujer. Le respondió sobre el precio y la otra le pasó el dinero.

Su tía observó a Susan; estaba triste y desgana, pero siempre le ofrecía una sonrisa o trataba de verlo todo con como un chiste.

—Gracias —entregó el cambio y su tía se acercó a ella que fue a colocarse frente a la Notebook de nuevo.

—Ni si vendes tu alma olvidarás a Arlan.

—Al menos debo intentarlo. Yo no puedo comunicarme con él; temo por mis padres y por ti.

—¿Crees que lo lograrás leyendo lo que dicen estos periódicos amarillistas sobre ti? Ni siquiera te conocen. Lo único que disfruto es que el rey debe estar sufriendo con el divorcio del príncipe Robert. Eso es un escándalo que a cualquier monarquía le costaría caro.

—No conozco mucho al príncipe Robert, pero creo que es un buen hombre. Espero sea un gran apoyo para Arlan en el futuro.

Susan suspiró y cerró la tapa de la Notebook.

—No sé qué pensar, no sé nada de Arlan, salvo lo que dice esto. ¿Y si me olvidó, tía? Esto es imposible, tengo tanta incertidumbre.

—No te preocupes, querida. Estoy segura de que él no te va a olvidar.

—De nada sirve amarse estando separados. ¿Qué debe pensar de mí? ¿Con qué mentira lo tendrán sentado un lugar? ¡Estoy mareada!

—De algunas cosas jamás sabremos las respuestas, pero veremos si podemos hacer algo.

Capítulo 35

Las investigaciones con Robert habían dado muchos resultados. Tenía en sus manos la vida completa de Susan o lo que era antes que prácticamente la borrarán de los registros.

Las primeras partes eran iguales a las que le habían pasado antes de conocerla a fondo, pero las otras eran diferentes.

—Al ver su registro de llamadas y ver que el 911 era más utilizado que tu número, sí que me llevé un susto —sonrió Robert—, pero la denuncia explica por qué.

—Esta denuncia se hizo después de tu boda y... —No pudo seguir hablando al ver aquel informe médico que le hicieron a Susan para sustentar la denuncia—. ¡Este hombre es un infame!

—Lleva meses huyendo de su antiguo novio por esa denuncia. También tengo el historial médico de Charles Winston.

—No me interesa la vida de ese hombre. Susan estuvo en peligro todo el tiempo y no fue capaz de decírmelo ¿Qué hice mal para que no me lo dijera? ¿Será vergüenza? Si sabía que ella fue abusada, yo ni hubiera pensado en acostarme con ella, que por cierto es algo que no logré.

—Nadie anda gritándole al mundo que fue abusada, Arlan. Debe ser una vergüenza decirlo o debe padecer algún trauma, y Charles seguía alimentando los miedos en Susan persiguiéndola. Winston tiene antecedentes de depresión y trastorno obsesivo.

—Pues entonces quiero que esté en un manicomio. Es un peligro para las personas. Si no se trata los males que posee, puede dañar a alguien más.

—Pasa que aquí hay muchos casos de corrupción. ¿Por qué no está preso? Porque su familia hizo unas llamadas y lo soltaron. Susan llamaba incansablemente para que alguien la salvara y pensó que la policía lo haría, pero todos estaban vendidos.

Arlan seguía escuchando lo que decía su primo, y solo pensaba en que Susan no tuvo el valor suficiente para contarle lo sucedido. Quería saberlo todo, consolarla y amarla sin importarle nada más.

Ya tenía su ubicación exacta, pero si iba ella sería la que pagaría los platos rotos con una deportación o con la cárcel.

Si tan solo pudiera saber lo que habló con el rey el día en que se fue, podía ayudarlo a resguardarla de cualquier peligro que supusiera la corona para ella.

—Cada vez creo que es más desgraciado... —ladró molesto—. ¿Y qué hay de la cuenta que dejó Susan?

—Eso es algo muy altruista de su parte. Lo donó a la fundación de la mujer, donde ella hizo trabajo social. Es un refugio para mujeres maltratadas y abusadas.

—Susan no deja de sorprenderme... —habló conmovido por todo lo que Susan era capaz de hacer. En lugar de quedarse con los millones, los había donado—. Quiero a Winston donde corresponde —pidió. Tomó un papel y bolígrafo—. Ahora prepararé algo para presentar al parlamento.

—¿Qué harás?

—Los dejaré contra la espada y la pared, porque de cualquier forma voy a traer a Susan de vuelta y restituirle sus derechos.

—Es difícil poner al parlamento contra la pared. Ellos quieren quitar a la monarquía de aquí, y con todos los escándalos que damos, lo estamos mereciendo —declaró Robert.

—Intentaré esto, y si no funciona, lo siento por todos, iré tras Susan. La amo y no quiero dejarla ir. Estas dos semanas han sido de penitencia para mí. Sin

ella todo es tan complicado... —Se recostó en el asiento y se tocó la cabeza con ambas manos.

—Creo que tú me diste las agallas para poder defender lo que creo, después de divorciarme seré libre y espero que aún esa mujer me siga amando.

—Yo no te daría otra oportunidad —lo golpeó Arlan en el brazo, riendo.

—Te ayudo con eso, a lo mejor aprendo algo nuevo de cómo conseguir lo que deseo.

Arlan pidió ser recibido por el parlamento al día siguiente para dar unas declaraciones. Como futuro rey de aquel país, ya que la salud del rey se deterioraba con los días, decidió tomar una decisión que lo cambiaría todo.

El rey fue informado sobre la petición de Arlan y envió a su secretario para que estuviera presente. Cuando Robert le contó que se iba a divorciar de su reciente esposa, creyó que el mundo caía en su cabeza.

El escándalo de su hijo, la obsesión de su heredero por una plebeya y su enfermedad lo estaban dejando sin fuerzas, solo quería descansar en paz.

En el parlamento, al día siguiente, se le concedió la palabra a Arlan para hablar.

Vio al secretario de su tío, sentado en una de las bancas y esperaba que con lo que diría se retorciera en aquel lugar.

—Es para mí un placer saludar a ilustres personas... —comenzó Arlan con su discurso haciendo una introducción zalamera para poder luego decir lo que necesitaba—. Lo que hoy me trae aquí es un decreto del rey. Aquel que me impide contraer matrimonio con una persona cuya integridad moral e imagen pública estén bajo el ojo y escrutinio público. Quería exponer que estoy en completo desacuerdo con aquello, porque han difamado a la que en su momento era mi novia, la señorita Susan Culligan. Hemos sido víctimas de los prejuicios sociales contra el amor, porque ella es una plebeya, pero déjenme decirles que ese decreto fue hecho bajo artimañas pendencieras y poco actuales. ¿Quién es Susan Culligan? Fue la que salvó a la monarquía; hizo que la gente simpatizara con nosotros. Una plebeya y un príncipe son el sueño de

nuestra gente. Sentir que alguien común puede estar entre nosotros los motivó. Incentivó a que pagarán sus impuestos, que hicieran turismo, que compraran periódicos: movió la economía. ¿Es justo que por culpa de un capricho absurdo del rey Susan haya tenido que renunciar a toda su vida, en el nombre de dejar mi imagen limpia? Deseo que lo piensen, y que tampoco discriminen la unión que yo quiera tener con ella. Sé que la decisión de derogar ese decreto está en manos de ustedes y como una motivación para que tomen una decisión con premura, anuncio que si no se es concedida una aprobación para el matrimonio entre ella y yo, renunciaré a la línea de sucesión. Renunciaré a todo si no es Susan la que me acompañará al trono en el futuro.

El murmullo en la sala era incesante. Podía ver el rostro de todos mirándolo como si estuviera demente.

—Es todo lo que tengo que decir, caballeros. Mi petición está hecha, de ustedes depende nuestro futuro... —tomó sus papeles y salió del parlamento.

El secretario negó con la cabeza. Arlan con aquella decisión acabaría con su tío.

La prensa supo que Arlan había ido al parlamento y a la salida lo interceptaron. Todos querían seguir sabiendo sobre los escándalos reales.

—¡Su alteza! ¡Su alteza! ¡¿Qué lo trae al parlamento?! —indagó una periodista.

Arlan se carcajeó por la pregunta que le hizo sin siquiera hacer un amague de preguntar sobre su vida.

—He venido solo de visita —declaró si sonriente subiendo al automóvil que lo llevaría de vuelta a su palacio.

En la habitación del rey, él estaba pálido, sentado y escuchando lo que su secretario creía sería la estocada final al hombre fuerte de los Wilburg-Berger.

—¿Qué hice mal? —cuestionó sofocado por sus culpas—. ¡Solo debe cumplir con su deber! Pero está encaprichado con una mujercita que pese a ser muy buena, no está a su altura...

—¿Y qué hará, Su Majestad? —indagó su fiel servidor—. El príncipe ha

sido tajante.

—Pues que se le sean concedidos sus pedidos y que más adelante no me culpe porque esa relación ridícula no funcione —escupió molesto—. No podemos permitirnos un escándalo más que nos haga tambalear. Dile a mi sobrino que venga a verme y envía mi respuesta al parlamento.

—Por supuesto, Su Majestad.

Susan encendió el televisor y buscó el canal de noticias de Westland; no podía vivir sin saber lo que sucedía por allá.

Su tía estaba sentada junto a ella con una taza de chocolate caliente para pasar el frío y unas galletas de vainilla.

—¿Ese no es Arlan? —preguntó su tía.

Susan escupió las galletas al verlo.

—¡Es él, y míralo, tía, es tan guapo! —Se sonrojó al verlo tan solo a través de aquel aparato—. Siempre le dije que los trajes le sentaban de maravilla...

—¿Qué fue a hacer al parlamento?

—Él jamás responderá con sus verdaderas intenciones —habló conociéndolo perfectamente. Él le había enseñado a evadir a la prensa porque de lo contrario estarían tras ella todo el tiempo.

—Tú mejor que nadie lo conoces.

—Es que él es muy bueno; tiene sus sombras como todos. Toma mucho cuando está desinhibido y le encanta comer, tal como a mí y... —suspiró—, bien, todo acabó.

—No te pongas mal, conseguiste mucho dinero de la venta de las prendas y también mañana oficialmente abrirás la tienda conmigo.

—La tienda me tiene muy animada. Los diseños son hermosos y estoy segura de que serán un éxito.

—¡Por supuesto que así será, y contigo como asistente y modelo, todo irá

mejor!

—Aquí soy solo Esther Fairchild porque no puedo hacerme llamar por mi nombre famoso para no llamar la atención.

—Si pudiera, le daría golpes al rey. Ya verás, quién las hace, la paga, querida. Es solo cuestión de paciencia.

—La paciencia es mi segundo nombre —comentó y luego se levantó para llevar una plancheta hasta donde estaba—. Debo continuar con estos numeritos, tía, de lo contrario no me pagarás.

—Estuviste todo el día con eso. Descansa —recomendó su tía.

—Si descanso, pienso en muchas cosas, tía. Dejo el descanso para que perturbe mis sueños —aclaró sin mirar a su tía, tenía la vista fija en su plancheta para que no notara su tristeza y nostalgia.

Adoraba su tía, pero extrañaba a su familia y a Arlan.

Capítulo 36

Su tío le pidió que fuera junto a él y eso haría. Pese a su enojo, él era como un padre, con todos sus defectos, pero debía agradecer muchas cosas.

Si no hubiera sido desterrado, no valoraría lo que tenía ni a quienes lo rodeaban. Si él seguía siendo aquel joven caprichoso y sin sentido, hubiera mirado a Susan por sobre el hombro y perderse de su maravillosa compañía. Su tío era el causante de que él estuviera tan enamorado de la plebeya.

Abrió la puerta y pasó junto a él. Aquel día al parecer lo ayudaron a sentarse en un sillón. Estaba mirando hacia el jardín.

—Buen día, tío. El infame de su secretario me pidió que viniera.

—Él es infame porque solo cumple mis órdenes. Siéntate —ordenó dirigiéndole su mirada azul y escrutadora.

—Lo vi en el parlamento. Sentí su nariz en mi nuca —describió por el acoso.

—Fue por instrucción mía. Necesitaba de su buen oído para saber lo que estabas tramando. Y tal como lo hizo Robert, tú terminas empujándome al abismo donde él me dejó con su divorcio.

—Robert ama a otra persona muy diferente con la que se casó, y como no puede dar herederos a la corona, ya no tiene porqué seguir sometido a este juego de casarse con los de la misma clase. No somos animales para cruzarnos para mantener una raza, somos humanos, ricos o pobres. Soy un hombre, y Susan, una mujer, al menos yo vi eso todo el tiempo —declaró acercándose a

su tío.

—Solo seguí lo que me enseñaron, lo que era correcto —justificó su tío.

Arlan bajó una rodilla y tomó la mano de su tío.

—Y yo hago lo que me pide el corazón. Debemos renovarnos, tío. Todo evoluciona, menos nosotros, pero debemos sujetarnos a los tiempos y, si hay costumbres que no se pueden dejar de lado, al menos que el amor pueda ser a elección.

—He dado mi consentimiento para que puedas ir tras Susan, pero ya no depende de mí. El parlamento es el que decide. Envié un manifiesto para que sepan mi punto de vista. No deseo que dejes el lugar que te corresponde. Si Susan no te corresponde, pues lo aprenderás a tus costillas.

—Sean las razones que sean, aquellas que motivan ese cambio, estoy feliz. Ahora debo esperar al lunes para que decidan y luego ir tras ella. Sé que está en Londres... —comentó a ver qué decía.

—No sé cuándo será mi hora, pero espero que pueda ver a gran soberano y por sobre todo uno feliz —deseó tocando la cabeza de Arlan.

—Estoy en busca de la felicidad...

Tuvo que esperar tres días para que parlamento le diera una respuesta. Estuvo ansioso todos esos días, aún estaba en búsqueda de más información de Susan, por si los parlamentarios aprobaban su unión con ella.

Sentado frente a toda aquella gente que no debería tener nada que ver en su relación, esperó el veredicto de ellos.

—En representación de la honorable Cámara parlamentaria, nos dirigimos a la resolución del conflicto de Su Alteza Real aquí presente. —Ross Clauss levantó la mirada de su papel para mirarlo—. Actuando en virtud del decreto del rey, nosotros nos negaríamos a una unión no por motivos de discriminación, sino por la imagen de nuestro futuro rey...

Arlan sintió que el pecho se le oprimió. No estaba empezando bien aquella audiencia.

—Sin embargo, el propio rey ha pedido que aprobemos una suposición de

compromiso con Susan Esther Culligan Fairchild, pese a que la decisión real depende de nosotros...

Solo habían pasado minutos desde que entró ahí y estaba un poco temeroso de que no aceptaran su propuesta, puesto que el rey no tenía influencia en ellos a causa de su decreto.

—Su Alteza Real, después de deliberar los alegatos sobre los que usted habla de difamación a Susan Culligan, y por la no oposición manifestada por el rey en pleno uso de sus facultades mentales, declaramos que tiene vía libre para adquirir un compromiso con la referida mujer, con la condición del no quebrantamiento de los medios masivos y la pronta aclaración de la situación real de la relación entre ambos...

Arlan asintió y respiró aliviado, iría a buscar a Susan, pese a que no sabía lo que pensaba de él en ese momento.

Sabiendo a conciencia que Susan no quebrantaría lo que era una demanda, supuso que estaba sentada, esperando con paciencia algo que no sabía qué era, y él claramente le haría saber sobre lo que era su deseo.

—Estoy agradecido de que hayan decidido de esta forma. Será algo positivo para este país...

Ante la empatía de muchos de los parlamentarios, se fue despidiendo con lentitud, pues cada uno de ellos quería expresar su apoyo. Tenía a su país de su lado. Limpiar la imagen de Susan sería un trabajo rápido y tranquilo.

Después de hacer algunas diligencias, tomó el vuelo real a Londres. Llegaría por la noche para la apertura de la tienda GiGi's.

En el pequeño depósito de la tienda, Susan aún estaba con la plancheta inventariando todo y anotando comentarios para mejorar. Al abandonar el depósito, vio a su tía Gigi con una de las vendedoras que estaría en el salón atendiendo a las clientas.

—¡No, no, no! —refutó Susan acercándose al maniquí que estaban vistiendo para la vitrina—. Ese vestido no puede ir con esa exótica joyería, menos es más para la gente elegante y del buen vestir...

—Pero, Susan, es que este vestido es muy simple —aclaró la vendedora.

—Es porque el vestido debe hacer lucir a la mujer, no la mujer al vestido. No es un desfile de modas. Debemos tener en cuenta el tipo de clientes que queremos captar, mientras más joyería le pongamos, menos estilo tiene y el nivel de nuestra clientela será muy bajo. Nos llenaremos de ventas con tarjetas de crédito...

—¡El desfile! —exclamó su tía para ir a ver las modelos que estaban preparándose—. ¿Segura que no quieres hacerlo por tu tía Gigi, Susan?

—Lo siento, tía, pero ya sabes. No puedo exponerme al público.

—Está bien, pero, por favor, ve a cambiarte y arreglarte. En unas horas empezará y quiero que todo esté bien; hay mucho invertido aquí —dijo ansiosa la tía Gigi.

Susan entornó los ojos por la exageración de su tía. Estaba muy nerviosa porque todo le saliera bien, y lo comprendía, en parte ella también lo estaba.

Tenía una prenda que habían confeccionado para ella: un vestido sencillo de noche color turquesa. Iría a cambiarse y a pedirle a una de las estilistas que le hicieran algo sencillo.

Después de una hora de continuar dando órdenes, se arregló. Estaba un poco cansada, aunque ansiosa de ver todo ese trabajo realizado. Su tía era muy talentosa creando, y ella era la viva imagen de que sus vestidos eran los mejores para estar elegantes.

Los invitados al evento llenaron los lugares. Ella solo miraba que nada estuviera fuera de lugar para la pasarela que se iba a realizar.

Con el vestido turquesa, un recogido elegante y un bolso de mano, recorría como una invitada más. Un mozo recorría con bebidas el lugar. Susan tomó una de las copas y continuó caminando. Su tía era un mar de ansiedad, Londres era un público difícil de conquistar por más que ella dominara en Westland.

Sintió una extraña vibración en su bolso donde se encontraba un celular que le había proporcionado su tía. Su número solo lo tenían sus familiares y nada más.

Un número que correspondía a su país la estaba llamando, tardó unos segundos en decidirse a contestar.

—¿Hola?

—*No sabes qué difícil fue ubicarte sin que adquirieras el teléfono como Susan Culligan, Esther Fairchild...*

Al escuchar esa voz una sonrisa se colocó en su rostro, y su corazón no paraba de galopar.

—¿Arlan? —pudo pronunciar apenas.

—*El turquesa es un color que te sienta de maravilla.* —Rio del otro lado del celular.

—¿¿Cómo sabes que estoy de turquesa?! —expresó ya con el corazón salido del pecho. Podía suponer que estaba ahí.

Giró su cabeza hacia todos los lados.

—*Te pediré de favor que no veas atrás...* —pidió parado justo detrás de ella.

Ella sin ningún reparo se giró completa y lo vio con un elegante traje. Estaba vestido para la ocasión.

—Sigues siendo desobediente... —pronunció al verla bajando el celular de la oreja.

Susan sin mediar palabras, se abrazó a él.

—Esto debe ser un sueño —habló emocionada—, o quizás fueran mis ganas de verte lo que hizo que te alucinara aquí, Arlan.

Él sonrió satisfecho y la estrechó con fuerza por su cuerpo.

—Sé que aquel día no pudimos decir adiós, Susi, pero hoy vengo a decirte que ya no hay impedimentos que nos separan. Este abrazo y esa llamada no te llevarán tras las rejas. —Besó los cabellos de ella al terminar de decir eso.

—Tengo prohibido cualquier tipo de comunicación contigo. Esto es un crimen, que con gusto me llevará a la cárcel, mejor encerrada en un lugar, que lejos de los que amo...

—¿Por qué me ocultaste lo que sucedió con Charles? —La separó un poco

para verla a los ojos—. Para encontrarte tuve que recolectar más información de ti, y ahí pude ver tu denuncia.

Susan suspiró y se pegó de nuevo a él como un sticker.

—Yo quería que fuera algo del pasado. No fue algo traumático, pero sí vergonzoso para mí y no soy de las que anda contando sus vergüenzas por el mundo. Debo disculparme por haberme negado a ser sincera y contarte mis penas pero, como dije, creí que sola podía superarlo.

—Pues ya sé la razón por la cual no querías que estuviéramos juntos. Siempre he respetado tu decisión, pese a desconocer los motivos de tu negación. Jamás te presionaría por más que las ganas de tenerte conmigo fueran muchas.

—Es por eso por lo que te amo, Arlan —reconoció levantando su mano para rodear el rostro de él.

—Y yo vine después de luchar contra el parlamento, contra el rey y contra lo que firmaste. De ninguna manera te expondría a nada y lo sabes. No me quedé sentado dejando que la vida se me fuera; vine por ti, mi futura princesa —dijo mientras buscaba algo en su bolsillo.

—Pero el rey se opone a que estemos juntos, me dijo que teníamos una relación pasajera...

—Si es pasajera, la veo como una de muy larga distancia, juntaremos millas de viajes juntos, Susan.

Ella miró hacia donde él dirigió sus ojos, un anillo estaba entre sus dedos.

—¡No lo harías! —exclamó sorprendida y se alejó unos pasos tapando su boca con ambas manos.

—Es el anillo de compromiso de mi madre. La realeza ahorra en joyas —bromeó y luego colocó nuevamente su rostro serio—. Si me aceptas, te prometo todo lo que puedas soñar, salvo paz y privacidad. Tu vida será compartir todo a mi lado y nos deberemos al país. Westland necesita una reina como tú, que verdaderamente ame a su país y vea por sus necesidades. No conozco nadie más generosa que tu al rechazar dos millones de euros por

donarlos a una fundación.

Las lágrimas de Susan empañaban sus ojos y amenazaban con correr su bello maquillaje.

—No ocupes tu mente en negarte por cualquier motivo, te amo, Susan y no vine aquí como un príncipe, sino solo como un hombre hipnotizado por una mujer. Deja tus prejuicios de plebeya y príncipe, que yo no pienso así...

No podía pronunciar ese sí que tenía atorado en la garganta por lo que solo asintió varias veces con vehemencia.

Él tomó su mano y le colocó el anillo en el dedo.

—Nadie más nos va a separar... —pronunció Arlan para sellar esas palabras con beso.

Epílogo

Una semana después...

Arlan y Susan estaban en el salón del palacio donde anunciarían oficialmente su compromiso ante los medios y a la opinión pública.

—Prepárate, estaremos frente a una muchedumbre de periodistas hambrientos de chismes.

—Espera, Arlan... —pidió Ella tomándolo del brazo—. Temo por Charles.

—Él ya no es una preocupación. Se le comunicó sobre nuestro compromiso con antelación y ahora está internado en una clínica de salud mental, donde estará siendo tratado de su trastorno. No haríamos esto si no estuviéramos seguros. Está siendo vigilado todo el tiempo.

—No tengo palabras para agradecerte todo lo que haces. —Se acercó para besarlo.

—No te preocupes, veré que todo esté listo —correspondió y salió por otra puerta para asegurar todo.

Susan tenía un vestido sencillo azul y su cabello suelto. Después que su prometido salió, vio a su madre, su padre y su hermana que estaban ahí junto a ella.

—¿Crees que Arlan tiene un primo así para que yo también sea princesa? —preguntó Dalma con un mohín.

—No los tiene, pero aquí cerca hay muchos príncipes. En Luxemburgo, Holanda, Suecia, Noruega y la propia Inglaterra. Y como seré reina algún día,

veré para que consigas al más guapo de todos. ¿Quién no querría casarse con la hermana de una reina? —respondió Susan.

—No le des alas a Dalma, Susan —pidió su padre—, es muy joven para soñar con eso.

—Yo no lo soñé y aquí estoy, a punto de que todos lo sepan —respiró nerviosa.

—Tu tía Gigi ya estuvo haciendo promoción de la pedida de mano que te hizo Arlan en su local. Le va de maravilla —contó su madre.

—Tía Gigi será más rica porque ella me vestirá. Será mi diseñadora selecta...

El secretario del rey pasó junto a ellos para llevarla donde estaba Arlan.

—Señorita Culligan, por favor, sígame.

Susan y su familia, aún desconfiaban de la familia real por más que tuvieran la promesa de Arlan de que no serían molestados.

—Está bien... —decidió seguirlo.

Fue tras él y, al pasar la puerta, vio a Arlan junto a su tío. El rey salió de su habitación para acudir a ese momento.

Por alguna razón, recordó el momento en que la había dejado sin opciones, que la había colocado contra la espada y la pared y la había humillado sin importarle sus sentimientos. Debía odiarlo por todo eso, pero peores cosas le habían sucedido.

—Su Majestad —bajó una rodilla como lo hizo la última vez que lo vio.

—Los reyes no piden disculpas, señorita Culligan. Espero vivir para ver que usted es digna de que me haya retractado por la felicidad de mí sobrino —expresó sentado en su silla de ruedas.

—Esperemos que lo valga, y aunque usted no me haya pedido disculpas por lo que sucedió, sepa que no guardo rencor, y no es por usted, sino porque no quiero envenenar mi vida con algo sin sentido.

El rey asintió y vio a Arlan tomar a Susan de las manos para poder hacer su aparición formal y mostrar el envidiable anillo de zafiro con diamantes.

Susan suspiró y salieron a presentarse.

Lo primero que vieron fueron los flashes atacándolos sin piedad.

—¡Felicitaciones su alteza, felicitaciones señorita Culligan! —habló uno de los periodistas que acudió—. Se los ve felices...

—Gracias. Realmente estamos muy felices —comentó Arlan.

—Nos habían dado un susto con todo lo que ocurrió por el hecho de que se rumoreaba de la ruptura de esta bella relación. Nos sorprendió conocer sobre el compromiso. ¿Cómo te sientes, Susan? —preguntó una periodista.

—Muy bien. Yo también me sorprendí de que me pidiera matrimonio —se burló tomándolo del brazo a Arlan—. Si bien hemos pasado por los prejuicios, todo fue solucionado y todos los malentendidos aclarados.

—Susan, queremos ver el anillo. Deseamos sacarles unas fotos... —tomó la palabra otra periodista.

—Cuidado que no queden ciegos —bromeó Susan haciendo que los asistentes soltaran carcajadas mientras veían el perfecto anillo que llevaba en el dedo.

—Te aman... —susurró Arlan en el oído de Susan.

—Espero ser una buena influencia para el país.

—Si lo fuiste para mí, es categórico que lo serás para ellos.

—¡El beso, un pequeño beso para todos!

—No es correcto un beso en público —aclaró Arlan a los ansiosos periodistas.

—Uno pequeño, su alteza, diminuto...

Ambos decidieron ceder un poco y entregar un pequeño pico.

Al hacerlo escucharon los aplausos y silbidos. Estaban extasiados por aquella demostración de afecto.

Arlan y Susan, supieron que ahí empezaba su «Felices por siempre».

Las Bahamas, dos años después

«**Sangre nueva en Westland**», Observó Robert que decía un título digital.

Su primo y su esposa la princesa Susan habían tenido al primogénito príncipe Phillipe. La fotografía era contundente: ambos padres felices mostrando el niño a la prensa.

Aquel país era una fiesta, y su padre pronto podría descansar en paz sabiendo que un Wilburg-Berger volvería a la cabeza.

—¿Leyendo noticias? —la interrumpió su nueva esposa, Daisy, a quien había abandonado por casarse con quien su padre quiso.

—Fue la mejor decisión que tomé, son felices como yo no hubiera sido si continuaba ahí —la tomó de las manos y la recostó en la arena.

—¿Y cómo justificaremos mi embarazo? —preguntó.

—¿Fecundación in vitro? Lo tengo todo planeado —sonrió besando el vientre donde crecía su hijo.

—¿No te sientes mal por haberle mentado a Arlan?

—No, porque él tuvo más agallas que yo para luchar por amor. Además, tiene carisma para ser un rey, y yo no.

—Estoy tan feliz de que podamos estar juntos por fin...

—Y yo también —apagó el celular frente a ella—. Colorín colorado, el cuento ha acabado. —La besó sonriendo recordando sus pecados.

Todo lo que había hecho, había salido bien. Él era feliz y también Arlan, que había pasado de ser un rebelde a un hombre ejemplar que dirigiría una nación.

¿Y qué podía decir de Susan? Ella era perfecta.

Si te ha gustado

Un romance real

te recomendamos comenzar a leer

Tendrás que quererme

de *Olga Hermon*

Selecta

TENDRÁS QUE
QUERERME



Capítulo 1

—¡Eres un inútil! ¿Cómo se te ocurre correr a mi yegua sin consultar al veterinario?—la mujer gritó quitándole las riendas de las manos—. Lárgate de aquí...

—¡Valentina! —Con una mueca de frustración, la enfurecida aludida bajó el fuste y lo estrelló en la caña de su bota—. ¿Hasta cuándo vas a entender que esas no son las maneras de tratar a tus empleados?

—Cuando consigas que el tiempo retroceda al día en que mi padre te trate como a su esposa, no como a un objeto devaluado —respondió sin mirarla de camino a las caballerizas de donde no debió salir Princesa, su yegua albina.

Doña Aurora no se amilanaba ante los rugidos de su única hija, lo que sí le calaba era que parte de la culpa era de ella por no haber puesto un *hasta aquí* a los maltratos de su esposo, que al día de hoy esperaba que habitara en los infiernos.

—Ya te he dicho que dejes el pasado atrás, si no te vas a convertir en una solterona amargada —profetizó con voz ahogada por seguirle el paso.

—Me importa un rábano el matrimonio —declaró con mirada clínica sobre la pata trasera izquierda de Princesa.

—Pero, hija...

—Pero nada, mamá. No intervengas, te lo pido por millonésima vez. Con los hombres no se puede menos, solo están esperando el momento en que bajes la guardia para brincarse las trancas —aseguró con tono de impaciencia mientras cepillaba el lomo de la bestia.

—Un día llegará el que habrá de ponerte en tu lu...

—¿Y qué lugar es ese, mamá? —dejó lo que hacía para mirarla airada—, ¿casada con un macho panzón que no me va a dejar ni levantar la cabeza, embarazada de su quinto hijo? Eso no lo verán tus ojos —aseguró con sonrisa

cínica—. Ahora, si me disculpas, debo ir al despacho a terminar el papeleo para mañana.

Valentina dejó a su madre con la palabra en la boca, como siempre que la reprendía por ser como era. El retumbar de los tacones de sus botas sobre las baldosas hablaba de la furia que la consumía por dentro al recordar su vida pasada, cuando su padre aún vivía.

¿Cómo se suponía que debía ser una chica que creció viéndolo maltratar y humillar a su esposa al punto de culparla de que su primogénito y único hijo fuera una mujer? Si no hubiera sido porque doña Aurora tuvo las agallas para amenazar a su marido con abandonarlo si no dejaba a su hija ir de interna a un colegio, ella hubiera corrido con la misma suerte. Por desgracia, las épocas vacacionales fueron una buena muestra para Valentina de lo que era la vida de casada para la pobre mujer. Sujeto más retrógrado no había conocido. Le había quitado a su madre hasta el derecho de pensar. Por eso se prometió a sí misma, el día que lo sepultaron, que jamás hombre alguno sobre la tierra la trataría igual.

A sus veintinueve años, la chica se conservaba soltera y sin intenciones de cambiar su estatus ni por la fila de pretendientes que no perdían las esperanzas de domar a la hermosa, peleonera y, en un tiempo no muy lejano, millonaria mujer.

A la hora de la cena, madre e hija ya habían olvidado el desaguisado de horas antes y departían, dentro de un ambiente cordial, sobre el tema preferido para ellas: el rancho Los Atardeceres.

—¿Ya tienes todo listo para la feria ganadera? —preguntó doña Aurora ocultando un bostezo.

—Sí, mamá. La idea es comprar un buen semental para mis chicas y también espero verme con el capataz que me recomendaron.

—Yo opino que debería ser Juan quien atendiera eso, hija. Esos lugares no

son para chicas como tú.

—Mejor cambiemos de tema porque tú y yo nunca nos vamos a poner de acuerdo en lo que es bueno o no para mí —sugirió sin molestarse. Aunque de horizontes algo limitados, su madre solo quería lo mejor para ella.

En armonioso silencio, Valentina posó un brazo en los hombros de su madre y la guio a la terraza con vista al lago, para compartir juntas el colorido ocaso, que, como todas las tardes, coronaba las vastas tierras que rodeaban la propiedad que algún día sería de ella.

—Mañana me espera un día muy pesado —vaticinó cuando las sombras de la noche cayeron sobre sus cabezas y empezó a refrescar—. No te quedes mucho tiempo afuera —pidió cuando se despedía de su madre con un beso ruidoso sobre la aún lozana mejilla.

Con paso cansado entró a la casa y siguió de frente hasta la regia escalera, con acceso por el frente y por atrás, que dividía la residencia en dos grandes mitades. El ala norte, que pertenecía a las dependencias de ella y doña Aurora, y el ala sur para las visitas, que cada vez eran menos. En la planta baja se encontraba el salón principal, el gran comedor, el despacho, la estancia familiar, la cocina y el comedor para los empleados de casa y los jefes de campo y un vestíbulo de techos tan altos que rebasaban por mucho la azotea de la planta alta y culminaba en una gran cúpula de coloridos vitrales.

Doña Aurora siguió con los ojos a su hija hasta que la perdió de vista al doblar la escalera. La amaba entrañablemente, su llegada le dio motivos de sobra para soportar la suerte que le había tocado vivir. Daría lo que fuera por que se encontrara con un hombre que lograra hacerla cambia de opinión. Le partía el alma verla dedicar sus días y sus noches a atender el rancho y todas las propiedades que ella nunca fue capaz de administrar porque siempre fue una mujer sin carácter. Pero, conociendo la forma de pensar de su hija, ya se podía resignar a que nunca sabría lo que sería ser abuela.

A la mañana siguiente...

—Juan, ¿ya está lista la camioneta? —Enfundada en sus ajustados *jeans*, camisa manga larga a cuadros, botas vaqueras y sombrero texano, Valentina apareció en el patio frontal lista para emprender su viaje.

—Sí, patrona, cuando quieras partimos —respondió su hombre de confianza.

—Iré sola, Juan. Necesito que te quedes a recibir al candidato, por si se viene directo para acá.

—Como indiques. —Juan había aprendido a acatar las órdenes sin discutir, aunque no estuviera de acuerdo, pues sabía bien a lo que Valentina se arriesgaba en dos largas horas de caminos solitarios. Eso sin contar el ambiente salvaje que le esperaba en la feria. «Se cuidarme sola y tú me haces más falta aquí», solía decirle, y como siempre tenía toda la razón.

Sin más preámbulos, la chica subió a la *pic-up silverada* último modelo y partió veloz con rumbo a la feria ganadera del distrito de Villa Hermosa, sin más compañero que su fuate de piel negra.

Burdos o no, los lugares por los que Valentina se movía eran parte de su mundo, un mundo que se había precipitado hacia ella, pero para el que había nacido. Su presencia invariablemente causaba revuelo, situación a la que ya estaba acostumbrada, como también estaba acostumbrada a escabullirse de circunstancias y personas indeseables, gracias a ese temple suyo tan temerario. Y este día no sería la excepción...

—Buen día, Vicente. ¿Qué noticias me tienes del recomendado?

En pleno, Valentina abordó al hombre mayor que había ido a buscar. Este jugaba con una paja entre los dientes mientras observaba la actividad en total pose de relajación. Los antebrazos y un pie los tenía apoyados en los tubos del corral donde se exhibían sus becerros a la venta.

—Me temo que no muy buenas, señorita; temprano recibí una llamada de su esposa diciéndome que ha contraído hepatitis y estará fuera de circulación por varias semanas —respondió luego de tocar el ala de su sombrero como

saludo.

—¿No me digas? Qué mala suerte la mía —se lamentó. Tenía quince días sin capataz y lo que iba del año batallando por encontrar al hombre idóneo para el puesto.

Valentina se quitó su tejanos y se abanicó con él en un acto reflejo. La angustia reflejada en su bonito rostro era el otro dato que la denunciaba. Con el agitado movimiento, el amarre improvisado de su abundante cabellera azabache se zafó y desplegó una cortina de seda negra que centró la atención de varios pares de ojos próximos a ella.

—¿Y ahora que voy a hacer? —preguntó ocupada en lo suyo—. Se están acumulando las tareas en el rancho. Tengo encima la movilización del ganado, la vacunación, el fierro... —enumeró con su dedo pulgar sobre los otros los pendientes más urgentes como para sí.

—Llévame contigo, preciosa. Yo resolveré todos tus problemas dentro y fuera de tu habitación.

De pronto, la chica tenía junto a ella a un joven impetuoso y pasado de copas que había escuchado los pormenores y no resistió la tentación de ir al rescate de la bella en busca de ayuda.

—¿Qué te parece si te esfumas de aquí? —dijo la orden sin siquiera mirarlo, con el fuste bien empuñado del mango dispuesta a utilizarlo de ser necesario.

—Yo creo que tu boquita no quiso decir eso. —El irreverente se tambaleaba frente a ella rozando casi su oreja; no conforme con eso, estiró los brazos con la intención de sujetarla.

—¡Aleja tus sucias manos de mi cuerpo, estúpido! —Antes de que Vicente pudiera auxiliarla, la exaltada Valentina ya había estrellado con violencia las tiras de piel que colgaban de su puño justiciero sobre el sonrojado rostro.

—¡Maldita bruja! Te vas a arrepentir. —Con la sangre escurriendo por debajo de sus dedos y la mirada destilando odio, el joven se abalanzó sobre ella.

—Si le pones una mano encima a la señorita, yo mismo haré que te

arrepientas hasta de haber nacido —se escuchó la voz grave de un tercero en discordia.

El vaquero, de casi dos metros de altura, tomó al ebrio por el cuello de la camisa hasta que sus botas flotaron sobre el piso de heno, sin parpadear. Para entonces, ya había una pequeña multitud interesada en ver el espectáculo; con lo que Valentina odiaba eso.

—Gracias, pero no era necesaria su intervención, puedo defenderme sola perfectamente —aseguró la chica abochornada para terminar con el *show*.

Haciendo caso omiso, el hombre lanzó al borracho lejos de ahí, se compuso la camisa, se inclinó el ala del sombrero y volvió la cabeza hacia la ofuscada malagradecida.

—Siempre que presencie actos como el de hoy, intervendré sea necesario o no —explicó sin apartar la mirada analítica de la belleza morena que lo miraba como si quisiera fulminarlo.

—Entonces... Supongo que gracias —dijo con evidente esfuerzo dándose la media vuelta para continuar la interrumpida conversación—. Te ruego que, si sabes de alguien que me pueda apoyar, aunque sea de forma temporal, me lo hagas saber. —Valentina tenía las palmas de las manos unidas, aunque la expresión de su mirada era suficiente.

—Le prometo estar atento, señorita, váyase sin pendiente. —Vicente quería bien a su antigua patrona, la conocía desde que era una cría. Toda su vida había trabajado para el padre, pero el año pasado le había llegado la hora de su jubilación.

—Gracias, Chente. —Valentina oprimió con afecto las curtidas manos—. Ahora debo ir a conocer al novio —dijo antes de volverse con una sonrisa que murió al segundo en sus labios—. ¿Sigue usted aquí?

—Sin querer escuché que necesita ayuda en su rancho y yo ando en busca de empleo —explicó el héroe anónimo.

—No acostumbro a contratar personal sin recomendación —aclaró para librarse de él. Algo le decía que el guapo rubio le traería problemas.

—Y yo le puedo entregar una recomendación de mi empleo anterior como capataz del rancho Los Cascabeles —insistió.

—Bien. Entonces lo veo mañana a las ocho en el rancho Los Atardeceres para que hablemos —claudicó. ¿Qué tal si el hombre resultaba lo que andaba buscando?—. A propósito, mi nombre es Valentina Cisneros —se presentó con decisión al tiempo que le ofrecía la mano.

—El mío es... Damián Leyva —dijo el vaquero estrechando la pequeña pero fuerte mano.

Valentina regresó a casa ya entrada la tarde, cansada, sucia y satisfecha, pero al mismo tiempo inquieta. Por una parte había comprado el fino semental que cargaría a sus chicas y por otro lado estaba el guapo... eso era precisamente lo que la preocupaba, hacía mucho tiempo que no pensaba en un hombre como «el guapo»; pero no adelantaría vísperas. ¿Qué tal si lo que tenía de bello y fuerte lo tenía de falso e incapaz? Ese pensamiento fue lo último que la acompañó a la cama y le concedió la suficiente paz por esa noche para conciliar el sueño.

Una boda real... ¡Esperen...! ¡No es la de Susan!



Ni siquiera estaba invitada, pero ella se coló entre los invitados de la realeza de un pequeño país, conociendo a su duque azul... Sí, su duque azul.

Susan Culligan, una universitaria curiosa, amante de su país, ve con buenos ojos el matrimonio de uno de los príncipes de Westland, tanto, que decide asistir a la boda de cualquier manera, infiltrándose entre los invitados.

Una vez dentro de la ceremonia religiosa, corrió con la mala fortuna de parecerle agraciada a Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast, comenzando su gran sueño de Cenicienta aquel día.

Laura A. López nació en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente reside en la misma ciudad. Se graduó en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, está casada y tiene una hija.

Se inició en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente*, de Frank De Felitta, y luego Juan Salvador Gaviota. Hace unos años encontró una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leyó todos los del género romance de época, por lo que decidió participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuenta con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género *chick-lit*.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Laura A. Lopez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-63-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un romance real

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 26

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Laura A. López

Créditos